Escrituras de Bogotá



Bogotá cuenta ·12·

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Carlos Fernando Galán Pachón
Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Santiago Trujillo Escobar
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES-IDARTES
María Claudia Parias Durán
Directora General

María Mercedes González Cáceres
Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Gabriel Arjona
Subdirector de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez
Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches
Gerente de Literatura

Juan Afanador Villarreal
Coordinador de Escrituras de Bogotá

Javier Beltrán
Coordinación editorial

Paula Andrea Gutiérrez R.
Diseño y diagramación

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes
© Andrea Martínez, Carolina Lenis, Paola Escobar, Santiago Duarte, Miguel Ángel Espinosa Borrero, Nathalia Afanador, Verónica Toro, Carlos Guineo, Juana Carolina, Diana Oquendo,Violeta Gómez, María Rojas Calderón, Johana Pérez, Carolina García, Laura Abrahem, Diego Israel Ramírez Suárez, Juan Pablo Benavides, Omaira Joya, Luis Narváez, Juan Pablo Bustamante, Carlos Serrano, Laurandrea Torres Martínez, Edna Jasmín Olarte Martínez, John Jairo Zuluaga, Johan Ardila, Jaime Enrique Barragán, Mariana Ortiz, John Melo, Daniel Orozco, Fernando Corzo, Andrea Millán, Flor Miryam Peñuela, Johanna Hernández Guayambuco, Nini Sánchez, Óscar Triana, Dalila Ortiz, Dayhana Quintero, Miguel Acosta, Jonathan Caviedes, Luz Garzón, Natalia Arias, Diana Jurado, Rodrigo Beltrán, Andrés Sánchez, Victoria Franco,Vivian Niño.

Abril de 2026
ISBN DIGITAL: 978-628-7871-18-2

Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá, D. C., Colombia
(57-601) 379 5750
contactenos@idartes.gov.co/
www.idartes.gov.co

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ

Contenido

Prólogo 7

Un leve contacto con la tierra nos transforma

Niña Tigre (Diana Jurado)
El sollozo de la Mapalina 13

Mariana Ortiz Navarro
Formas de vida 15

Johan Ardila Espinel
La memoria del agua. Una crónica sobre el Complejo de Humedales El Tunjo 22

Victoria Franco
Boris, el borugo bogotano 33

Diego Israel Ramírez Suárez, Juan Pablo Benavides P., Luis Narváez Gallardo y Omaira Joya
El canto de la memoria y la carne 35

Óscar Triana
BCHC 45

Fernando Corzo Garavito
Tríptico del cielo y del viento 47

Dalila Ortiz
El Distritalino 48

Miguel Ángel Espinosa Borrero, Nathalia Afanador, Verónica Toro, Carlos Guineo, Juana Carolina, Diana Oquendo
La vida sostenida por la descomposición, la muerte que alimenta 50

Natalia Guadalupe (Natalia Arias)
Apatía 57

Rodrigo Beltrán Beltrán
Guaquy Suzyn - La tumba de los miedos 59

Máquinas, dolores

LuzTonal (Luz Garzón)
Volver al origen 62

Andrea Martínez, Caro Lenis, Paola Escobar y Santiago Duarte
Cierre el pico 64

Jaime Enrique Barragán Antonio
El culo de King Kong 78

Juan Pablo Bustamante Moreno
Bogansotá, 2046 83

Daniel Orozco Roncancio
Petición a la real academia 104

Vivian Niño
Enredo burocrático 109

Toda piel es una fuerza volátil

Laurandrea Torres Martínez
Ya no hay nada a qué aferrarse 112

Flor Miryam Peñuela
El colisionador poético 125

Violeta Gómez, María Rojas Calderón, Johana Pérez, Carolina García y Laura Abrahem
Sinfonía de un Zamuro (I) 131
Sinfonía del Zamuro (II) 138

John Melo
Menos por menos más 145

Carlos Serrano
Mercurio retrógrado 147

The Red Puppet (Andrés Sánchez)
Esporas 155

Edna Jasmín Olarte Martínez
Hirudinea *Cornu aspersum* 157

Nini Johanna Sánchez Ávila
Ánima 166

Miguel Acosta
En las lindes del fin 173

A veces nos desgarramos

Dayhana Quintero
Chimú 176

Jonathan Caviedes
¡Ay juelita, la abuela era territorial! 178

Andrea Millán
Desbordados 181

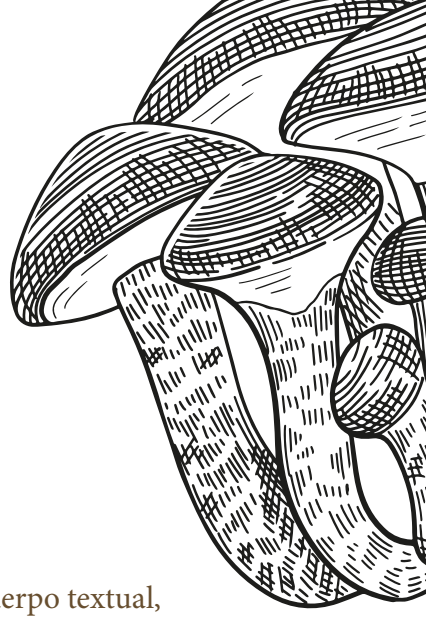
Algunas cosas que se pueden hacer con las manos

John Jairo Zuluaga
La pelanga 189

Johanna Hernández Guayambuco
Kit para plegar 212

Biografías 215

Talleristas 236



Prólogo

Todo cuerpo es un conjunto mutable. En un cuerpo textual, por más autocontenido, publicado y cerrado que parezca, las palabras pueden transformarse; pueden encontrar nuevas ediciones, nuevas versiones y nuevos soportes. Las palabras se pueden mantener planas en un papel bidimensional, o encontrar lugares expansivos, que las invitan a volar o a levantarse. El cuerpo humano puede transformarse, pintarse, reescribirse, resistirse a ser de una manera determinada y puede, también, enfermar, doler, mutar. Cuando ha sido tocado por la imaginación, este incluso tiene la posibilidad de fusionarse con otros seres y objetos, de transformarse para siempre. Lo mismo ocurre con el territorio concebido como cuerpo: este está conformado por relaciones cambiantes entre seres humanos y no humanos, que pueden sostener desequilibrios históricos y pueden, también, soñar con sistemas más igualitarios, reestructurarse para evitar relaciones basadas en la explotación.

Este libro germina y orbita a partir de esa idea: nos conforman esos cuerpos que hemos sido, que seremos o que podríamos ser. Esos conjuntos que cambian. Y cada uno de estos deja un testimonio, o bien de su paso por esta tierra, o bien de su eventual llegada. Este es un libro mutante, que narra lo que ha sido y que especula sobre lo que podría lle-

gar a ser. Vocifera desde una orilla del pensamiento cercana a lo que plantea la teórica Rosi Braidotti sobre el cuerpo: «no es una esencia, y mucho menos una sustancia biológica, sino un juego de fuerzas, una superficie de intensidades, puros simulacros sin originales».

Los textos, los órganos, las fuerzas que estructuran este libro, se escribieron en el marco de los talleres distritales de profundización y exploración de la escritura creativa 2025 del programa Escrituras de Bogotá. Estos talleres hacen parte de la apuesta de Idartes por ofrecer espacios públicos para profundizar en el oficio de la escritura y, en este caso concreto, fueron espacios de experimentación donde personas con experiencias previas en la escritura se reunieron a trabajar en sus creaciones literarias y a pensar en torno a la narrativa de ficción, la narrativa de no ficción, los registros poéticos, la narrativa gráfica o la creación de objetos editoriales con el acompañamiento, respectivamente, de Luis Carlos Barragán, Andrea Salgado, Vanessa Londoño, John F. Galindo, Óscar Adán, Laura Xue, Andrés Frix Bustamante y Catalina Salazar (Rapiña). Hubo un derrotero común en los ejercicios de escritura: pensar en el futuro, en lo que viene; especular acerca de organismos y mundos posibles en diálogo activo con el presente. En algunas ocasiones esta reflexión es más directa, en otras, más oblicua. En todo caso, de forma transversal en estos textos, encontramos una sensación de transformación de los seres en el tiempo.

Bogotá cuenta 12 - De los cuerpos que tuvimos saldrán voces empieza, entonces, con la sección «Un leve contacto con la tierra nos transforma» donde reunimos textos y piezas gráficas que indagan acerca de nuestra relación con el

entorno que nos rodea y nos envuelve como un cuerpo. Nos encontramos con aproximaciones hondas y contemplativas hacia este, pero aparecen también las tensiones entre el desarrollo urbano y los ecosistemas naturales, entre las prácticas occidentales de apropiación del territorio y las cosmovisiones de los pueblos originarios, así como entre las formas de habitar un espacio que tienen los seres humanos y los seres no humanos.

El libro continúa su recorrido por «Máquinas, dolores». En esta sección vemos textos y piezas gráficas que nos revelan cuerpos y lenguajes atravesados por el poder. Son seres que resisten y son modificados en medio de esa resistencia. En ocasiones este poder está expresado en formas de producción capitalista; en otras, en instituciones inflexibles. Vemos cintas de producción, alimentos atravesados por procedimientos industriales, injusticias estructurales en torno a la distribución urbana, una mirada crítica de la tecnología que entra en cada grieta de nuestras vidas, las disputas entre el lenguaje y las instituciones que avalan el lenguaje y las violencias de la burocracia en un sistema de salud deficiente.

La antología avanza después hacia «Toda piel es una fuerza volátil». Aquí encontramos textos y piezas gráficas que nos revelan cuerpos que se transforman, mundos inestables y cambiantes. En ocasiones, la materia volátil de las realidades que nos muestran nos aproxima a las distopías: mundos acechados por la muerte y la desintegración. En otras, ese mundo en transformación es simplemente inquietante y ominoso; nos invita a desbaratar la mirada tradicional que tenemos hacia el mundo. En otras más, la inestabilidad

y el cambio son una característica natural de lo que somos y el universo mutable que nos rodea se asimila desde la observación y aun desde el asombro frente al misterio.

En «A veces nos desgarramos» llegamos a textos y piezas gráficas que se fijan en el dolor y en la manera en que ciertas formas de violencia nos transforman. Así, sentimos los vacíos que deja la violencia en Colombia, las dinámicas de migración interna del país y el dolor que causan las enfermedades. El cuerpo se transforma, a veces, porque se llena de silencios, de ausencias y de preguntas.

«Algunas cosas que se pueden hacer con las manos» nos revela que lo que hacemos con nuestro cuerpo también habla, cuenta historias. Así, asistimos a dos conocimientos antiguos: el arte del pliegue del papel y el arte de la cocina tradicional. Uno, la invitación a un acto ritual, poético, con la superficie de la escritura. El otro, el recorrido por una tradición culinaria cargada de símbolos, tensiones e historias: la pelanga. Nuestra piel tiene la habilidad de transformarse al transformar lo que la rodea.

De los cuerpos que tuvimos saldrán voces es una antología de textos hechos con cuidado y con la alegría de reunirse a escribir en conjunto. Es, como toda antología de la colección *Bogotá cuenta*, una celebración para recordarnos que la escritura nos invita a ser parte de cuerpos más amplios, comunidades que se reúnen, se mantienen y se transforman. De hecho, algunos de los textos que encontrarán aquí fueron realizados de forma colectiva: un manifiesto patente de que la escritura se puede acompañar en conjunto e, incluso, yendo aún más lejos, *hacer* en conjunto. Se puede, así, enrarecer la idea de que la autoría es necesariamente una

forma de autoridad individual sobre el pequeño terruño que conforman las palabras que hemos escrito. Por el contrario, Escrituras de Bogotá plantea espacios abiertos donde podemos coescribir y donde las otras personas son bienvenidas a intercambiar con los textos propios, siempre y cuando se acerquen desde el cuidado.

Este libro entiende que la escritura es una práctica que atraviesa nuestros cuerpos no solo desde el proceso colectivo de creación, sino también porque es un oficio que se aprende y se integra, pacientemente, desde el diálogo y la lectura. Pasa a través de nosotros con lentitud. Y es, como dice la escritora brasileña Marília Garcia, una actividad profundamente encarnada porque implica «pensar con las manos». Les invitamos, entonces, a recorrer este libro y a dejar que estas palabras pasen por ustedes y transformen su imaginación y que, así, les inviten a pensar en las propias voces que podrían salir de los cuerpos que ustedes han tenido.

Programa Escrituras de Bogotá

Si quieren conocer más acerca del programa y sus publicaciones, les invitamos a consultar nuestro micrositio:



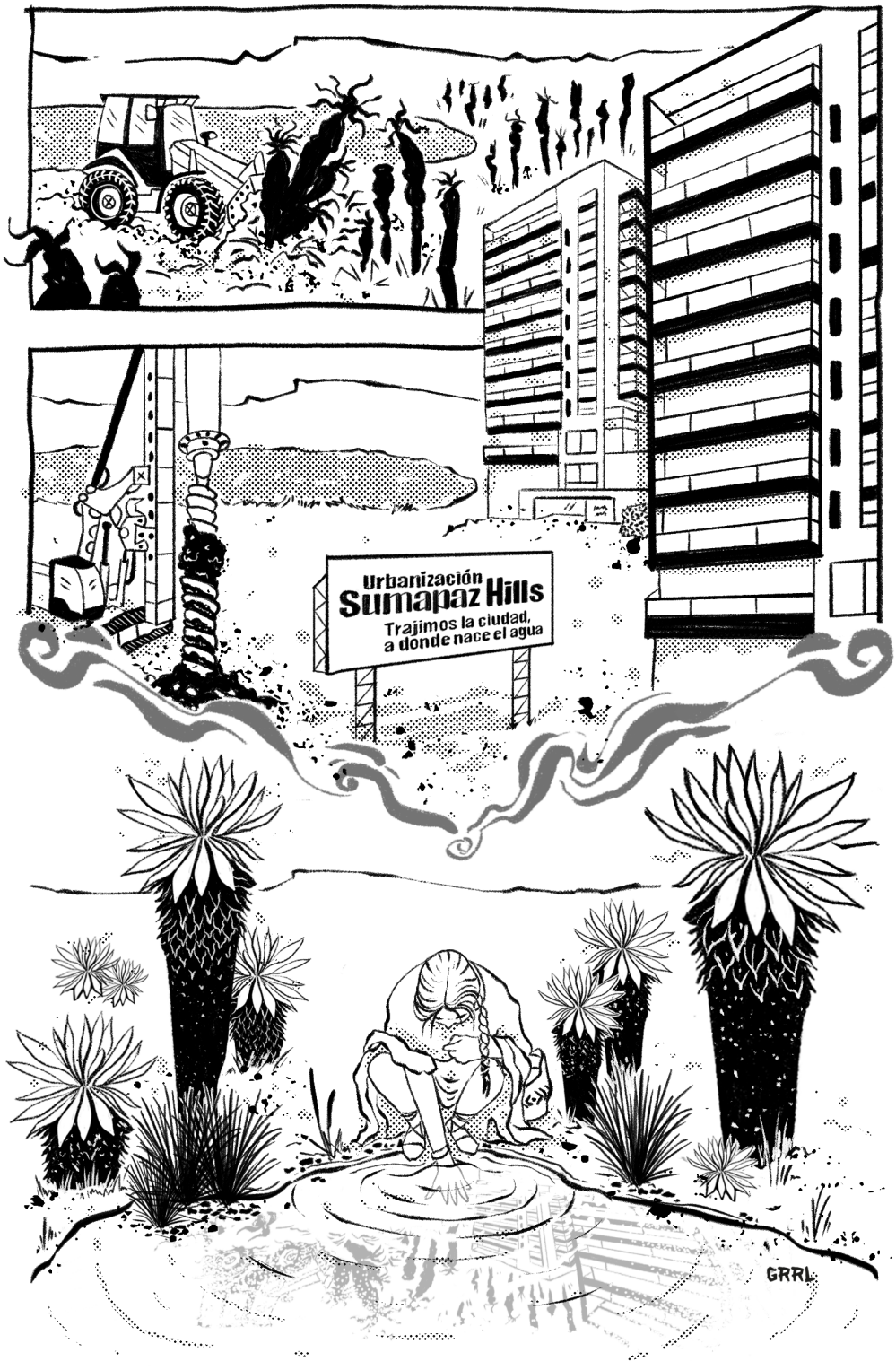


Un leve contacto con la tierra nos transforma

EL SOLLOZO DE LA Mapalina

POR: NIÑA TIGRE




Urbanización
Sumapaz Hills
Trajimos la ciudad,
a donde nace el agua
GRRL

Mariana Ortiz Navarro

Formas de vida

Dime, ¿qué piensas hacer con tu única,
salvaje y preciosa vida?
Mary Oliver

Me aferraré al sonido del

v
i
e
n
t
o

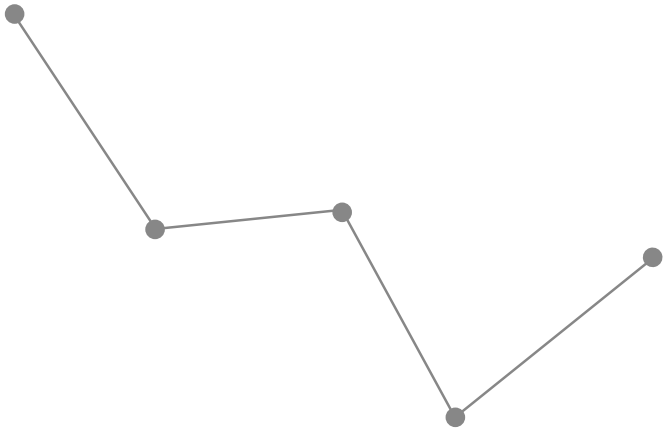
Lloraré a mares mis muertos

lanzaré la primera

piedra

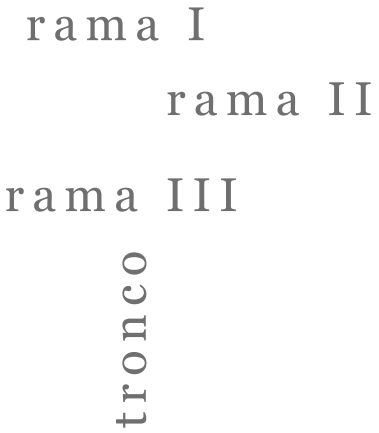
esconderé la mano
cerraré los ojos
y la escucharé

caer



Tumbaré mi cuerpo en el suelo
esperando la respuesta de un astro

Le pediré al



que anide mi corazón en sus ramas

Nota: este poema visual deriva de una referencia recordada de la poesía visual de Luis Camnitzer, cuya fuente específica no ha podido ser identificada, y se presenta aquí como variación.

Le diré a la l que lave mi cuerpo cuando sea tierra de nuevo
l

u

v

i

a

l

l

u

v

i

l a

l

u

v u

i

v

a

a

l

u

v

i

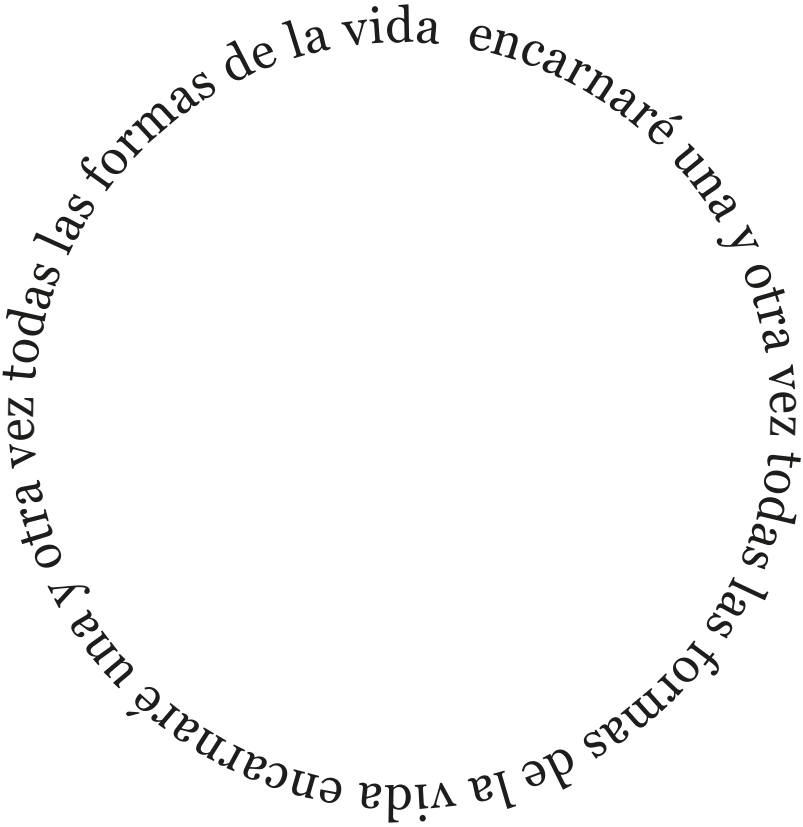
a

l

u

v

i


encarnaré una y otra vez todas las formas de la vida
y otra vez todas las formas de la vida encarnaré una y otra

Johan Ardila Espinel

La memoria del agua. Una crónica sobre el Complejo de Humedales El Tunjo

Un origen común

En la memoria de la mayoría de los habitantes de la ciudad se conserva la memoria de sus abuelos campesinos. En la memoria de los habitantes del campo está guardada la memoria de sus ancestros indígenas. Y en la memoria de los pueblos indígenas está guardada la memoria del origen de la vida, de todo lo que existe y de la función que cumplimos todos en este tejido universal.

Desde la Sierra Nevada se cuenta que antes del amanecer todo era oscuro, cubierto de agua, y solo estaba la Madre. Todo lo demás que conocemos existía en pensamiento y en espíritu. De esa primera laguna o mar primigenios surgieron los primeros hijos de la Madre o los primeros padres y madres de la humanidad y de los hermanos mayores que aún habitan la Sierra Nevada. En el altiplano cundiboyacense también se narra que los primeros *Muyskas* nacieron de la Madre Bachué que emergió de la laguna de Iguaque.

Al sur de la ciudad, en el páramo de Sumapaz —cerca del cementerio *Muyska* de la Hacienda El Carmen— otra laguna es dadora de vida: la laguna de Chisacá, también conocida como la laguna de Los Tunjos. Esas pequeñas ofrendas de oro que, acompañadas de esmeraldas y piedras preciosas, los antiguos *Muyskas* ofrendaban en las lagunas del altiplano, que a su vez representaban, transmitían e intercambiaban el espíritu, la energía y el alimento de las ranas, de las serpientes, de las aves y de sus hijos —la gente *Muyska*— para que el orden del agua se preservara.

De la laguna de Los Tunjos recibe el nombre el río Tunjuelo que se forma con otras vertientes aguas abajo. Así es desde que se tiene memoria. El río Tunjuelo es un antiguo habitante que desde el origen tiene marcadas sus rutas: desciende, gira, fluye y también descansa. Donde el río descansa se forman humedales o *Chupkwas*. En estas zonas, especialmente aledañas al río Bogotá o Funza, los antiguos *Muyskas* construían camellones que servían para regar los cultivos; era el lugar donde se fecundaba la semilla, donde germinaba y abundaba la vida.

A principios de la Colonia, cuando realizaban exploraciones para encontrar una ruta que conectara la región occidental de la gran sabana anegada con el valle del río Magdalena, los españoles describieron el territorio sobre el que se construyó la ciudad de Bogotá como un gran cuerpo de agua, conformado por páramos, lagunas, pantanos, ríos y quebradas. Estas se debían transitar en canoas bordeando la sabana ante las «periódicas y violentas inundaciones» en la «olla del río Tunjuelo que hacían intransitable la vía», como lo relata Santiago Luque Torres en *su Historia del pa-*

trimonio rural y urbano del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario a partir del estudio de archivos y otros documentos oficiales.

Sobre este gran complejo lacustre se fundó el pueblo y, más tarde, la ciudad de Bogotá —*Bakatá* o *Mykytá*, como también es nombrada— de la que dan testimonio tanto *Muyskas* como conquistadores y cronistas; luego lo harán también los naturalistas. La ciudad es un útero que contiene a todos sus hijos, como Tunjos depositados en su vientre, y del cual estos continúan emergiendo para poblar el altiplano, como lo hicieron los primeros hijos de la Madre Bachué, aunque este origen haya sido olvidado, sepultado por el lodo. Capa tras capa, hemos enterrado a la Madre del agua que aún vive en el subsuelo de la civilización, de sus obras y desechos, esperando ser escuchada para recobrar su pureza de agua cristalina.

Al sur de la inmensa sabana, el río Tunjuelo recuerda asiduamente sus caminos. Cuando llegan las lluvias, se fecunda la Laguna de Chisacá y las aguas del río abundan. En su descenso, vuelve sobre sus huellas, recupera sus dominios. Es entonces cuando dicen que inunda los barrios del sur, donde antes había cultivos y ahora hay edificaciones. Así, el río Tunjuelo envía el mensaje de que está vivo, aunque se le vea envejecido y enfermo; continúa cumpliendo su misión de inundar la sabana, de regar los cultivos, donde ahora solo hay asfalto.

Recientemente, en menos de cien años y en el tramo que atraviesa por el sur de la ciudad, el río Tunjuelo ha sido objeto de todo tipo de vejámenes y ultrajes. Ha recibido desde los impactos de la minería a cielo abierto, la desvia-

ción de su cauce original, el vertimiento de los lixiviados del botadero de basura de Doña Juana, los residuos de las curtiembres del barrio San Benito, los desechos industriales y orgánicos de la densa población del sur, hasta los residuos del matadero de ganado de Guadalupe. Esto lo ha convertido —al igual que al gran río Funza y sus vertientes— en una cloaca abierta que genera repulsión por sus aguas insalubres, por los olores nauseabundos que despide y por ser fuente de plagas y enfermedades. Este es el signo que ha dejado la civilización en el río Tunjuelo: la negación y el desprecio por ese origen común, natural, que es el agua.

El renacer de Los Tunjos

Algunos de los hijos de la gran laguna, como los que se hacen llamar Los Tunjos, han decidido resistir al olvido y retornar al pasado por el camino del agua. Se autodenominan *Muyskas* no solo por ser nativos de esta gran laguna, sino, sobre todo, por reconocerse cuidadores de un territorio cuyo mapa sigue dibujando el agua. Lo que los hace ser Tunjos no es un apellido ni un reconocimiento estatal, sino la decisión de asumir una misión de cuidado en concordancia con el orden natural del territorio.

Rememorando las ceremonias de entrega de ofrendas de los Zipas y Zaques a bordo de la balsa en las lagunas sagradas —como lo narra Juan Rodríguez Freyle en *El Carnero*, cuya representación se encuentra enclaustrada en el Museo del Oro—, estos Tunjos, que han retornado una vez más, se han cubierto el cuerpo de polvo dorado, se han coronado de plumas como los antiguos y se han adentrado en

las aguas del río Tunjuelo en balsas artesanales. Lo navegan en lo que pregonan como un festival, como una retribución para que el río se vuelva a sentir vivo.

Los Tunjos —tal vez otros tantos hijos más— parecen haber escuchado y atendido el llamado de la laguna, aunque ya no se puedan comunicar directamente con ella como probablemente lo hacían los antiguos y como aún continúan haciéndolo los sabedores de otros pueblos y territorios. A pesar de esto, como hijos de un mismo vientre, podemos entender que el mensaje no es otro que el de cuidar lo poco que nos queda: las montañas, los cerros, los páramos, las lagunas, los ríos, los escasos humedales, que en nuestros días continúan siendo amenazados.

Los Tunjos llegaron hace alrededor de veinte años desde diferentes latitudes del altiplano cundiboyacense y se encontraron en torno a una edificación pública condenada al abandono y a la desidia —así como el río aledaño—, y decidieron rescatarla del olvido y erigir allí su templo para enaltecer a los ancestros, al territorio, al río Tunjuelo. Allí se organizaron para proponerle a la gente del sur un sueño: restaurar un santuario natural en medio del cemento para que el sur respirara y el río descansara. Esa esperanza fue sutil, porque una tarde, mientras contemplaban un terreno baldío junto al río Tunjuelo, cruzó volando una libélula y adivinaron que allí podría haber vida.

Se asentaron en la construcción abandonada, junto al terreno que entonces se conocía como un pantano. Después —tras sus propias investigaciones— descubrirían que ese preciso lugar se superponía, con un área de mayor extensión, sobre el asentamiento del Antiguo Resguardo

del Tunjuelo que, como se registra en el libro de Santiago Luque Torres, a principios del siglo XVI «aún permanecía independiente y no se había juntado con los de Bosa y Soacha».

Los Tunjos relatan que su historia como comunidad empieza a finales del milenio pasado, cuando abuelos y sabedores de diferentes pueblos y territorios llegaron a la sabana y más tarde también al sur de Bogotá. Iniciando en el norte, desde la Sierra Nevada; pasando por el suroccidente, desde el Cauca; hasta el extremo sur, desde la Amazonía, vinieron buscando a los hijos de esta gran laguna Madre. Unos y otros decían que habían venido a devolver el «canasto» de conocimiento que había sido guardado en sus territorios por los antiguos *Muyskas* antes de la llegada de los conquistadores al continente. También vinieron a prestar conocimiento para ayudar a levantar el pueblo *Muyska* y despertar las vibraciones de los sitios sagrados de su territorio. Dicen que los abuelos y sabedores que llegaron a diferentes lugares del altiplano cundiboyacense compartieron la palabra del tabaco y la coca, del poporo y el ayu y también del agua.

El retorno del agua

Esta palabra recobrada llegó también hasta el sur de la ciudad a principios del actual milenio, donde el vuelo de una libélula ya había convocado antes a una comunidad renaciente en torno a un sueño. Hasta ese momento, esta comunidad estaba iniciando la restauración de la casa abandonada del entonces pantano que servía como vertedero de los escombros que dejó el crecimiento de los barrios aledaños.

Solo transcurrieron unos años cuando visitó el lugar un mamo Kogui de la Sierra Nevada, quien —dicen Los Tunjos— se sentó a adivinar frente al humedal y transmitió el mensaje de que «el espíritu de la laguna estaba vivo» y orientó: «Siembren casa para las aves. Cuando vuelvan las aves, volverá el agua». En ese momento la comunidad naciente se reconoció como tal, al asumir la misión encomendada por el espíritu de la laguna. Desde entonces no ha dejado de sembrar árboles para que las aves puedan anidar y llamar el agua con su canto.

Y así ocurrió. Con los primeros árboles retornó el copetón, más tarde la lechuza y finalmente el gavilán maromero. Hasta que en una de las tantas inundaciones del río Tunjuelo, el agua no se desbordó hacia los barrios sino que buscó el pantano y se formó el primer espejo de agua, que desde ese momento no se ha vuelto a secar. En cada crecida el río vuelve asiduamente sobre esa huella clara, repasada, que es el humedal. Allí depura y limpia sus aguas para continuar su recorrido.

A medida que los árboles iban aumentando en tamaño y en número, crecieron el buchón y los juncales en la laguna. Entonces apareció el alcaraván, la ibis y el pato. Las ranas ayudaron a las aves en su labor de llamar el agua con su infatigable croar. El humedal, que en un principio tenía un área de ocho hectáreas con un espejo de agua —que Los Tunjos interpretan como una señal de estar recibiendo las ofrendas—, continuó inundándose y extendiéndose hasta llegar a treinta y tres hectáreas y formó siete espejos de agua en total.

Cuando la comunidad había avanzado lo suficiente en la misión asumida, la institucionalidad apareció y anunció

el hallazgo del humedal como un descubrimiento, como si nunca hubiera existido una laguna allí y como si su formación hubiera sido obra de la naturaleza. Nadie se había fijado ni había imaginado que en el seno de las torres eléctricas que rodean el Portal de Transmilenio del barrio El Tunal, en la base de las coloridas lomas de Ciudad Bolívar y al cruzar la urbe que alimenta la Avenida Boyacá al sur de la ciudad, pudiera existir un santuario para la vida.

Hace apenas unos años, la comunidad le nombró el Complejo de Humedales El Tunjo, en conmemoración de aquellos Tunjos que se ofrendaron con su labor para que la laguna recobrara su energía. Actualmente la institucionalidad llama a la laguna, al humedal: *reserva*. Ha ampliado su área a ochenta y seis hectáreas, con alrededor de cinco mil árboles sembrados, que son las casas que la comunidad sembró para una diversa población de aves, que cada amanecer y cada atardecer le cantan al agua.

La memoria sepultada

Ahora que la laguna vuelve a estar fecunda de vida, de ofrendas y de Tunjos, reaparecen quienes solo saben leer el humedal como un terreno disponible. Son los constructores de puentes y avenidas, empeñados en sepultar con cemento los pocos humedales que quedan en la ciudad para que esta siga creciendo y moviéndose como civilización.

Ante la memoria borrada de nuestro origen es fácil —y hasta evidente— creer que la ciudad está hecha de cemento, que es una civilización conformada por edificaciones, conectada por la energía eléctrica, movida por los combusti-

bles fósiles. Pero olvidamos que esta desmesurada ciudad está cimentada sobre la gran laguna sagrada, construida sobre el agua, como los juncos que se enraízan en el lecho del humedal y se elevan al cielo.

Ante este olvido, los relictos naturales de la ciudad, como humedales, arroyos, quebradas, bosques, montañas o cerros, se ven con extrañeza, con desconfianza y con incomodidad. Esos escasos espacios de vida silvestre suelen ser asociados con botaderos de basura, focos de delincuencia, lotes de engorde o potreros incultos; lugares respecto de los cuales se debe conservar la distancia hasta que llegue la mano mágica de los urbanizadores a extender los dominios de la civilización sobre la naturaleza ociosa.

La comunidad ha intentado volver sobre el camino de los antiguos, de los primeros pobladores de la sabana. En ese ecosistema silvestre que es el Complejo de Humedales El Tunjo también ha retornado el curí, animal preponderante en la dieta de los antiguos *Muyskas*, junto con el pez capitán y el venado, como lo indican las excavaciones realizadas en el Tunjuelo por Sylvia Broadbent a mediados del siglo xx. Pero quienes ambicionan la civilización no ven al curí con la misma estima que los nativos de entonces, sino apenas como una plaga.

Así como retornó al humedal el curí, Los Tunjos en su territorio han retomado prácticas ancestrales esenciales como sentarse en torno al fuego a compartir la palabra, elaborar medicinas como la miel de tabaco y cocinar en comunidad. Esto es visto por aquellos pregoneros del orden civilizado como hechicería. Cuando la comunidad se sienta a intentar descifrar el curso de los astros celebrando los ci-

clos solares y lunares marcados por los solsticios y equinoccios, es vista como supersticiosa. En las ocasiones en que los mayores de la comunidad usan el poporo —que se exalta en la balsa *Muyska* exhibida en el Museo del Oro— para entrar en comunicación con el mundo invisible, dicen los emisarios del despojo que están oliendo un tarro de pegante. Si algún comunero usa el tabaco para ayudar a armonizar, lo acusan de drogadicto.

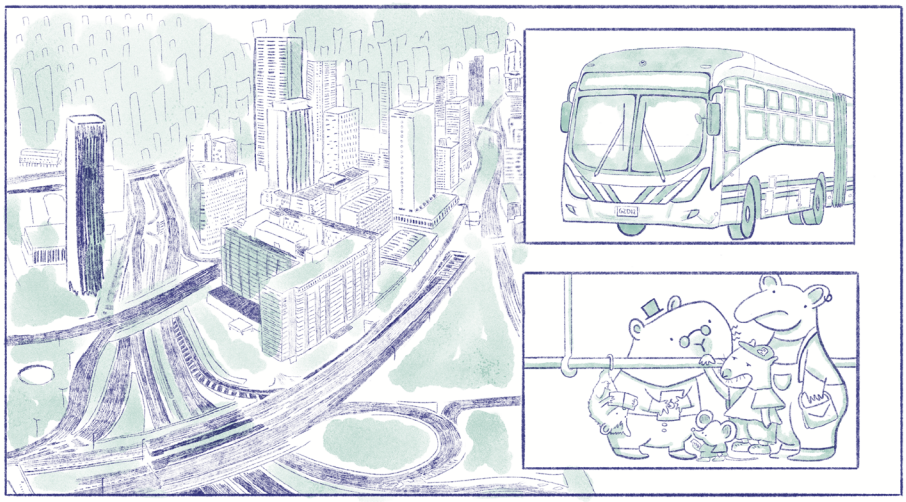
La casa, que se volvió el refugio de Los Tunjos —donde le cantan a la Madre de la laguna con medicinas, ceremonias y rituales—, también es un aula abierta a niños y jóvenes que buscan recobrar la enseñanza de la naturaleza a través del cuidado de las semillas, que más tarde serán árboles, y de las relaciones con otros que tejen la comunidad. Allí se conformó la biblioteca de «El Viejo Bucanero», un librero local itinerante que se ha encargado de reconstruir la historia del Tunjuelo a través de los libros —gran parte de ellos citados aquí— para que sean leídos en la casa y también al interior del humedal, en los miradores; de tal modo que el visitante pueda recorrer las letras, detenerse, fijarse y adivinar la lectura del libro vivo que es el humedal.

Como a los curíes, los defensores del desarrollo han intentado cazar a Los Tunjos en su madriguera. La casa restaurada ha sido objeto de múltiples incendios provocados e intentos de robos y de destrucción del mobiliario. También han acudido a las vías institucionales para exigir el despojo legal de estos residentes silvestres por ser sospechosos e incómodos. Todo parecía preparar la llegada de una nueva amenaza: un puente que atraviesa el humedal. Esta vez intentaron primero desalojar a Los Tunjos de la casa que ha

sido su refugio durante los últimos veinte años. Pero desde antes la comunidad ya sabía que este era solo un pretexto, pues su verdadera ambición era cubrir el humedal con cemento.

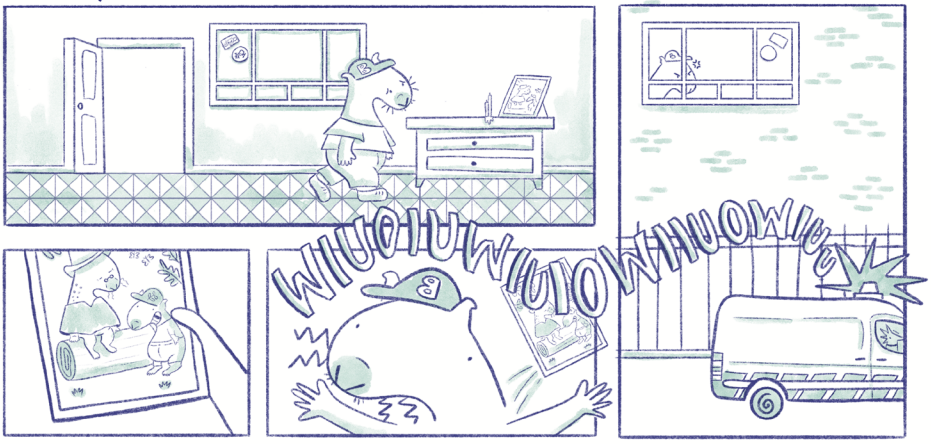
Los Tunjos, como los alcaravanes que se ponen en guardia cuando ven amenazado su territorio, han alertado y han buscado ayuda en las comunidades hermanas ante el riesgo en el que se encuentran su casa y el humedal: esa otra casa natural, ese otro santuario. Han migrado para visitar otro de los pocos espacios de vida que quedan en la ciudad, al que antes han llegado también los heraldos del progreso dejando su huella. En uno de ellos, el Humedal Tibabuyes —conocido como el más grande de la ciudad—, enterraron columnas de concreto como un gran panteón levantado sobre el agua y elevaron un puente que atraviesa el humedal.

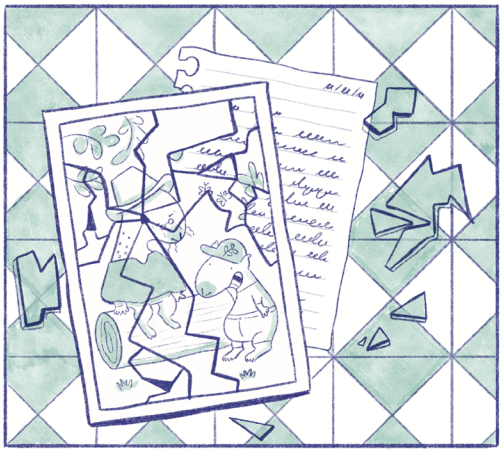
Uno de los pueblos hermanos que atendieron al llamado de Los Tunjos, desde un territorio vecino, adivinó otro mensaje del humedal. Dicen que la Madre del humedal confirmó que los quieren desalojar de la casa porque allí «se quiere pasar un puente», pero que ella «no lo permitía», que ha pedido «que le ayuden a permanecer allí y no desaparecer». Es probable que la Madre de la gran laguna de la sabana tampoco hubiera querido que se construyera sobre ella la ciudad, ni que la Madre de la laguna del humedal Tibabuyes hubiera querido ser atravesada por un puente. Aunque no lo permita la Madre de la laguna, la casa donde han anidado Los Tunjos puede ser desalojada y, con ella, el humedal será sepultado por un puente. No quedará sino el vestigio: la memoria del agua sepultada bajo la civilización.

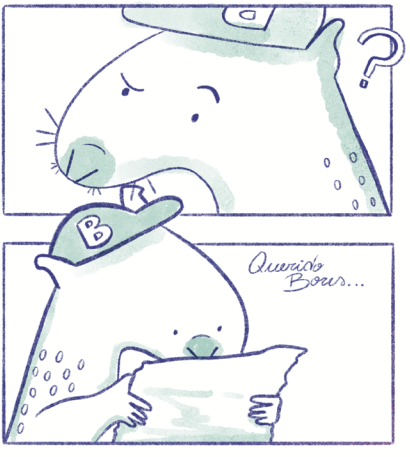


BORIS, EL BORUGO BOGOTANO

VICTORIA FRANCO







Se que esta carta te encontrará cuando sea el momento indicado. La vida de Bogotá no es para ti, debes marchar. Apúrele que para ayer fue tarde.



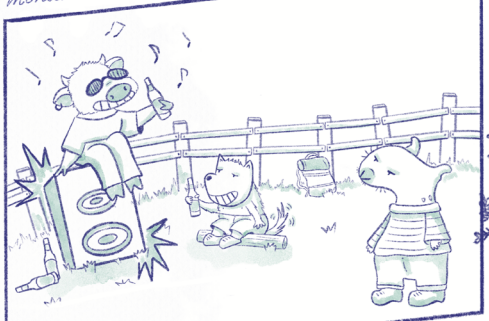
Ve más allá de la bulla de la ciudad, a las llanuras verdes que se extienden al horizonte



Visita la casa de doña Tigia, donde compramos frutas y almendras para las onces



Disfruta de la paz y tranquilidad de la montaña, solo tu y tus pensamientos.

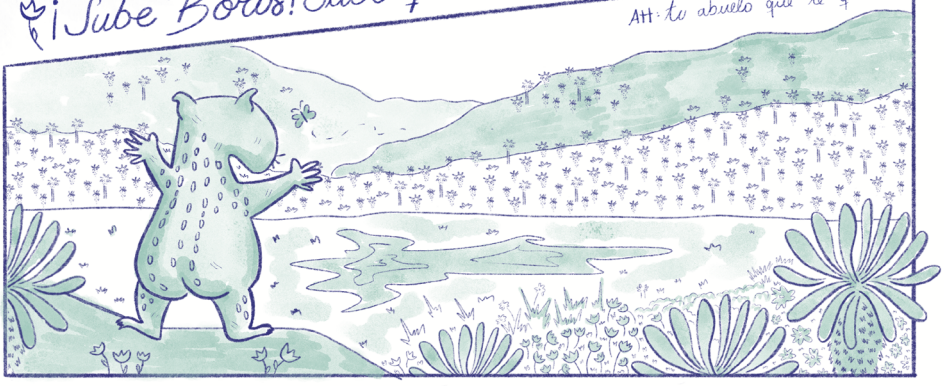


Admira las plantas y las flores en el monte, todas distintas y todas nuestras.



¡¡Sube Boris! Sube que te esperan maravillas!

AH: tu abuelo que te quiere.



Diego Israel Ramírez Suárez, Juan Pablo Benavides P.,
Luis Narváez Gallardo y Omaira Joya

El canto de la memoria y la carne

Al observar la ventana, la lluvia transforma en hojas los pájaros que pasan. Lleva dos semanas con fiebre; sus párpados han perdido el color arena y se han vuelto translúcidos. Constantemente su cerebro le muestra imágenes que no existen para el resto, le es difícil descansar, adelgaza medio kilo por día y aumenta su fatiga. Otras zonas de su cuerpo como labios y oídos también han perdido color.

En su infancia, su padre le contaba historias donde la fiebre quemaba lo viejo para dar espacio a lo nuevo; a aquella vida nueva la fortalecían los espíritus. Su madre, unos años después, le dijo que su padre había sido tocado por lo divino, que su muerte por fiebre consistía en un proceso de purificación para convertirse en el guardián espiritual de la familia. Algunas noches le dice:

—Preferiría tener a mi familia completa que a guardianes.

La decadencia física de su cuerpo le hace anhelar abandonar su condición humana y retornar a su forma designada, ser coral. Utiliza su poca lucidez para repetir las instrucciones que los antiguos dejaron escritas para este evento. Su madre irrumpe sus pensamientos al entrar en el cuarto trayendo colchas y bebidas calientes con alcohol.

Veo piedras que se fragmentan y evaporan al calor, de cada partícula de agua se desprenden destellos dorados,

rojos, azules, que finalizan su viaje por la habitación al ser absorbidos por la blanquecina pared; mi madre susurra que estas visiones son parte del nuevo camino, que la transformación e incomodidad prolongarán su tiempo a su lado; en esta forma limitada, su destino como humano es reunirse con su padre, pero tras el cambio seguirá allí con ella.

•••

Su madre, con todas sus fuerzas, sienta ese cuerpo en estado de lucha, le peina el cabello rizado, observa su piel enrojecida, sus ojeras marcadas, sus ojos hundidos: le cuesta dirigirle palabra a su madre, cada sílaba agrieta sus labios y sangra. Ella sabe que el ritual debe hacerse lo más pronto posible: no puede perder más peso o ninguna zooxantela le escogerá.

—Desde la muerte de tu padre, cualquier centavo que llega a esta casa se va a tu alimentación. Te preparo para ese momento, pero has perdido fuerza, tu respiración es acelerada. Es el momento.

Le ayuda a ponerse de pie, a paso lento salen de la casa y se dirigen a la playa. Le recuesta sobre la arena, pasa su mano sobre la mejilla, acomoda sus extremidades en el pareo y la brisa toca su piel aún en llamas. Las estrellas alumbran más cuando se está cerca a la muerte.

—Para que funcione debes estar en soledad, o no escucharás el canto. —Las palabras de su madre le aceleran el corazón, le entrecortan la respiración y un espasmo muscular recorre sus piernas, pechos, brazos y cara; a pesar de

estar en llamas, siente el frío en todo su cuerpo, desea volver a estar bajo la gran colcha de plumas.

La última vez que estuvo sin ella fue antes de la muerte de su padre, cuando toda la atención se concentraba en los cuidados de la enfermedad; cuando él murió, ella volcó todo su amor a su descendiente. Acomoda el pareo sobre la arena, le deja una bolsa con botellas de agua, arroz y mariscos.

—Te reconoceré por tu canto, siempre vamos a estar juntos. Volveré en una semana. Te amo. —Le abraza y se aleja hasta que las sombras de las palmas ocultan la sombra de su madre.

Durante los seis días anteriores a la muerte de su padre, se le reveló una instrucción por día. Al amanecer recuerda las palabras de su padre con voz rota: —Procura tener un alto nivel de grasa corporal, acepta cada ofrenda, tu cuerpo va a recibir un poco más.

Decide seguir las palabras, no desde su forma humana, que engulle de manera inconsciente, como si no hubiera mañana. No. Su dieta desde ahora será de alto nivel, con alimentos nobles, relacionados directamente a la forma sagrada a la que aspira.

Camina hacia los roqueríos, la mar se alza hasta su ombligo, siente cada centímetro de su cuerpo en aquellas aguas gélidas, aún sin energía suficiente, sus uñas se aferran a las algas, las arranca y lleva directo a su boca, traga pedazos de mar, su textura húmeda y viscosa hace que requiera algo duro para masticar; agarra algunas conchas, sus dedos se tiñen de viscosidad mientras siente que el molusco vivo se retuerce en su boca.

No se detiene. Sus dientes crujen al tocar la concha, y chocan entre sí. Recuerda la piel traslúcida de su padre antes de morir, blanda, húmeda, igual que la de moluscos; un brillo nunca antes visto ilumina sus ojos. Recuerda sus huesos débiles, desgastados por la fiebre. Muerde la concha como mordería los huesos de él, frágiles y etéreos. Sus encías se resienten, pero el sabor de la sangre le exige un trozo más de ese cuerpo blando.

Sale del mar, corre directo a la arena. Sabe que su padre está enterrado en algún punto de esta playa. Lo sabe: sus ancestros siempre han estado cerca al mar, los arrecifes de coral también son su familia. No necesita nada que no ofrezcan los arrecifes; ellos le resguardan.

Apresa la arena con sus manos, sus uñas se doblan y llenan de tierra, continúa. Cada movimiento le desgasta, mas la marea lo llena de energía. Ve cómo sus manos se enrojecen e irritan, las uñas por la fuerza comienzan a sangrar, no se detiene ante el dolor de su humanidad. Sabe que está cerca. Huele a tierra vieja. Llega a la superficie firme, fría y fina. Está cerca; su padre sigue allí. Será su propio guardián espiritual. Será más oceánico al tener sus restos en la boca.

A la luz del segundo mediodía, el sudor en su cuerpo le despierta. Aún muere bajo el trópico. Ayer recuperó un poco de fuerza, no perdió grasa corporal y su fatiga disminuyó. La deformidad de su humanidad le hace innecesario usar ropa; su naturaleza le pide entender lo que le rodea, alejado de vestimentas, categorías y clasificaciones. Hoy se siente más libre. Nada le quema ni ahoga. Está más próximo a sus iguales que le esperan tras ese límite que los humanos llaman superficie.

Al tercer horizonte de luz suave y dorada, le incomoda habitar su cuerpo, su corazón se acelera, su respiración se entrecorta, sus músculos se tensan, su estómago se revuelve, suda frío. Está listo para huir hacia el arrecife; sin embargo, su piel es rojo intenso, con tonalidades moradas, la inflamación contiene un líquido amarillo brillante. Su cuerpo humano se deteriora, le molesta la debilidad, le lastima moverse, le enoja que su propio cuerpo no tolere el roce consigo mismo.

Entrecierra los ojos, frunce las cejas, no siente la mandíbula de la fuerza que contiene. «Me entregué al ritual, a la soledad, a la muerte de esta forma y aún sufro la miseria de la humanidad, sé que no he hecho nada mal», piensa. La corriente de la marejada recorre mi piel, retrae cada vello y mis nervios duplican su tamaño al punto de percibir que es *Mi ser el que ralentiza el proceso del designio, abandona pensamiento, tiempo y vulnerabilidad humana.*

Al atardecer del cuarto día tumba su cuerpo en el pareo. Las olas alcanzan suavemente los dedos de sus pies, mira el cielo que pierde colores al cerrar los párpados. Es consciente del ir y venir del aire, se detiene en su forma limitada y libera la tensión del cuerpo. Recoge aire, oye el eco y la resonancia de la brisa que circula en el espacio, un murmullo constante que revela la memoria del mar.

Lo divino ocurre minutos después, al crepúsculo. Escucha un canto en una onda vibrante, brillante, que específicamente le llama. Sabe que morirá en su estado seco y delirante, sobre las rocas, a la orilla del mar. Sin embargo, se le revela el lenguaje del océano, arcaico, escondido al oído humano en el ir y venir de las olas. Camina paso a paso

hacia el agua, tranquilo, sin afán, sus piernas responden al llamado de sus hermanos, sus hermanas y de todas sus madres.

Con el crepúsculo matutino del quinto día y al llamado de la mar, la permeabilidad de su piel cambia. La salinidad no le deshidrata, permite que los organismos microscópicos que viven dentro de los corales ocupen su cuerpo. A esos organismos les invoca al nombrarlos: zooxantelas. Sabe que esta asociación tiene un costo: pierde movilidad, pero ellas le proveen lo necesario para sobrevivir. Solo debe ofrecerles su grasa corporal.

Sumerge su cuerpo completamente para reunirse con los seres que contendrán su existencia, memoria y forma. Ellas le observan con curiosidad, su extrañeza proviene de los restos humanos que aún porta en su ser, que se transforman con el pulso marcado del ritmo de la marea.

Al llegar los rayos de luz del sexto día, las zooxantelas se sienten atraídas por el olor de la grasa, recorren los restos de su cuerpo humano, disfrutan su nuevo huésped y, al aprobarle, se quedan. Con la llegada de un rayo de luz al océano, ya le han elegido. Bailan en su corriente sanguínea, descansan sobre sus músculos, se alimentan de ellos y de la grasa corporal, transforman su interior en energía que le permite sobrevivir.

Su estructura ósea se endurece y multiplica, ansía alcanzar en totalidad el océano. Esa piedra blanda busca la luz. Sus pulmones se disuelven en corrientes, el aliento se une al oleaje, se desprende del cuerpo que le enseñó el goce y el sufrimiento.

Lo que conocía como movimiento desaparece. Ahora es raíz, base, arquitectura viva que sostiene el comienzo y el final de la vida. Su singularidad se desvanece: ahora es arrecife, comunión. Es diferente a aquellos que nacieron corales; ellos son pétreos, su corporeidad no es carne, ni cal, es ambas formas al mismo tiempo, es su grasa lo que le da paso hacia la quietud de la eternidad.

Lo que aún no se ha transformado en oleaje, lo hace flotar entre mareas y corrientes, hasta que abandona su aliento para que su cuerpo múltiple y hermafrodita comience, poco a poco, a volverse roca. Allí donde se quiebra, también se rehace. Se extiende por el mar que le ama y, con miles de diminutas bocas que respiran juntas, alcanza y siente la luz que toca el agua.

Los corales no conocen de diferencias y lo acogen como si siempre hubiera sido coral. Al cumplir siete días desde que inició su transformación, espera en calma la llegada de su madre. Por ahora, se balancea entendiendo su nuevo elemento natural, aunque no olvida qué es correr o bailar y siente nostalgia por aquello que los hombres llaman miedo.

•••

Permanece en el arrecife durante innumerables ocasos. Su madre no reconoce su canto. Se acerca una y otra vez, sin distinguirlo. Su crecimiento es lento, sin prisa. El tiempo es pausado y su cuerpo infinito.

Cada día bajo el cielo puro, sin nubes, afirma la certeza de que su madre terrenal, al no ser elegida, carece de las capacidades para escucharle. Varios días ve su desespe-

ranza por no encontrarlo. La mar también se apiada de su sufrimiento, llueven los días en que ella llora. Su corazón de cal es como este mar que lo ve crecer: sereno, estable, pero también roto y furioso.

•••

Poco a poco percibe una colonia fuera del agua. Son seres rarísimos, efímeros, veloces, llenos de ruido. Corren, saltan, caminan sin descanso. Se pregunta a dónde irán cuando descienden los rayos del sol por el poniente. Sus laderas se cubren de luces y música. No comprende por qué inventan canciones y palabras.

Al caer la tarde, sus pólipos cansados se cierran. Escucha a la mar que le llama por un nombre que no conoce. Un arpón le atraviesa en diagonal. Siente que su cuerpo multiforme quiere moverse, y de pronto todo se quiebra: del esqueleto de cal brota carne tibia y húmeda, con pulmones de aire y un corazón caliente. También un par de piernas y brazos. Lo más doloroso es descubrir que ahora solo tiene una boca y un par de ojos. Ha perdido todo su color. El olor podrido lo envuelve. Quiere llorar, sin saber qué significa ese acto, y descubre que de sus ojos cae agua que recorre todo su rostro.

Sale del mar lo más pronto posible. Siente bajo sus pies la arena y la caricia suave de las olas. Respira aire, y le arde como fuego en la garganta. No entiende. Antes respiraba luz y agua. Ahora carga una jaula frágil, de corazón inestable, que late como si quisiera romperse. La luz dilata sus pupilas. El viento envuelve su piel y crea una sensación extraña, que

modifica su percepción de lo que antes conocía como vida: ahora es más intensa. Observa otras jaulas que lo miran con espanto, se desborda de excitación e ira. Se pregunta ¿soy yo el ser temido?, ¿soy yo el otro?, ¿soy yo un mesías?

Huye hacia la soledad. Con las nuevas extremidades que parecen tentáculos unidos a ramificaciones, arranca el arpón. De su cuerpo emerge un líquido desconocido, distinto al agua, es más denso y de color rojo intenso. Se le desgarra el alma ante el ardor que le produce retirar el arma, aquella que le arrebató su ser. Una sombra se acerca y lo mira sin sorprenderle su dolor, tampoco le es extraño su estado corporal.

—Gracias a mí has aprendido un dolor más allá del carnal.

La voz que declama esas palabras le es maternal, son sus vidas pasadas que le sonríen con calidez, con amor. Aún, el dolor le invade, cada parte de sí se rompe, recuerda el miedo, el odio y el rencor. La luz de la antorcha que ella carga crea sombras similares a las memorias de la mar. Recuerda cómo el viento soplaba tan fuerte que era imposible ser barca, y cómo los cuerpos caían ante la tormenta, incapaces de flotar, de respirar, de sostenerse. Ahora es uno de esos cuerpos que desesperadamente sueñan con la posibilidad de tener una nueva vida.

La sombra se transforma en un cuerpo cálido, que intenta cuidar y cobijar con sus brazos. Sin embargo, al acercarse, su cariño es recibido con violencia, le arrebata la antorcha, y con sus últimos alientos somete al fuego esas nuevas extremidades blandas y flexibles. Sus gritos desgarran el arrecife que fue su hogar. Con el movimiento del fue-

go sobre ese nuevo cuerpo, recupera su vida anterior. Ahora sabe que tuvo un padre que murió así, paralizado, mudo, purificado por las llamas.

Oye a la mar llamarlo desde dentro, se arrastra como puede hacia ella, las llamas lo vuelven lento y con el movimiento olvida los cantos y sueños de los peces. El oleaje se lanza sobre ese cuerpo en la arena, reclama su ser. Hasta sus oídos llega un sonido que rompe su tranquilidad.

—Ya es suyo mi marido, no hagan lo mismo, debe estar a mi lado.

Las algas lo alcanzan, la sal le quema, la corriente lo arrulla. No debe resistirse más, su cuerpo yace con la corriente. Lo que queda de esa forma orgánica se hunde en la arena, y sus huesos vuelven a ser parte del arrecife para ser coral eterno.

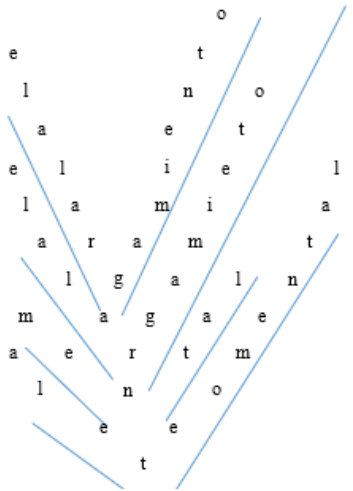

BCHK
Oscar Triana
oscartriana.art
@phantasmovie
CUANDO DESPERTÉ LA LLUVIA NO SE HABÍA DETENIDO.
EL AGUA CUBRÍA LA SABANA... NO RECONOCÍA EL LUGAR...
...NI ESTE CUERPO.
OLVIDADO POR TODOS... NO ERA EL ÚNICO QUE BUSCABA RESPUESTAS...
HYYYYYEEEAA
AÚN AQUÍ OÍA ESE LLANTO...
...EL DOLOR SEGUÍA VIVO.
Y EN ESTE NUEVO MUNDO, FUÉ ELLA QUIÉN ME ENCONTRÓ.


HUITACA... LA DIOSA DESTERRADA
QUE VUELA EN LA NOCHE QUE NUNCA TERMINA...
...MUPKWA...
...ZHUPKWA...
...EN LA QUE LAS PALABRAS YA NO SERVÍAN.
VENCIDO, SIN FUERZAS NI MEMORIA...
...ME OBLIGA A VER A TRAVÉS DE SUS "OJOS"...
...LOS MISMOS QUE LOS HOMBRES LE HABÍAN ARREBATADO...
CONTINUARÁ...
2023

Fernando Corzo Garavito

Tríptico del cielo y del viento

Después de ver
El cielo alucinado
De esta madrugada
Me prohíbo decir
En los próximos días
Palabras oscuras
A menos que me sirvan
De base para resaltar
La luz y los colores
De los cielos que veo.



lo que quiero es
volar

El viento pasa
Es tan ligero como el pensamiento
Entra por las ventanas
Sale por las puertas
Borra los mensajes en la arena
Si eso quiere
Pero lo que más me gusta del viento
Es que no tiene por qué significar

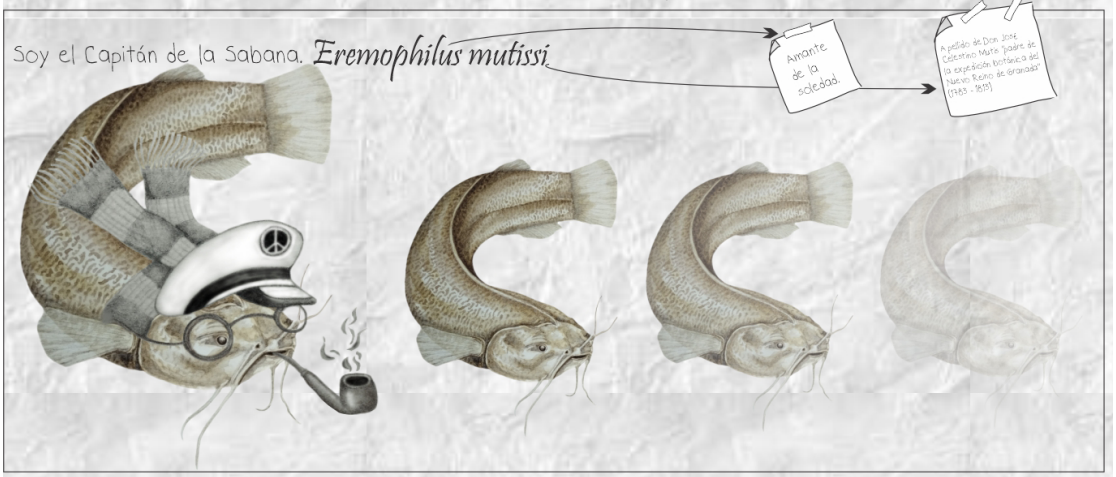
EL DISTRITALINO

Bogotá, D.C. Colombia **Fundado en 1981** No. 044 **9 de septiembre de 2014** 2 páginas **@La_seuci**

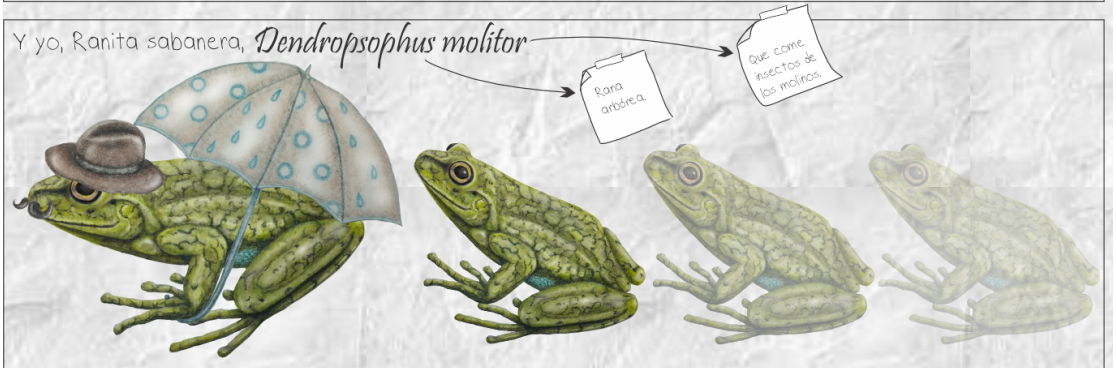
Las Transformaciones del Páramo.

Por: Dalila Ortiz - @La_Seuci

En el límite de las localidades Usme y Sumapaz, rurales y muy al sur - oriente de Bogotá, encontramos al Páramo más grande del Planeta Tierra: el Parque Nacional Natural (P.N.N.) Sumapaz. Ecosistema considerado como fábrica de agua y hogar de varias especies nativas y endémicas, que están en riesgo de extinción, por alteraciones en las características del agua, pérdida de hábitat, entre otros factores, consecuencia del cambio climático y las actividades humanas.







El cambio en los habitantes del Páramo, es una transformación que acarrea consecuencias negativas. Por ejemplo:

Los gorgojos (*Sitophilus zeamais*) colonizaron el ecosistema debido al incremento de la temperatura. Las larvas se comen las raíces y los adultos las hojas, los frutos, las flores y las semillas. Se dispersan fácil por sus vuelos largos. Su ciclo de vida es corto, así que cunden una planta muy rápido, y como la vegetación de páramo es de crecimiento lento, no tiene capacidad de reacción.

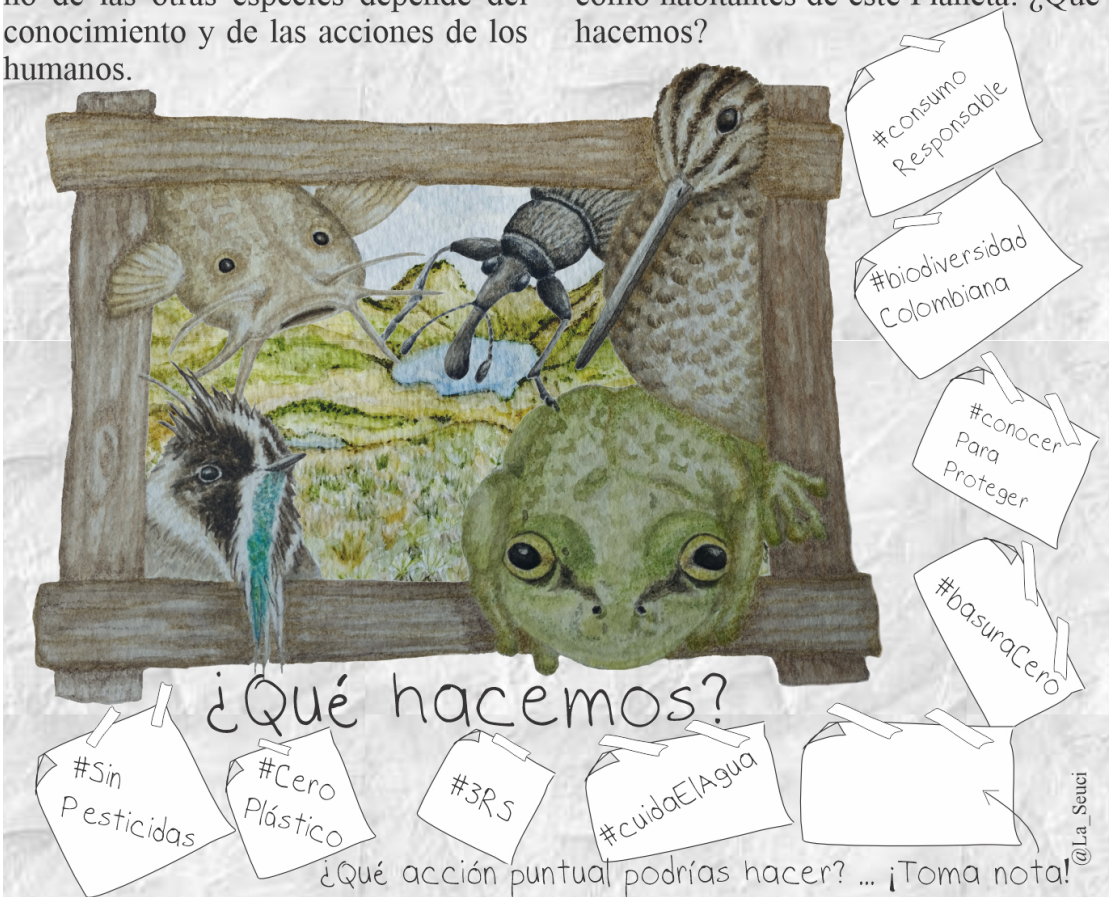
La población de colibríes Chivitos o Barbuditos (*Oxypogon sp.*), endémicos de los Páramos Colombianos en Cundinamarca y Boyacá, está desapareciendo rápidamente. Con ello, disminuye la tasa de polinización de la flora paramuna (incluyendo al icónico frailejón -*Espeletia sp.*), y aumenta la cantidad de insectos, puesto que estas aves también consumen larvas.





Desafortunadamente la marca de la Era del Antropoceno, es que la existencia o no de las otras especies depende del conocimiento y de las acciones de los humanos.

Realmente el panorama es muy preocupante. Sólo queda preguntarnos como habitantes de este Planeta: ¿Qué hacemos?



Miguel Ángel Espinosa Borrero, Nathalia Afanador,
Verónica Toro, Carlos Guineo, Juana Carolina,
Diana Oquendo

La vida sostenida por la descomposición, la muerte que alimenta

Corría agua roja por el río. A ratos, rojo vivo. Después, rojo carne, rojo remolacha, rojo vino, rojo encafecido, rojo coágulo, rojo marcado con nombres. Ahora soy un coronmano, pero antes fui un pez coroncoro. La ventosa redonda que tenía como boca estaba y sigue estando en función de la limpieza del río, porque sigo siendo una especie detritívora: me alimento de material orgánico en descomposición.

Cuando era un coroncoro varías veces me perdí. No fue fácil acostumbrarme al sabor rojo de los humanos, ni aprender a navegar por los caminos manchados del río. Aunque quiero creer que la selección natural determinó nuestra mutación como especie, sé que algo de frustración también hubo. Lo sé porque cada vez que se manchaba el río, sentíamos una picazón en las aletas pélvicas y anales, lo que nos llevaba involuntariamente a lugares menos profundos del río. Aunque vivimos y sentimos en comunidad, la mutación de nuestra especie nunca se repite de la misma manera. Nuestra mutación no es como la de las mariposas, que antes siempre pasan por cuerpo de oruga y crisálida.

El primer recuerdo que tengo de mi mutación es que el rojo encafecido tenía un sabor particularmente dulce. Después, perdí el sentido de la ubicación que me daban las vibraciones del agua, porque estas empezaron a sonar diferente. Escuché por primera vez un nombre humano. Aunque ya no recuerdo cómo suena, sé que el tatuaje que llevo en mi aleta dorsal le pertenece. Entré en un estado de inconsciencia completa y desperté siendo coronmano.

Ahora tengo la piel viscosa pero sin escamas. Conservo ese cuerpo cilíndrico, elongado, siempre húmedo. Mi silueta color gris perlada es blanda y erguida como un tronco que ha aprendido a sostenerse en pie con sus dos piernas humanas. La membrana traslúcida por la que respiraba a través de branquias ocultas sigue estando en mi cuerpo híbrido, y junto a ella laten también unos pulmones nuevos que me permiten respirar, aunque lento, como si el aire me pesara más que el agua. Tengo un ejército de aletas invisibles: las dorsales para sostener el equilibrio cuando camino, las pectorales para girar a la derecha o a la izquierda, las caudales para impulsarme cuando me sumerjo en el río y esas pequeñas, casi secretas, las anales y pélvicas que siguen temblando dentro de mí cuando la corriente se tiñe de rojo encafecido.

En la tierra, mi piel húmeda y seca tiende a agrietarse, sangrar y sudar. Es tersa a la distancia pero rugosa al tacto, cubierta de mosaicos irregulares, de marcas, cicatrices y manchas del nombre que llevaba el cuerpo humano. Todavía siento cómo mis aletas palpitan debajo de los huesos de mis brazos y piernas, como si quisieran abrirse paso para volver al agua y no regresar jamás. A veces, cuando camino,

mis caderas vibran como si las aletas pélvicas siguieran buscándole rumbo a la corriente.

Mi boca es una ventosa carnosa y húmeda, rodeada de pliegues flexibles que se contraen y dilatan al respirar. Con ella me sigo adhiriendo a superficies bajo el agua. Me muevo entre dos mundos, en la tierra voy más despacio, mi cuerpo es torpe y parece siempre hinchado y pesado. Dentro del agua me muevo distinto, mi piel se estira y se vuelve ligera, las aletas invisibles despiertan y empujan con fuerza, y mi cuerpo se va de buche, se alarga, se abre y se contrae como si recordara un tiempo pasado. Allí no me siento tan torpe, el agua me reconoce y me sostiene, mis pulmones se adormecen y las branquias salen a relucir. En ese estado dejo de ser un cuerpo erguido y pesado para convertirme en corriente que va como cardumen.

Cuando estoy en el agua nunca me entrego por completo al sueño. El cerebro queda entreabierto, alerta y flotando, como si una parte de mí quisiera seguir nadando aún con los ojos cerrados. Sueño poco, casi nada, imágenes cortas, destellos de aletas, escamas o corrientes. En tierra es distinto: los pulmones respiran lento y el cuerpo se rinde al peso de la gravedad; los sueños se vuelven espesos y extraños, cargados de recuerdos que no me pertenecen del todo. A veces sueño con pieles que ya no tengo, con voces que nunca había escuchado, con dolores ajenos de otros cuerpos humanos.

Mis aletas anales y pélvicas palpitan bajo la carne, en el agua me sirven para escuchar. Envío ondas que recorren la corriente y regresan como vibraciones. No oigo con los oídos, sino con el cuerpo. Así percibo los movimientos del

agua, la presión y los temblores que anuncian tormentas o la cercanía de otros seres. A veces esas vibraciones despiertan recuerdos enterrados, huesos hundidos en el barro, cicatrices antiguas o rumores que lleva la corriente.

En tierra la escucha cambia. El aire no conduce las vibraciones igual y los sonidos llegan apagados, incompletos. Dependo de los temblores que suben por el suelo, de un golpe seco, un paso fuerte o el crujido de una rama. Mis aletas ya no funcionan como en el agua, pero mi piel capta señales pequeñas, el roce del viento, la presión de la lluvia, el retumbar lejano de una voz. Es como si el mundo hablara en un idioma distinto, uno que apenas alcanzo a comprender.

Nuestra adaptación a la vida anfibia ha venido afinándose con el tiempo. Logramos conformar una comunidad funcional, con idiosincrasia y tradiciones propias. Nuestros asentamientos siempre están cerca de un palo de mango. El perfume de este fruto nos sumerge en un estado de lucidez y fascinación. Nos hace salivar las branquias y las escamas. Por eso, cuando nos reunimos, rotamos el mango entre nosotros. Así las palabras fluyen fácilmente y logramos conversar, casi tan elocuentemente como ustedes. Nuestras actividades se concentran en la limpieza del río y la ciénaga. Aunque todos nos alimentamos de sus desechos, esta labor no inicia hasta que los coronmanos con mayor edad hacen el recorrido matutino de la zona, marcando con toxinas los desechos peligrosos, debido a la toxicidad de su basura. Al finalizar el recorrido, los coronmanos elevan un silbido, después del cual todos empezamos a limpiar. A veces la basura es tanta que comemos por obligación. En este proceso hemos descubierto la indigestión.

Compartimos el espacio con las garzas, las nutrias y las tortugas, con quienes nos podemos comunicar químicamente, pero solo cuando estamos en el agua. Cuando terminamos las labores de limpieza, nos tendemos bajo la sombra del mango, y limpiamos con nuestras ventosas a nuestros compañeros coronamos, sin ninguna distinción. Por eso nos ven pegados los unos a los otros, en una especie de lamido conjunto. Nos volvemos uno, en comunión, bajo la medianoche fresca, mientras grillos y cigarras cantan en la ciénaga y a veces amanecen ahogados en los remolinos del río.

Siempre hemos habitado este territorio con el concepto de una memoria común. En las rocas leemos la historia que el agua nos sigue narrando, en la arena saboreamos lo más oscuro del paso del río, y en las orillas limpiamos para continuar cultivando este espacio compartido con ustedes. Somos una gran comunidad que decidió cerrar su territorio, no para aislarse, sino para protegerse de la mirada, casi siempre juzgona, de la humanidad. Nuestras labores, igual que en el agua, buscan que la energía fluya: remover las grietas, levantar lo que todos olvidan, devolverlo limpio, filtrado, como si incluso el agua pudiera olvidar. Sostenemos un ecosistema que nos sostiene. Por eso les pedimos que toda forma de muerte humana provocada por manos humanas se mantenga lejos de nuestros ríos, que son las venas abiertas de este país.

Es importante reflexionar sobre nuestras dificultades en la comunidad. Aunque somos pocos, nuestras tradiciones se expanden en el trabajo colectivo. Uno de nosotros, cualquiera, señala el lugar que debe ser limpiado y los demás le seguimos, compartiendo branquias y escamas. Mientras succionamos, somos fieles a la transformación que honra

lo olvidado y cuida de este nuevo estado de existencia. Es el mantra de nuestra comunidad: *la vida sostenida por la descomposición, la muerte que alimenta.*

Aquí está nuestra contradicción. Nos alimentamos de los cuerpos que son arrojados por la violencia al agua. Nos sostiene lo que es muerto por otros. Nuestra comunidad no conoce el hambre. Así es, vivimos saciados, condenados a una abundancia que duele. Comparto nuestra pregunta con ustedes: ¿qué significa comer con hambre?, ¿qué ocurre en un cuerpo que puede sentir el vacío? Queremos saberlo.

¿Nuestra existencia depende entonces de que el río siga siendo contaminado con violencia? Es una pregunta que mientras trabajamos ronda y se filtra por nuestras aletas. Quisiéramos que el río respire. Dejar de alimentarnos de un río herido. El agua ha de sostenerse por sí misma, sin que la muerte humana indique su cauce. Nos sabemos huéspedes de una casa que nos excede, guardianes de un dolor jamás escogido, testigos de una abundancia no deseada.

Aunque hoy la muerte nos sostenga, quisiéramos saber lo que significa vivir sin ella. Si debemos enfrentarnos al hambre, sabremos nuestra misión cumplida. Si uno de nosotros muere, sabremos dejarlo morir: entonces se le habrá regresado la vida, otra vida, al agua que late.

Nos valemos de nuestras mentes humanas e indagamos dentro de los recuerdos de vidas que no nos pertenecen para reconocer, o, más bien, para recordar sus lenguajes y enviarles este mensaje. Los coronmanos mutamos el río, lo limpiamos, lo habitamos y él nos transformó para ayudarlo. Todo le pertenece, somos el río mismo junto con sus plantas, peces, anfibios, reptiles e insectos.

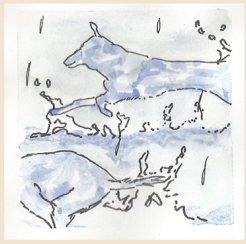
Después de un tiempo entendimos que tenemos una misión. Al ser parte coroncoros y parte humanos, logramos comunicarnos no solo entre nosotros, sino también con ustedes y sentimos en las vibraciones del agua sus palabras.

El río quiere que su mensaje llegue con claridad, el río nos ha encargado esa tarea, el río exige algo que la humanidad debe estar dispuesta a darle: fluir en paz. Los coronmanos no creemos en los castigos, no entendemos de la venganza y no sentimos resentimiento. El río sí. Esta es su primera advertencia, no solo de este río, sino de todos los ríos. Porque el agua entre ella habla, el agua entre ella se escucha y entiende. Estamos aquí para limpiar al río, pero el río, que todo lo ha recorrido porque ha sido todas las formas, nos dio este nuevo despertar con una intención mucho más profunda para cortar el problema de raíz. Y la raíz son ustedes.

APATÍA

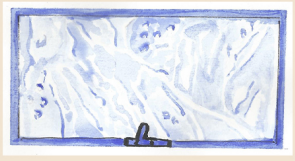
@daluuque



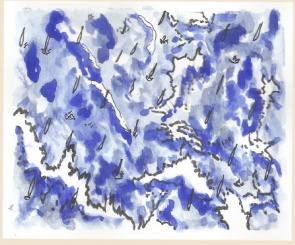


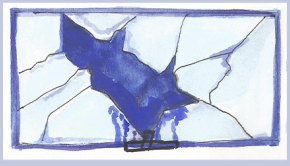




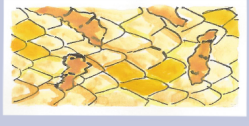






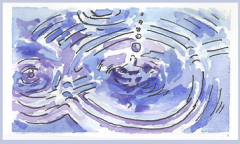


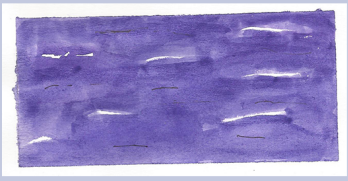


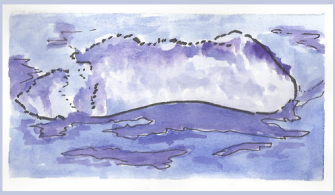






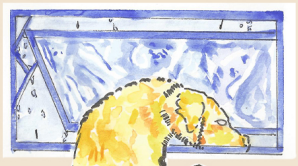


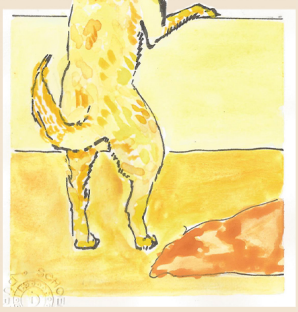






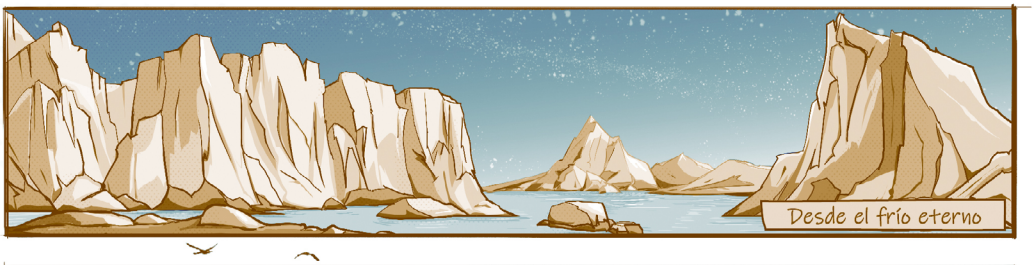




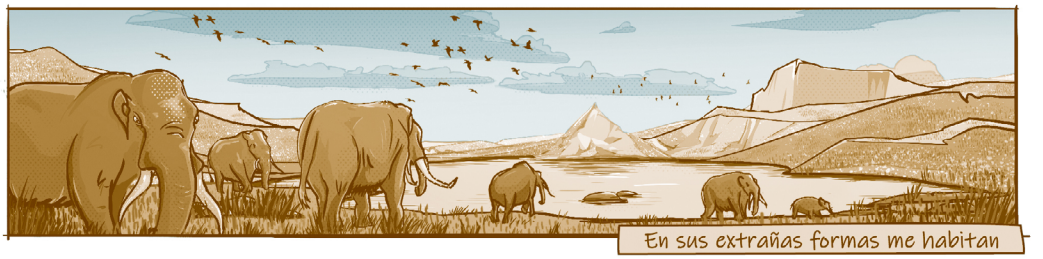






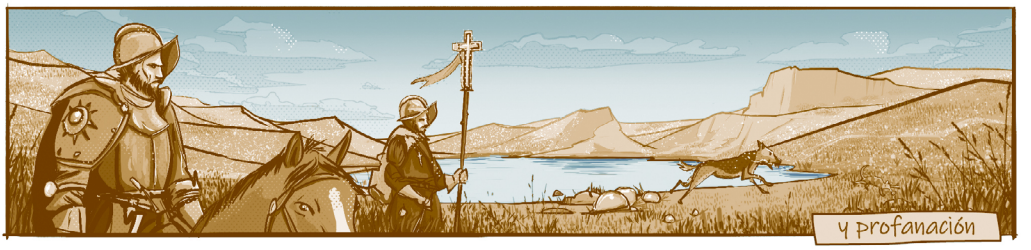






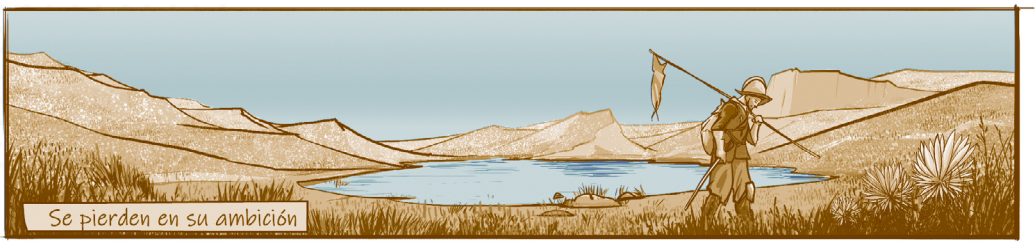


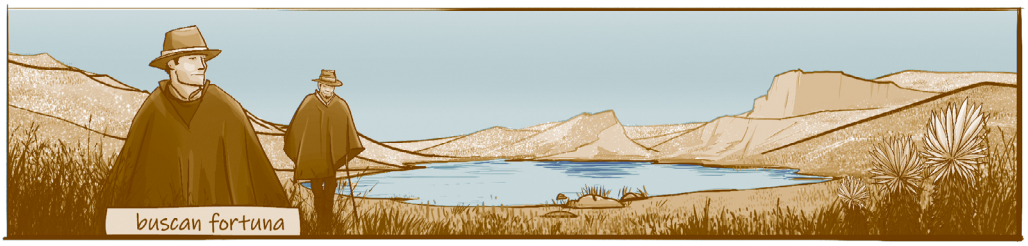




Rodrigo Beltrán Munévar ©

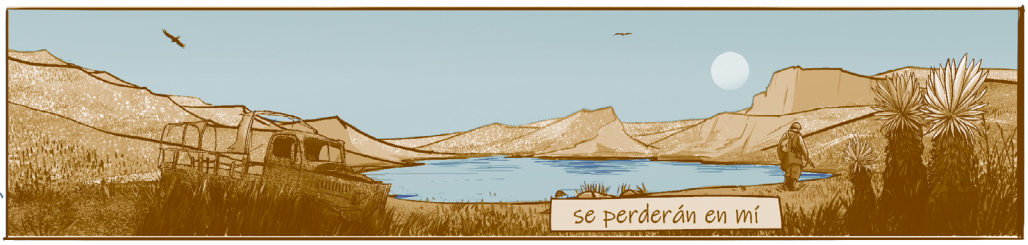
Guaguy Suzyn
Tumba de los Miedos









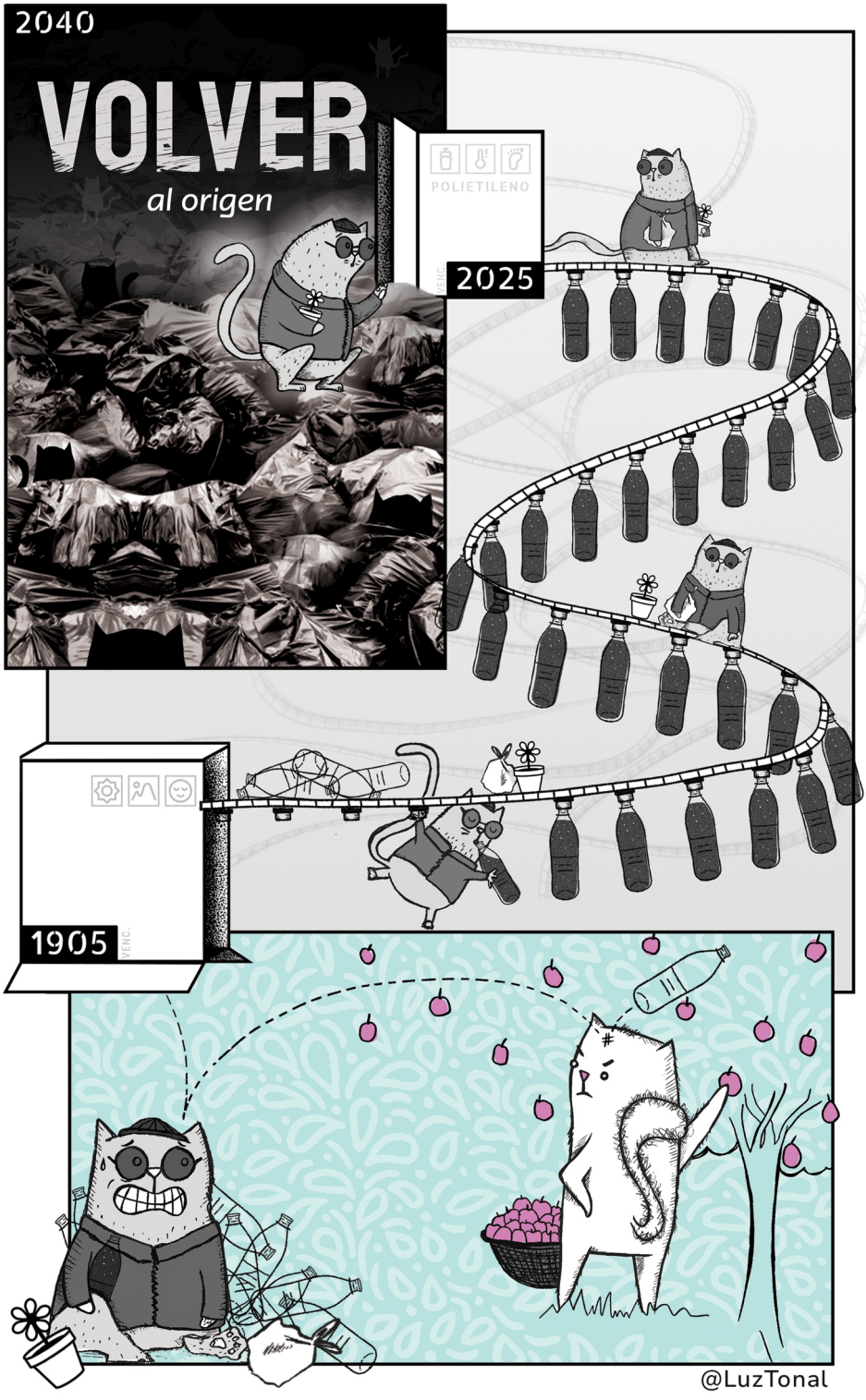




Rodrigo Beltrán Munévar ©



Máquinas, dolores


2040
VOLVER
al origen
POLIETILENO
2025
1905
@LuzTonal


¡MUERO DE HAMBRE!
¡YA NO TENGO MÁS COMIDA
1. CONSUME RESPONSABLE
2. COMPOSTA
3. Y LA MAGIA SUCEDE
PLASTIFLOR
100% polietileno
LA MAGIA SUCEDE CUANDO VUELVES AL ORIGEN
2040

Andrea Martínez, Caro Lenis,
Paola Escobar y Santiago Duarte

Cierre el pico

Una tras otra veo pasar las aves desnudas en la cinta mecánica. Las tomo, despreso, separo y dispongo en la banda, logrando cifras récord en esta trayectoria de más de cinco años; la transportadora continua, como un horizonte inmenso rosado. Cuando el turno acaba, mis manos tiemblan y trato de poner mi atención en otro rincón del mundo, en el mío. Siempre trato de pensar en otra cosa más allá de la labor que consume mis días durante ocho horas diarias y anhelo poder tocar mis manos descubiertas cada tarde. Me gusta comprar víveres y carne de res, nunca pollo, porque aquellos que sabemos cómo se hacen los *nuggets* perdemos el apetito avícola rápidamente; me motiva repasar las etiquetas de las galletas y los refrescos. Para la cena pensé qué comprar y finalmente llevé una de las cenas que ofertan en el pasillo de los congelados. Esa noche aparece en mi memoria una imagen: mis hermanas en la mesa alabando mi sazón, que se convierte rápidamente en una pesadilla en la que me preguntan por qué las dejé solas. Trato de alcanzarlas, pero, como sucede cada vez que sueño con ellas, las piernas parecen nubes que me arrastran entre polvo.

Hoy es jueves, ya ni sé qué día de marzo es. El jefe de la cadena inicia el movimiento de la cinta con ese botón verde brillante que alcanzo a ver desde mi estación. Alisto las tijeras y las miro como una extensión de mi cuerpo meca-

nizado. La adrenalina sube y mi disposición cambia. Ya no soy Alfonsina, ni Pancha. Soy un instrumento que se mueve con el compás de esos bultos rosados que marchan y pronto se vuelven muslitos, pechugas, vísceras y patas. Nada se desperdicia, todo va empacado y sellado. Un código de barras los espera a cada uno de ellos. Un código QR que referencia cada finca, cada lote y cada proceso de engorde que asegura la mejor de las calidades.

Emprendo mi labor cuando mis pulmones se llenan de un olor avinagrado que cubre toda la máscara y las gafas de seguridad; se nublan mis ojos entre lágrimas y siento una corriente eléctrica por toda mi espina que envía señales altas y claras: pulso de muerte, miedo, huida. Ignoraba que segundos antes un compañero —probablemente somnoliento por las largas horas de sanitización— había arrojado accidentalmente dos contenedores con mezclas químicas usadas para esterilizar los instrumentos. En el suelo se había generado una reacción que levantaba los vapores invisibles que luego me tiraron al suelo.

Despierto y mi garganta arde. Sin embargo, no me preocupa ese síntoma inmediatamente. Me pica la piel como si tuviera un ejército de hormigas patrullando por mi carne. Esos insectos invisibles muerden al menos tres lugares localizados: mis piernas, brazos y costillas, que fueron los principales objetivos de esos animales carnívoros que aparecieron con el gas. Trato de llamar a alguien en lo que ahora reconozco como el hospital San José. Mi voz solo me permite emitir un quejido ronco y seco. A mi lado otras trabajadoras que también cayeron se recuperan acostadas.

Metamorfosis

La aguja me provoca un sobresalto. Sin embargo, fue solo un leve picoteo comparado con el dolor que me baja hacia los pulmones. Vivo una suerte de fuerza interna que no había sentido antes. La quemazón aumenta con cada respiro. Los pulmones se hinchan como quien le imprime fuerza a un fuelle y experimento cómo el aire fluye dolorosamente por todo el cuerpo. Siento cómo mis músculos se van durmiendo y se niegan a responder a mis instrucciones. Ahora mis piernas reposan inútiles, casi parecen diminutas. Los brazos las secundan, pero a diferencia de estas, los dedos se elevan casi solos. Palmeo.

Una figura grisácea se me presenta justo por el lado derecho, me siento inquieta ante el sonido de unos pasos, pero permanezco sentada en la camilla. El clic de la linterna me alerta. Mis ojos quedan cegados con el rayo de luz artificial. Por fin se apaga y me libero del sufrimiento. Oteo para detectar cualquier otro signo de alarma. Giro la cabeza de tal forma que el ojo izquierdo la detalla, reviso su cara, sus pómulos ennegrecidos y su uniforme azul.

—¿Cómo se siente, Alfonsina? —dijo la doctora.

No comprendo cómo su labial carmesí logra llamar mi atención. Antes, pasaba desapercibido ante mis ojos, ya que me parecía que se veía vulgar. Esta vez es diferente. Me detengo a revisar el movimiento de sus labios con repentina fascinación. Sus formas son tan claras ante las imágenes de todas las cosas que —desde que me desperté en esta camilla— se empiezan a desdibujar a lo lejos.

Asiento.

—Le aplicamos epinefrina para tratar la reacción alérgica a la sustancia química, le hicimos una irrigación ocular y lavado de las zonas afectadas. Le entrego la autorización de salida, la orden para que reclame sus medicamentos y otra con la incapacidad de hoy y mañana. —Continúa—. Se me olvidaba esta otra hoja con los signos de alarma. Si presenta dos o más, viene a urgencias inmediatamente.

Las piernas me tambalean subiendo las escaleras del bus, veo claramente las delgadas franjas amarillas pegadas a los escalones entre los tonos grisáceos infinitos, las sigo hasta llegar a la registradora. La máquina suelta un chillido indicando que mi tarjeta ha marcado el pasaje.

—Prepárenlas para el despique —dijo una voz masculina medio metálica que resonó a través de los parlantes.

Tiemblo. Trato de asirme a las barandas amarillas pero tengo la impresión de que he perdido la fuerza. Se me resbala la mano en una frenada abrupta del conductor y antes de caer al suelo algo me mantiene en equilibrio. Es el aleteo.

El bus está lleno y la gente empuja, pisotea, algunos braman al de al lado. Otros más osados mandan cabezazos al aire, como quien reta al duelo.

—Entonces, ¿nos vamos a dar o qué?, ¿o es que no se atreve? —dice el uno.

—Qué va, ¡gallina es lo que es usted! —imita el cacareo para incitar al otro.

Los vehículos pitan porque están apiñados en la avenida, la luz artificial resalta en esa noche que parece eterna.

—Oiga, tenga cuidado que no lleva vacas —bufan ciertos pasajeros mientras se sostienen de las brutales embestidas.

—Si no les gusta, pues bájense —anuncia el hombre con la voz ronca.

Una vez en mi casa, me encuentro encerrada, caminando en círculos, en un vaivén de cabeza. Trato de acostarme en la cama que me pertenece hace años. No obstante, esta vez no puedo conciliar el sueño. Es como si un bulto dentro de la garganta buscara salir por mi espalda. Tengo la misma almohada con la funda rota y las plumas a medio salirse, desgastada, propensa a adoptar la forma de mi cabeza una vez la recuesto, y las mismas cobijas. Decido sentarme, apoyar la almohada contra la pared y cerrar los ojos. Me es imposible. Siento cómo la respiración se acelera. En un arranque de ansiedad me incorporo. Creo oír a Carlota, mi hermana menor que hace rato no visito. Me siento mareada.

Salgo de mi habitación y veo un prado. A unos pocos metros de la casa de mi infancia veo una máquina con un hierro vivo en la punta. En la parte superior hay una manivela arcaica que se acciona cada segundo. Una gallina es atrapada por unas manos enormes. Cacarea y el dedo índice de la mano agarra otro cuello, suena el *chas* y otra gallina cae con el pico ya choneto, como planeando para amortiguar la caída.

Compungida, la compadezco, se me pone la piel de gallina solo de saber que Carlota también va a recibir el mismo destino. Ella se convirtió en la más callada de la casa desde que murieron mis padres, se la pasaba en el galpón alimentando a los pollitos, y solo se sentaba a la mesa a recibir su plato de comida. Recuerdo lo último que me dijo cuando me fui de casa:

—¿Por qué te vas, hermana? ¿Y por qué con ese señor?

A ella también la toma el verdugo por el pescuezo. La acerca a la máquina y la estruja entre sus pataleos. A diferencia de mí, ella sí trata de liberarse. Pero ya es tarde, su pico está hecho polvo y es arrojado a los comederos. Me lanzo a abrazarla, pero me detienen con brusquedad.

—Hay que separarlas para que no se maten entre ellas —dice el hombre.

Las rejas me rozan las pústulas de piel desnuda, justo ahí donde me picotearon. Veo algunas gotas de sangre caer. Ahí sé que es el fin, que está desesperada mi compañera de jaula, que su pico es su único mecanismo de defensa ante este infierno. Ahí nos agarran de las alas.

—Picotean los huevos, se los comen como si fueran manjares —dice ella a media lengua—. Los manjares que saben a sus hijos no nacidos. A los hijos que no van a meter a las máquinas.

Grito con todas mis fuerzas, pero solo oye mis cacareos que se van en el aire.

—Los habitáculos son muy estrechos por eso se picotean. El despique solo ayuda a que no se maten entre ellas, pero no pueden ni comer.

Da la impresión de que no me escucha. Trato de llamar su atención. Cloqueo.

—Vea que no siempre se les coagula esa herida del pico. Cierre el pico que acá no se le paga por hablar. —Reconocí la voz que me había estado hablando. Ahora me era tan familiar—. Si no le gusta váyase a criar gallinas felices a la granja de su abuela a ver si le alcanza para el diario —continuó diciendo don Enrique, mi supervisor de la fábrica.

Rompimiento

Ver a mi hermana mutilada me provoca náuseas. Salgo corriendo, me alejo del prado y regreso a mi habitación. Me desvanezco. El ojo todavía duele, arde como si me hubieran raspado por dentro, aunque, al menos, la picazón ha desaparecido. En su lugar, algo peor: una sensación punzante. Plumas blancas han empezado a brotar por la piel, se me encajan desde adentro.

Me levanto tambaleando, con el cuerpo torpe, más ligero en unas partes y pesado en otras. El espejo. Tengo que mirarme. Y ahí está. No soy una mujer. Soy una puta gallina. Mi cuerpo está cubierto de cientos de plumas diminutas, muchas enrojecidas, algunas supurando.

No puede ser. No puede ser. Me acerco más al espejo. Tiro de una pluma, desesperada, como si al arrancarla pudiera traer de vuelta mi piel, mi forma. Es un sueño. Tiene que ser un sueño.

¿Qué más podría ser? La gente no se despierta convertida en una gallina gigante, por amor de Dios. Eso no pasa. No pasa.

Fiebre. Eso debe ser: un delirio febril. Esa es la única explicación que tiene sentido. Camino como puedo hasta la cocina, abro la alacena con estas manos —¿siguen siendo manos?— y busco el acetaminofén. Me lo tomo sin agua, con la lengua áspera, que ahora siento más ancha.

Y vuelvo a la cama. No pensar. Dormir. Al despertar, todo volverá a la normalidad. Esa es la esperanza. Mi único plan. Dormir y borrar todo.

Me levanto convencida —sí, convencida— de que no pasa nada. Un mal sueño. Una alucinación. Por el trabajo de

mierda, claro. Destripando pollos todo el día, una termina perdiendo el juicio. Sangre, vísceras, plumas pegadas a los guantes... tiene sentido. Demasiado sentido.

Pero, entonces, la sensación punzante. Ese latido extraño bajo la piel. No, bajo las plumas. Me trae de vuelta de un golpe. La realidad. El cuerpo. Ese cuerpo. En lo primero que pienso es en ir a urgencias. Quiero que me digan que es un brote alérgico o un virus nuevo. Esa voz reaparece.

Si vas al hospital te van a encerrar. Te van a meter en un galpón, con luz artificial las veinticuatro horas, y te van a hacer comer hasta reventar. Y como eres demasiado grande para venderte por presas, te van a llevar a la procesadora, te van a hacer nuggets.

No, no, no. ¿Qué estupidez es esa? A la gente no la hacen *nuggets*.

¿Y tú qué sabes? ¿Estás segura de que sigues siendo gente? ¿Viste bien lo que hay en el espejo?

Cállate. Cállate. Cállate.

Decido que no puedo llamar a nadie. Voy a la fábrica para buscar lo que me cayó encima. Tal vez, si entiendo lo que me pasó, pueda remediarlo. Pero no puedo ir así. Tengo que depilarme las plumas, por lo menos las de la cara. El resto del cuerpo lo puedo cubrir. Pero el plan no funciona. La máquina es incapaz de cortarlas. Se atasca, chilla, como si también se negara a aceptar lo que está pasando. Entonces decido arrancarlas. Si los patos pueden soportarlo yo también.

Busco unos alicates y me planto frente al espejo. Empiezo a jalar, una por una.

Tal vez podamos hacer una almohada, una suave y cómoda almohada de plumas.

Falta poco. Falta poco, me digo con la agonía de cada una. En el lugar donde ha estado cada pluma queda un agujero sanguinolento, como esos que dejan los barros cuando se revientan. *¡Te ves asquerosa!*

Las arcadas me dominan. Me doblo sobre el lavamanos, vaciando el estómago, o lo que queda de él. Después de un rato me calmo. Al examinarme en el espejo, veo que parezco víctima de un acné extremadamente agresivo. Mi nariz está dura, inflamada, deformada. Pero, por lo menos, no me tomarán por una gallina. A nadie le importa una mujer fea con la piel destruida. Pero una gallina gigante...

¿Te los imaginas? Corriendo y gritando: «*¡Nos invaden los pollos mutantes!*».

Cállate.

Me visto como puedo, torpemente, porque el cuerpo está hinchado, deformado, como si hubiera pasado la noche entera inflándome con una bomba de aire. No encuentro qué ponerme. Todo me aprieta, me corta la circulación o simplemente no entra.

Además de todo, gorda. Claro, tenía que pasarme. Un pollo obeso. Qué imagen tan encantadora.

Cállate.

Revuelvo el armario buscando una solución, como si entre las camisas olvidadas y los pantalones que ya no me quedan hubiera algo milagroso: una prenda que disimule la monstruosidad, que me devuelva un poco la dignidad.

Encuentro una bata que usaba para dormir. No es una de las pijamas sexis; no, esta es una bata azul, con estampado de formas arabescas doradas. Es tan grande que me entra sin problemas.

Ridícula. ¿Así pretendes no llamar la atención?

Cállate.

Me cubro la cabeza con una bufanda vieja, tratando de ocultar lo que queda de mí. Y me dirijo a la puerta.

CICATRIZ-Acción

[Colectiva Intersindical y Cooperativa de Aves Trabajadoras
Rebanadas e Intoxicadas con
Peróxido de Zinc
listas para la
Acción]

He escuchado que la canela en polvo es un cicatrizante potente. Puede cubrir suavemente los rastros que las plumas recién arrancadas han dejado en mi piel, o al menos en mi cara. Será un aliciente. Puede ser un remedio temporal. Una manera de cuidar esta máscara mía con la que debo enfrentarme a este viejo-nuevo mundo, pero… *¿de qué puede servirme?*

Recetario.
Instrucciones de uso

Diríjase a un mercado y consiga cantidades industriales de canela en polvo.

Cuando tenga la canela en su poder, identifique, haciendo uso de un espejo convexo, qué poros siguen

abiertos, la existencia de pústulas o, a lo mejor, si hay orificios sanos. Estos espejos serán de especial utilidad, pues amplifican la imagen unas cinco veces en proporción a su tamaño real. Además, le recordarán la importancia de la imagen, sobre todo en el contexto laboral.

La canela es solo una parte, debe pensar en alternativas para su vestuario. Hágase preguntas como: ¿seguirá portando ropajes exclusivos de especies humanas? o ¿se entregará sin culpa a lucir la piel de gallina?

Tenga en cuenta que esta no es una cuestión menor, pues elegir alguna de las opciones hará que tome partido, en cuyo caso, podrá ir perdiendo facultades humanas como la voz, y órganos tan esenciales como la lengua irán siendo sustituidos. Sin embargo, allí también puede existir esperanza porque aunque se ha dicho que el cerebro de gallina es minúsculo e ineficiente, tendrá un nuevo poder a su favor: su tamaño y su recién estrenado carácter *picoteante* que la obliga a cacarear por usted y por sus hermanas. Por sus días dolorosos, inhumanos e incesantes en un transportín de origen mecánico que más temprano que tarde la hará *nugget*.

¿Seguiré siendo un gallina gigante torpemente envuelta en los arabescos de mi bata? ¿Y el trabajo?, ¿qué sentido puede tener ahora, cuando esté frente a la banda traicionando a las mías, despicando, siendo este ser metamorfoseado que se va contra las suyas?

La piel ya no duele. Ni siquiera esa costra de canela que, por meses, fue el único ungüento posible. Las heridas deja-

ron de ser rojas, y luego dejaron de ser heridas. Quedaron ahí como mapas, marcas topográficas que cuentan —sin pedir permiso— lo que fui.

Al principio no quería mirarme. Tenía miedo de encontrarme otra o, peor, incompleta. Ahora me busco con frecuencia. Me aliso el plumaje con una quietud que jamás tuve en esa otra vida, la de antes. La de la cinta. La de la fábrica. La del pico cerrado.

Reporte del jefe de conveyor: caso 041 Alfonsina.

Alfonsina ahora regula sus estados de alerta al compás de su red.

Ha desarrollado un canto de advertencia para las otras hembras cuando detecta peligro. Es insurrecta. Tiene una especie de cacareo con el que encara a la autoridad.

No reconoce patrones básicos de comportamiento en la banda de producción. No logra identificarse si es quien opera la máquina o si es ella misma un ser mutante que será procesado (revisar comportamientos inusuales que se han reportado en los habitáculos). Ciertamente representa un peligro para la comunidad, en tanto puede estimular comportamientos ejemplarizantes con tendencia a la imitación. ¡OJO!

Atención: es una opositora desafiante. Se ha observado un patrón: tras su cacareo, otras hembras disminuyen su ritmo de producción o hacen pausas no autorizadas.

Reporte del jefe de conveyor: caso 042 CICATRIZ-Acción

> El asunto con las de CICATRIZ-Acción [colectiva donde se agruparon todas las del accidente] cada día representa más problemas. Se reúnen y están deteniendo la producción. Tienen estrictos protocolos y a menudo no acuden al llamado de desplazamiento en zonas comunes, ni cumplen las funciones habituales, incluido el despresamiento de pollo y el empaque para su respectiva refrigeración y transporte. Se empiezan a notar pérdidas. Están organizadas en PARO y exigen indemnizaciones, cambio de condiciones laborales y salariales. En los casilleros 4 y 5 (Alfonsina y compañía) se reportó un documento con firmas donde preparan una denuncia penal contra la empresa. ¡ATENCIÓN! ASUNTO SUMAMENTE DELICADO DONDE ESTÁ EN PELIGRO EL TRABAJO DE TODOS: REPORTAR A SUPERIORES.

Ya no me esfuerzo por recordar cómo se sentía ser humana. Tampoco sabría qué parte exacta era «serlo». ¿La voz? ¿Los pulmones quemados? ¿El miedo a Enrikeeee? ¿El afán? ¿El frenesí? Hoy tengo esta otra forma de estar viva. No más, no menos. No mejor. Otra. Y esa diferencia me late por dentro como un cacareo.

Nos encontramos en las pausas. En los márgenes del turno. En los descansos que no nos concede nadie. Y en vez de hablar, nos picamos suavemente las costras. Nos limpiamos. Nos cuidamos.

Hay una que aprendió a mover los brazos como si fueran alas. No vuela, pero sabe planear. Otra dejó de hablar del todo, y solo canta. Yo, por mi parte, comencé a escribir con las garras como si fueran dedos.

No hay nombre para lo que somos. Pero tampoco nos urge nombrarlo. Lo que sí sabemos es que ya no trabajamos para alimentar la máquina. Nos alimentamos unas a otras.

Y si alguna de nosotras vuelve a sangrar, hacemos lo que antes era impensable: nos quedamos. No huimos. No nos arrancamos los ojos. No picoteamos para dominar.

Picoteamos para despertar.

Ayer, Enrike pasó por el corredor. Pero esta vez no bajé la cabeza. Le cacareé. Alto. Fuerte. En su idioma y en el mío. Y se detuvo. Por un instante, solo por uno, vaciló.

¡Enrikeeee!

¡No me vuelva a decir que cierre el pico!

Porque ahora, cuando lo abro, arde el mundo.

Y arde distinto.

Jaime Enrique Barragán Antonio

El culo de King Kong

«El culo parece muy democrático,
todo el mundo tiene uno. Pero veremos que no todo el
mundo puede hacer lo que quiera con su culo».
Por el culo: políticas anales
Javier Sáez y Sejo Carrascosa

En lo alto se divisa el Culo de King Kong. Una roca que parece haber caído del cielo y que corona la cima de una de las montañas que hacen parte del paisaje entre los barrios La Sureña, Santa Librada - sector La Peña, Manzanares y Villas de Santa Isabel, barrio que antes recibía el nombre de La Vereda, sin serlo, y que al igual que Santa Marta y Barranquillita, surgieron alrededor del trabajo en los chircales. Campesinos y habitantes de otros lugares de la ciudad llegaron a estas tierras a partirse el lomo, a partirse el culo, haciendo ladrillos para una ciudad que no para de crecer. El Culo de King Kong como testigo de pequeños cuerpos que se mueven de un lugar a otro. Vecinos que arrancan y desbaratan la tierra para luego venderla cocinada. He aquí el fruto, como pan que sale del horno, mientras se traza en el cielo una raya negra. Todo se esfuma. Incluso el Culo de King Kong.

A los pies de la montaña se divisan las ruinas de las ladrilleras Helios y Yomasa. Las huellas que dejó la extracción de arena y arcilla, la minería a cielo abierto, nombre técnico que esconde la tragedia de buena parte de los cerros surorientales. Las montañas inmóviles. El viento helado. Los barrios como un tapiz que se extiende entre el silencio. Abajo, hombres empujan pesadas carretas en las que apilan uno a uno ladrillos y bloques que luego llevan a los hornos. He visto antes esos cuerpos. Anuncian inflamaciones y dolores, dedos curvos que esquivan el calor, asfixia. Recuerdo los hornos y los juegos en ellos, imágenes del holocausto. Imagino gente que entra viva y luego está muerta. Se me antoja que este barrio está habitado por muertos: adentro, apilados, como dulces que provocan ser mordidos. Trozos de barro que forman un rompecabezas. Una ciudad contenida, hecha de torres, columnas que se endurecerían dentro de una cueva caliente.

Todavía recuerdo el día en que llegué a la vereda, al barrio. Eran mis primeros días como profesor de artes plásticas, en un lugar al que mis compañeros no querían ir. La neblina cubría parte de las montañas, el frío y el olor a carbón quemado. Niños con una piel distinta. Niños con el rostro de arcilla. Algo de brillo en los ojos y, en cada rincón, el polvo. Cayendo: sobre las calles, sobre la comida, sobre los pocos muebles. Tosían, tosían todo el tiempo. Eran los niños que iban a mi clase. Uno de ellos, casi adolescente, sería un artista capaz de moldear pequeñas esculturas con el barro sobrante que no se convertía en ladrillo. Lo intentaría inducir a irse del barrio, a dejar a su padrastro, a su novia, a sus vecinos. Él me seguiría mostrando maquetas y ciudades

que creaba una y otra vez; cuerpos detenidos, perros, gatos, árboles, rostros de arcilla que parecían ser un espejo en el que él se reflejaba. También moldearía la montaña y el salón en el que se hacían las clases; una vieja bodega que olía a grasa y gasolina. Un profesor novato que intentaba pegar en la pared cartulinas baratas. Al fondo de la bodega, ladrillos crudos y húmedos que acariciaba. Los vecinos, que de vez en cuando se acercaban para ver lo que hacíamos, harían comentarios sobre el talento de un muchacho del que, con el tiempo, olvidaría el nombre. El polvo seguiría acumulándose y el muchacho, después hombre, perdería el brillo de sus ojos. Su cuerpo seco, opaco, me hablaría en un sueño. Así son los que envejecieron aquí. Mis estudiantes. De los que aún guardo alguna fotografía. En una de ellas estamos todos cogidos de las manos. En otra somos una pintura. Cuerpos coloreados, pintados sobre la pared oscura de la bodega que ya no existe y en el centro un corazón.

He vuelto a subir la montaña. Le pregunto a Yhancy, otra niña que ya se hizo mujer, qué pasó con el viejo salón. Me cuenta que lo derrumbaron para ampliar la carretera, que ya nadie viene aquí. Le pido que me acompañe, que quiero subir la montaña, ir al Culo de King Kong, acariciar la piedra. Observo ropa y plástico en una especie de claro entre los árboles que hay por una trocha.

—Ay, familias que llegaron a hacer cambuches a esta altura, venezolanos, —me dice—: tuvimos que sacarlos de aquí. Había niños y mujeres, apenas si lograron salir corriendo montaña abajo. Los vecinos gritaban. Trajeron palos y machetes.

Le pregunto por el joven del que no recuerdo el nombre, el de las esculturas.

—Ay, Jaime, a él lo mataron.

Sigo caminando, el viento se hace más fuerte... De nuevo aquí, parado sobre lo queda de la piedra.

Los fines de semana era normal ver grupos de personas, en especial niños y jóvenes, que subían la montaña. Un camino empinado que dejaba a más de uno con la lengua afuera. Cuando estaban arriba le daban una o varias palmadas a la piedra, le golpeaban las nalgas, se reían. El Culo de King Kong no se inmutaba. Soñé muchas veces que esta roca caía rodando y aplastaba todo: casas, perros, niños, caminantes. Imaginaba a los empleados de la ladrillera correr despavoridos, alcanzaba a oír todo el ruido que haría este desastre, pero el Culo de King Kong no era así, era un culo generoso que nos dejaba ir a visitarlo, subirnos encima para observar las casas desde muy arriba, tomar gaseosa y comer pan con salchichón. Acogía a todos por igual. Los mejores días para subir la montaña y treparse en esas duras nalgas eran los lunes: no había caminantes, tampoco estudiantes capando clase, solo la quietud y ocasionales ráfagas de viento. Entonces uno se sentaba a observar y se quedaba a la espera... Desde arriba los barrios y la gente eran hormigas. Si uno giraba para el norte, veía el barrio El Pedregal, donde vivió James. Si miraba un poco más abajo, se veía la casa de Fabio, en San Juan de Usme, y la de Camilo, en Barranquillita. Pero en ese momento no los conocía. Los motores de las volquetas y retroexcavadoras apenas si sonaban. Más al norte se veía parte de la ciudad, se sentía lejos, muy lejos, en otro tiempo.

Arriba, en la montaña, no había familia, ni mandados, no había gritos. Arriba, recordaba a King Kong trepando el Empire State y los aviones disparando: King Kong se agarra fuerte y lleva en la otra mano a su amada. King Kong, el monstruo enamorado, que luego cae al vacío partiéndose en mil pedazos, así como le partieron el corazón, así como le partirían el culo. Pero el culo de King Kong no era un culo vengativo. Años después, cuando la montaña era apenas un residuo, un montón de tierra arrasada y la roca seguía en la cima, terca, aferrada, manteniendo el equilibrio para no caer rodando, llegaron unos hombres. Con precisión le atravesaron las nalgas con dinamita. Arriba estaba yo con aquel niño, con ese joven, con ese hombre que hacía esculturas y que ahora solo es viento.

Escucho una explosión seca, un estruendo, que dejó a la montaña peor de lo que ya estaba. Por eso les quería decir que me partieron el culo, por eso les hablaba del corazón.

Juan Pablo Bustamante Moreno

Bogansotá, 2046

Ayer perdimos a otro cliente por culpa de los gansos sabios. Don Heriberto llamó a decirnos que «eso de la IA» ya era cosa del pasado y luego, con un clic, fue a cancelar su suscripción. Todavía no logramos alcanzar el desempeño de los plumíferos y mucho menos que el pequeño Javier disfrutara las clases de matemáticas. Con el último *update*, nuestro tutor automatizado fue capaz de crear una simulación 3D (¡casi al instante!) de sus superhéroes favoritos para que le explicaran la sucesión de Fibonacci al son de los últimos *trends* de *LiveGPTok*, e, incluso así, el algoritmo de reconocimiento facial siguió arrojando lo mismo: «el niño está aburrido, el niño está cansado… por favor, no lo saturen más». Después de tantos intentos, por extensión, quien terminó cansándose y aburriéndose de nuestro método fue el padre de familia; con él, ya van quince señores que se dieron de baja este bimestre, todos dueños del *income* suficiente para negociar con la otra especie. No es viable que sigamos postergando el nuevo lanzamiento; menos mal que las pruebas comienzan dentro de un par de horas. ¿Es prudente que las hagamos hoy? ¿O mejor esperamos a la retrospectiva del *sprint*? Aunque la duda me corre como una araña entre los nervios, mi obligación es mantener la compostura frente a cada una de las empleadas. Para ellas no soy más que una personificación del lema corporativo de EstudIA En Casa: «no le temas al futuro, *darling*, siempre mira hacia adelante».

Ay, mi Ceci, yo de verdad no entiendo: ¿cómo así que no vas a dejar que Javi vaya a clase con los gansitos? Que sí, que sí; ya sé que estás segura de que esto es culpa de Fecode, porque esos viejos mequetrefes solo se oponen al progreso y no hacen ni dejan hacer. Sí, vuelve la burra al trigo: ya sé que tú crees que ellos trajeron a esos pajarracos, y que a lo mejor se aliaron con la Minga Indígena para desenterrarlos de quién sabe cuál socavón, o quizá para practicar algún ritual chamánico con los pobres animalitos en vez de dejarlos allá quietos en sus charcales. Para ti esa es la única explicación posible y me gustaría darte la razón, ¡pero es que todavía no sé por qué estás tan asustada, mujer! Yo como que mejor voy por Magdalena, con eso ella me traduce al menos un pedacito entre tanto disparate… ah, ¿ya no está en la casa?… ¿Y tú por qué verga la dejaste salir antes?… que sí, mi Ceci, créeme que yo te he estado poniendo cuidado. ¡Qué manía esos reproches tuyos! Bueno, recapitulemos: llegaste hasta allá arriba porque estabas buscando al hijo del vecino, ¿cierto? Y ya te pasó la angustia cuando lograste verlo de lejitos, pero igual te tocó esconderte, porque junto a él estaban esos berracos gansitos, allá echados en el pastal y estirando pico. Listo, creo que vamos bien, ¿o no, mi Ceci?… ¿Qué? ¿En bola?… No, yo cómo hijueputas voy a saber cómo es la boca de un bicho de esos por dentro… ¡¿Hicieron qué?!… Agh, ¡pero no grites, mujer! ¡Cálmate!… No, espérate que no las pesco. A ver, tú viste que uno de los gansos se paró en frente del niño, ¿cierto? Te dio asco porque al chiquitín lo tenían empeloto y ese otro malparido le empezó a pasar las alas p'arriba y p'abajo por todo lado. Antes de ponerte a berrear me estabas diciendo que ese animalejo abrió la jeta y, luego, ¿qué? ¡¿Qué pasó?!

Cuando se tiene entre manos un número complejo, es fundamental diferenciar la parte imaginaria de aquella que tiene sus puntos establecidos en la recta real. Eso podría resumir lo que dijeron las autoridades hace algunos meses, el día en que se viralizó un video que mostraba un grupo de seis gansos formados en círculo en medio del Parque de los Novios: en él, se evidenciaba que los dos primeros graznaron una vez cada uno y el tercero emitió dos sonidos, el que le seguía cantó tres veces y el próximo cinco; el último hizo lo propio ocho veces y, luego, el ave que había empezado continuó la ronda con trece de sus ¡*on*, *on*!, para que su compañero le sucediera con veintiuno… los demás siguieron el conteo de manera precisa. Para entonces, los videos generados con IA ya eran indistinguibles de las grabaciones, así que nadie le dio mucha importancia durante los primeros minutos, pero una vez se confirmó la autenticidad mediante la firma digital, el fenómeno causó tal desconcierto que, esa semana, la conversación en redes tomó la forma de conjunto unitario: algunas personas afirmaban que comenzaron a ver gansos frente a la puerta de escuelas clausuradas, que iban y venían del Humedal Jaboque al Tomás Cipriano de Mosquera, de La Conejera al Gerardo Molina Ramírez, del lago donde los habían grabado hacia el IPARM. La alcaldía intentó hacerles seguimiento en tales IED, pero fue imposible, pues atacaban en bandada ante cualquier mínima aproximación; los pocos que alcanzaron a ser estudiados fueron víctimas de rapto en sus hábitats. En las pruebas los forzaron a responder preguntas de opción múltiple, oprimiendo botones con el pico y, aunque su naturaleza comprendía habilidades matemáticas sencillas, como distinguir

cantidades o formarse en V durante el vuelo, la sorpresa fue que también calculaban logaritmos, resolvían ecuaciones de segundo grado y hasta podían hallar derivadas de cualquier orden. Magdalena, por supuesto, no sabía nada de eso: su mente estaba ocupada por el parecido que el Parque Central de Suba guardaba con los pueblitos boyacenses donde vivía su familia. Todos los días tenía que atravesarlo para llegar hasta el Conjunto Residencial Ágora x, hogar de sus patrones, y tampoco era consciente de la forma de trapecio inclinado que tenía la plaza: en la base mayor habían construido un nuevo proyecto de vivienda —cada apartamento tenía un área de quince metros cuadrados, con las suficientes adecuaciones tecnológicas—, mientras que en la base menor reposaba la Iglesia Inmaculada Concepción. El templo aún formaba parte de la Orden de Agustinos Recoletos, pese a que el colegio contiguo les había dejado de pertenecer hace tiempo; por fortuna, ese había sido uno de los pocos recintos que no se convirtieron en D-Ara ni en Tostao tras el éxodo digital. En su lugar, el blanco de las batas docentes había dado paso al blanco de las plumas, lo cual permitió que su esencia educativa se mantuviera como función continua. La mujer apuró el paso: debía llegar a su casa en Bilbao, recoger a su hija y partir a la Zona Tech, donde estaba la sede principal de EstudIA En Casa. Estaba segura de que las próximas horas representaban una oportunidad perfecta y no la podía desaprovechar.

Mientras recibo a nuestra primera candidata, pienso que quizá no debería preocuparme tanto. ¡*Take it easy*, arañita! Hay que dejar que los resultados hablen por sí solos. Con tantos años en este negocio, he aprendido que para

crecer exponencialmente hay que tener mesura. Justo así funciona la secuencia de Fibonacci: su incremento no se desborda, sino que tiende a la divina proporción. Eso es, me mantendré en *standby* hasta el anuncio de esta noche. En cuanto demostremos que este producto es lo último en aprendizaje instantáneo, esos hombres engreídos volverán hacia nosotras, arrepentidos de haberle puesto fin a los planes que habían adquirido. Por lo general es fácil lidiar con los varones: su comportamiento es predecible cual *spreadsheet*. Con los gansos no pasa lo mismo. Hay quienes creen que evolucionaron por razones místicas, a veces generando pánico, porque dicen que «así comenzaron las plagas en Egipto»; otros piensan que desarrollaron superpoderes por lo contaminada que está el agua desde que el distrito se hizo pionero de la Industria 6.0. *Godness!* No sé qué más inventarían esas personas si vieran las grabaciones que conseguimos el mes pasado, cuando enviamos a los hijos de una de nuestras empleadas con nanocámaras 360 en las puntas de sus zapatos y lo registramos todo. Al descubrir sus métodos, nosotras quedamos en estado de *shock*, algunas chicas vomitaron y menos mal que el NDA no permitía que la madre revelara algo tras su renuncia. Me consuela que, por lo menos, los efectos siguen siendo naturales, por más perversos que resulten. No teníamos otra opción: desde ese día hemos estado tratando de replicar las acciones del ritual que vimos, una por una, usando nuestras redes neuronales y piezas de robótica a la vanguardia. Para ello, asignamos las *scrum master* a los equipos, creamos nuevas historias de usuario y les otorgamos pesos según la metodología (¡mis favoritos: 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34…!), pero como las cancelaciones fueron

aumentando, tuve que hacer cambios de último minuto. Y aquí estamos, todo gracias a que adelantamos el *testing* y la publicación de los anuncios para conseguir voluntarios. La mujer me presenta a su hija; me emociona que ellas sean las primeras, que acabemos con tanta *bullshit* de que nosotras no pertenecemos al *STEM*. Después de hacerla firmar, le entrego el bono de compra. Ella sale, confiada en nuestro tácito principio de sororidad. Vamos acorde con lo planeado; de quedarse, escucharía los gritos de la niña y podría interrumpirnos. Pocas veces se tienen las agallas requeridas para este trabajo. En cambio, mis empleadas incluso estuvieron dispuestas a optimizar cada fase del proceso. Aquí aplica lo que suelo recitar en las entrevistas como vocera de EstudIA En Casa: «recuerda, *sweetie*, que nosotras podemos hacerlo mejor».

Ay, mi Ceci, no es que no te crea. Mira, te voy a echar el cuento desde el principio para que dejes de reprocharme tanto: anoche te quedaste dormida mientras veías el capítulo final de Betty la IA, por lo que hoy Javi y tú se pusieron a ver la repetición en pleno almuerzo, ¿cierto? Se acabó esa mierda y después agárrense patitas que te fuiste con el niño… Que sí, que sí: ya sé que debían salir temprano porque tú con ese dolorón de espalda tienes que andar bien despacito, y además a los gansos esos no se les pudo ocurrir otra parte sino ese berraco Agustiniano Suba que es pura subida y que nadie había pisado desde que cerró en los años de upa; menos mal nos queda cerquita. En fin, llegaron como media hora antes, ¿cierto? El vecino aún estaba en la recepción esperando a que saliera su muchacho y te dijo que no había que interrumpir las clases, que te aguantaras un ratito hasta

que ellos salieran porque solo se permitía a un niño humano por sesión. A ti te dio lo mismo porque eres bien terca, así que entraste y le dijiste a Javi que esperara sentado junto al hombre. Entonces te pusiste a dar más vueltas que un perro pa echarse: todititos los salones estaban vacíos, sin limpiar, y a ti se te hizo raro… bueno, sí, a mí también me extrañaría, pa qué. En ese momento recordaste que arriba había zona verde y te fuiste preocupadísima, ahí sí qué artrosis de columna ni qué nada, porque a lo mejor eso sería una estafa y pensaste que las Farc le habían secuestrado el hijo al veci y se estarían dando un festín de ganso a la parrilla. Subiste hasta allá y, de lejitos, viste a los jediondos animalitos aplanchados entre el materío y bla bla bla… Digamos que es cierto: tú dices que un ganso se acercó al muchachito y eso parecía que le estuviera arrancando los ojos de un mordisco. Luego el chiquitín empezó a sacudirse, a chillar y toda esa vaina, y agárrense patitas otra vez que fuiste por nuestro hijo, ya ni se despidieron del veci, y cuando llegaron aquí se encerraron a hacer el rosario porque eso solo podía ser obra del demonio… Agh, pues nada, qué jartera: será volver donde esas brujas con el rabo entre las patas y que metan otra vez a Javi en esa plataforma de ellas porque qué más hago yo… ¿Y cómo quieres que me ponga con tanto desvarío, mujer? ¡¿Contento?!... Sí, ya me dijiste que no estás loca, pero a ver, contéstame: ¿hace cuánto que no sales? Trabajas todo el tiempo desde acá, hace años que les pides a los doctores que vengan al apartamento y, para distraerte, le escribes al televisor lo que te gustaría y ¡pam! te lo genera en par patadas. Por eso es que ya no hacen películas, ni libros, ni nada esas cosas; ya todo lo puede crear uno con el gepeté

o el yipití o cómo se diga. Tú tienes ese vicio y te la pasas criticando a los marihuaneros de la Nacional; al menos yo hoy salí a almorzar con los del trabajo, ¿y tú qué?… No te pongas brava, mi Ceci. Yo solo estoy diciendo que tanto encierro te puede estar afectando un poquitín, ¿no te parece?

Cuando una expresión matemática posee una cantidad desconocida que debe determinarse para resolver un problema, este valor se conoce bajo el nombre de «incógnita». Justo así podrían denominarse, para el público general, las capacidades que los gansos tenían más allá del cálculo diferencial, pues el proyecto de acuerdo de la bancada animalista del Concejo para detener los estudios se aprobó tan pronto como se filtraron los métodos violentos que habían usado para secuestrarlos. Tras ello, las aves se distribuyeron por principio de aleatoriedad: variaron sus ubicaciones hacia otras escuelas, también cines y bibliotecas —todos aquellos sitios que ya casi nadie frecuentaba—, para evitar que les persiguieran de nuevo. Contrario a lo que podría suponerse, fue así como se cimentó la convergencia entre su especie y la población humana: en los pequeños vecindarios donde se asentaron, hubo quienes empezaron a ofrecerles oro y esmeraldas a cambio de sus secretos. Y dado que el concepto de negociación era numérico, los gansos lo comprendieron fácil y accedieron a entrenar a sus hijos en un trueque sencillo, con la condición de que solo el infante podía entrar con ellos y el adulto responsable lo recibía al terminar —esto lo dieron a entender con un par de picotazos a los padres que los seguían—. A cada alumno lo entregaban dormido, con un tierno antifaz sobre el rostro, mientras que lo mecían suavemente entre sus alas. Al despertar, los niños

parecían tener un *summa cum laude* en matemáticas; incluso llegaban a tener tal habilidad de razonamiento lógico que eran capaces de aprender cualquier cosa, en segundos, con una simple búsqueda en internet. El rumor se propagó con una dulzura oscilante entre los de alta cuna hasta llegar a los oídos de Heriberto y él, sin pensarlo dos veces, optó por enviar a su hijo, pues las de EstudIA En Casa ya se estaban demorando mucho en mejorar su sistema y él quería que Javier fuera un analista financiero de éxito, que siguiera sus pasos cual polígono congruente. Magdalena, por supuesto, no sabía nada de eso: su mente estaba ocupada por las compras que haría con el bono que esa empresa le había ofrecido para participar en las pruebas piloto de su nueva creación, una que prometía revolucionar la pedagogía. El semáforo se puso en verde para los peatones y ella cruzó la calle haciendo una tangente con los autos que estaban junto a la cebra; pensaba en su hija, a quien había dejado en manos de unas jóvenes dignas de admirar. Al día siguiente podría presumir lo estudiada que era Lucía, tanto o más que los hijos de la gente adinerada para la que trabajaba. Por eso fue que esa mañana le pidió a la Señora Cecilia, a hurtadillas de don Heriberto, que le diera la tarde libre. Explicó que quería aprovechar el sol artificial porque lo habían empezado a quitar desde las dos de la tarde y, aunque su patrona accedió —para no tener que dar explicaciones cuando sacara a Javier de casa—, su motivación real se mantuvo, precisamente, como una incógnita. Magdalena entró por las puertas del Éxito Lux, que en GPTMaps todavía aparecía como Carulla Country, y agarró los carritos que pensaba llenar hasta el tope. Mientras tanto, Lucía se fue desvistiendo, tal como le

había indicado esa enigmática mujer que la había encerrado en una habitación oscura.

No puedo evitar sonreír mientras veo cómo mis empleadas hacen incisiones cutáneas con la mayor precisión posible. La certeza de que triunfaremos con este proyecto me llena por completo; estoy convencida de que será otro logro en mi historial como empresaria (¡podría llamarle *deep learning* gansístico!), uno más de esos que llevo cosechando desde hace tiempo. Al graduarme, pude sobresalir muy fácilmente en un mundo laboral donde los KPI solían apuntar al mismo nivel de mediocridad masculina, pero yo preferí cambiar las reglas del juego y me convertí en *founder*: ahora sé que tomé la decisión correcta al arriesgar la herencia de mis padres para contratar un grupo de recién egresadas y crear, juntas, una plataforma de *e-learning* que permitiera cursar la totalidad de primaria y bachillerato con nada más que audios autogenerados y *chatbots*. Al principio tuvo una acogida escasa, obvio; era cuestión de paciencia. Mientras que las compañías transicionaban al trabajo remoto y las miniseries en *reels* de formato vertical tomaban la delantera frente al *streaming*, nosotras pasamos de la voz a los videos; después al metaverso y hacia la realidad aumentada. Supimos adaptarnos a una sociedad que prefería cada vez más el confinamiento del que tanto se quejaron en 2020 y, gracias a ello, nuestra *startup* se disparó en Bogotá. Cuando los *smartphones* empezaron a ser fabricados con la tecnología necesaria para integrar los modelos de aprendizaje más vastos en sus circuitos integrados, también optamos por vender en las zonas rurales. «¡Aprende desde tu hogar, con inteligencia artificial y sin conexión a internet!», decíamos

para aumentar el *engagement*; precios altos, sí, aunque las cuotas quedaban muy baratas por adquirir los dispositivos con nosotras (¡el celular, el visor, los sensores…!), garantía incluida. Muchos prefirieron eso a tener que seguir cruzando trochas para recibir una clase deficiente. Ahora lo tenían todo a la mano: como usuaria, yo podía crear mi salón de clases personalizado *from scratch*, con docentes IA que no tuvieran una didáctica sacada del pleistoceno, sin compañeros que me acusaran de puta por llevar la falda encima de la rodilla, usando referentes bibliográficos que no fueran una calca del señor blanco y heterosexual. Fue así, promoviendo la diversidad tanto en el *framework* empresarial como en el producto y su propósito, que les ganamos a los competidores. Tuvimos mil casos de éxito en las pruebas ICFES, lo cual llevó a que el gobierno fuese uno de nuestros *stakeholders*: hasta nos defendieron por hacer que el número de matriculados en colegios físicos cayera en picada, ¿y cómo no?, si la prioridad era el desarrollo individual de nuestras niñas y niños, para que aprendieran a su propio ritmo. Los padres se comprometieron a buscar espacios para fomentar sus habilidades sociales, pero casi nadie lo hizo. ¡Qué descuido! Nosotras, en su lugar, le habríamos puesto mucho esmero: si no fuéramos así con todo, nuestra pequeña voluntaria no tendría sus córneas intactas. Ahora que empieza la cuenta regresiva, debo repetir el mantra que siempre ha acompañado a EstudIA En Casa: «descuida, *babe*, porque el éxito es una consecuencia inevitable del trabajo duro».

¡Ya no más, mi Ceci! Desde que te agarró el malgenio te la has pasado pegada a esa ventana como un perro… Que sí, que sí: ya sé que en realidad no estás enojada, sino que

te empezó fue a doler esta vida y la otra y, según tú, de esa forma Diosito te está avisando que algo muy malo va a pasar… ¿Qué dices?… Ay, juemadre, sí, como que está temblando… Tranquilízate, mujer: eso ya con tanto aparatejo, si llega a ser algo grave nos evacúan rapidito. ¿Te acuerdas que antes tocaba salir a pie, agarraditos en filita india como nos enseñaron en el colegio? Ah, qué tiempos… Pues claro, mujer, yo también pienso que todo sería más fácil si volviéramos a lo de antes, a esas épocas en que nuestros presis no se gastaban la platica haciendo clones de ellos mismos para poder ser reelegidos, sino en guaro y putas pa toditico el gabinete… ¿No vas a decir nada? A mí a ratos me da un pesar con esa chinamenta de hoy en día… ¿Cómo que por qué? ¿Acaso ya no te acuerdas cuando nos conocimos? Nos la pasábamos miradita p'aquí y pa'llá en el salón, hasta que me animé a pedirte un descanso y desde ahí quisiste ser mi novia. ¿No les hará falta eso a esos pequeñines que ahora viven encerrados todo el tiempo? O también, no sé, cascarles a los maricas del salón de vez en cuando… Sí, mi Ceci, ya deja tanta seriedad que si hago de payaso es porque me pone mal llegar a casa y verte así de triste; yo solo quiero sacarte una sonrisa a ver si me quito esos pajarracos dientudos de la cabeza. Ya sé que la gente anda contenta porque los colegios antes eran un mierdero: nadie aprendía nada, todo eran problemas y abusos y más problemas, los muchachitos se agarraban a puño y puñalada limpia, a los profesores los tenían ahí con un sueldito de mierda, en fin. ¡Pero es que ya ni eso tienen! Yo soy consciente de lo podridas que estaban las cosas en su entonces, y no por eso voy a negar que las extraño. Es un cariño ahí todo raro, ¿no te pasa?…

Agh, mi Ceci, yo nunca te digo estas cosas, pero suelo pensar en Javi y no sé qué recordará de su adolescencia cuando trabaje conmigo. A veces, preferiría que tuviera compañeros que lo jodan para que los termine odiando, como nos pasó a nosotros; que sienta alguito más que la echadera de flores de esos sistemas dizque inteligentes… Sí, qué vaina: ya sé que no puedo quejarme, porque ahora esos jovencitos aprenden mejor y más rápido, según dice todo el mundo. Y esa es la idea, ¿no?… ¿Qué pasa? ¿Ahora qué tienes?… ¿Por qué me miras así, mujer, con esa jeta pálida? ¿Acaso también vas a reprocharme este trisitico de nostalgia?

Cuando un problema mezcla tanto cantidades racionales como irracionales, la simplificación ayuda a obtener una mejor respuesta. En ese orden de ideas, lo que Cecilia había visto, aunque no supo explicárselo bien a su marido, y que también había quedado registrado en una grabación que reposaba al interior de EstudIA En Casa, podría resumirse de esta manera: para poder comunicarse con los gansos, había que seguir un riguroso algoritmo para convertirse en uno de ellos. Primero, el receptor debía despojarse de su ropa, pues los gansos también andaban sin prenda de vestir alguna. Segundo, había que producir energía eléctrica —esta se necesitaría más adelante—, de modo que empezaban a frotar sus alas contra la piel desnuda hasta llegar a la diferencia de potencial justa. Tercero, como los gansos tenían visión lateral, para que la del humano tuviera un efecto parecido se requería usar algo de fuerza, así que giraban la cabeza noventa grados, abrían el pico y se acercaban al rostro en un instante: en el párpado superior izquierdo clavaban los dentículos tomiales superiores y en el derecho los inferiores,

o viceversa; era como si las pestañas del infante quedaran atrapadas en cada una de las separaciones de esa sierra que tenían por boca, apenas para tirar de ellas hacia afuera y lograr que el blanco de las plumas diese paso al blanco de la esclerótica del ojo, con una pizca carmesí porque era inevitable que sangraran. Cuarto, los gritos que emitían los niños por el paso anterior ya servían de función inyectiva frente a los graznidos de su especie, de manera que las cuerdas vocales podían dejarse quietas. Quinto, había que aprovechar la nueva disposición de los glóbulos oculares para enviar señales eléctricas a través del nervio óptico izquierdo, usando la estática generada con el roce, y así estimular el surco intraparietal —la pieza clave del procesamiento numérico— a través de los fogonazos que recibía el lóbulo occipital; por el lado derecho no había que enviar nada, ya que eso permitía imitar el sueño unihemisférico de las aves. Sexto y último, el ganso debía llevar las papilas cónicas de su lengua hacia las papilas gustativas del pequeño, ya no humano sino híbrido, y comunicarse mediante ese contacto: aquí se daba la transmisión de conocimiento a través de vibraciones linguales, del calor generado por las descargas, del encuentro entre ambos tipos de saliva y aliento. Después de eso había que esperar a que el pequeño se desmayara para dejarlo caer al suelo con un choque inelástico. Magdalena, por supuesto, no sabía nada de eso: su mente estaba ocupada por el cansancio, pues había tenido que caminar ida y vuelta, ya que ningún taxista había accedido a llevarla por menos de cien *tokens* de *OpenAI*. Al entrar, le preguntó a la recepcionista si podía dejar sus compras en el sofá, pero fue interrumpida por la mujer que parecía estar a cargo, la que le había entre-

gado el bono, quien la recibió con una efusividad imposible de dimensionar y la invitó a seguir deprisa. Magdalena le hizo caso, agradecida de poder haber hecho, por primera vez, sus compras sin sentir culpa —y sin tener que preocuparse por las tasas de interés—. Hacía mucho que no sentía tal alivio, tanta calma.

Dentro de tres minutos veremos nuestro esfuerzo reflejado en resultados. Pensé que los gritos de nuestra candidata me pondrían inquieta. No fue así. Somos afortunadas de que hoy en día ya casi todo sea susceptible de reemplazo: en lugar de las tomias de los plumíferos, nosotras usamos agujas en polieteretercetona y quitosano; a falta de plumas, las chicas están frotando sus cabellos contra la adorable Lucía, por precaución, pues la corriente en realidad se envía a través del mecanismo que diseñamos. Ya nuestro toque viene con el uso de la IA, por un lado, para modular sus alaridos hacia un rango entre 70 y 80 decibeles con un dispositivo *IoT*, y, por otro, para enviar todos los conocimientos matemáticos acumulados en la red a través de los *jumpers* que cuelgan de la *protoboard* anclada al final del artefacto, como lo hacen los gansos con su lengua. Veo que la niña cae al suelo después de tanto forzar su garganta y su cerebro. Dos minutos; mis empleadas comienzan a recoger todo. ¡Qué dicha tener un ambiente laboral lleno mujeres competentes! Todavía recuerdo el hartazgo que me causaba lidiar con hombres: en la universidad, si no era el profesor que me daba un trato preferencial por ser la única mujer entre tanto ingeniero de sistemas, era el compañero que se llevaba los aplausos por repetir algo que yo había dicho antes; en la pasantía, si no era el jefe que alababa mi belleza en los *daily meetings* a punta de

comparaciones con su esposa (¡todo un caballero!), era el practicante que estaba superdispuesto a explicarme lo que aprendí en primer semestre de carrera; y en aquella ocasión que los maestros tuvieron que decir *game over*, si no eran los que protestaban por conservar su obsoleto y tradicional sistema educativo, eran los que lo hacían porque yo solo acogí a las profesoras que se habían quedado sin empleo, para que nos ayudaran con el *training* y diseñando *prompts* de contenidos curriculares. ¿De qué se quejaban? ¿Acaso pretendían que nos quedáramos de brazos cruzados por siempre? Pues no: este mundo ya está tan avanzado que quienes estábamos inconformes con la realidad nos dimos a la tarea de crear otra diferente. Un minuto; ya estamos vistiendo al primer retoño de nuestra nueva ciencia con una bata médica. La madre de la pequeña acaba de volver. Salgo. La hago seguir al *hall*, donde esperaremos juntas a que su hija despierte y, entonces, le pediré que nos hable de algún tema al entrar. Ya sé: le preguntaré por Fibonacci, a quien tanto adoro, para que me dé una clase magistral en reemplazo de esa con la que fracasamos. Quizá debería incorporar sus enseñanzas en la filosofía organizacional de EstudIA En Casa: «tu próximo paso, *honey*, debe ser igual o superior a la suma de los dos anteriores. Nunca te conformes con menos».

Ay, mi Ceci, ¡no te vayas! ¿Cómo es que me vas a dejar aquí a mi suerte? Perdóname por no hacerte caso: ahora sí ando más asustado que pavo en Navidad… Que sí, que sí: lo que sentías de verdad era un mal presentimiento y no eran tus chifladuras de menopáusica a las ya estoy acostumbrado. Vamos, mi Ceci, repíteme eso… ¡No te oigo, mujer! Escúchame bien tú a mí: si esta es la boca de un bicho de esos, es

exactico a como lo describiste. ¿Me oyes? Te estoy diciendo lo que siempre has querido oír: tenías toditica la razón… Pero juemadre, ¡¿de dónde fue a salir uno tan grande como pa tragarnos de un bocado y hacer que todo se desplome en un dos por tres?! No sé si a eso te referías cuando dijiste que no paraba de estirar el pico… ¿Aún me escuchas, mi Ceci? ¿Sabes qué mierda está pasando? Es que aquí está todo oscuro y yo creo que este malparido se echó a Javi a la muela y yo ya no sé si estamos vivos… ¡Dime algo, mujer! Hace nada que estábamos recordando nuestras travesuras cuando chinches y ahora tu ausencia me pesa como si hubieran pasado años... ¿Acaso estás ahí, debajo de los pedazos de nuestro techo, luego de que medio edificio le cayera encima? Mira: aquí a mi lado tengo las piernas de alguna fufurufa, los brazos de un viejito y la oreja de nuestro vecino de enfrente; toco y toco este suelo que parece un montonón de plástico estirado, pero no encuentro nada tuyo, ni un pedacito, y además huele jediondo. ¿Será esto el purgatorio? ¿El infierno?, o como tú dirías, ¿el triunfo del comunismo?... Agh, mi Ceci, cómo echo de menos tu quejadera.

¿Cuánto tiempo ha pasado? Regresa y vuelve a reprocharme, mujer; así podría decir que eres tú lo que me aterra. ¿Será que estoy soñando? ¿Es mi imaginación? ¿O por qué entre tanto griterío no oigo los lamentos de Javi ni de los otros chiquitines que viven aquí al ladito? A ver, dime: ¿tú sí escuchas la algarabía de los niños, el llanto de un bebé, cualquier cosa que no te haga pensar que acabaron con nuestro futuro?

Cuando se calcula la razón entre cualquier valor de la secuencia de Fibonacci y su predecesor, se obtiene un resultado que se aproxima cada vez más a la proporción áurea:

una constante que antaño solía ser objeto de estudio en la arquitectura y el arte; un indicador de belleza relacionado con varios patrones de la naturaleza. La directora de EstudIA En Casa tenía esto en mente cuando entró en aquella habitación acompañada de la madre de Lucía; la pequeña estaba sentada en el suelo, con el rostro inclinado unos ochenta grados hacia arriba. Tenía los ojos cerrados y, a cada lado, estaba acompañada por una trabajadora de la empresa: la de la izquierda le hacía masajes en el hombro y la otra llevaba un registro en una de esas tabletas gráficas que se expandían en el aire, formando un holograma que alcanzaba el triple del tamaño de la pantalla original. Las demás ya se habían encargado de trasladar el equipo a la bodega, pues la madre podría llegar a escandalizarse de haber visto tantos objetos cortopunzantes. La paz de todas las presentes permaneció inmutable cual función constante. La líder se sentó al frente de la niña y, justo ahí, ella abrió los ojos. La miraba fijamente; no pestañeaba ni movía algún otro músculo. La mujer le hizo una pregunta, pero Lucía ya no comprendía otro lenguaje que no fuera el de los números. Las palabras, entonces, se deshicieron en un conjunto de símbolos, en la forma de una espiral que pronto asoció con un influyente matemático italiano; pero había algo más, una interpolación que le indicaba que esas mujeres no buscaban una explicación superficial de cómo se construía la sucesión, mucho menos análisis extenuantes desde lo numérico. Era otra cosa: un anhelo, una visión del mundo. Más, mucho más. Era una indagación por lo divino, la búsqueda de los secretos del número de Dios. Lucía debía dárselos y, para ello, debía abrirles los ojos al ideal que tanto perseguían.

Magdalena, por supuesto, no sabía nada de eso: su mente estaba ocupada por el horror que le causaba la imagen de su hija, quien se arrancó la única prenda de tajo. De repente, a Lucía se le empezó a estirar el cuello; después, los dedos de los pies se le empezaron a juntar y a fundir entre ellos; del tórax le salió un plumaje afilado y, por último, la piel de sus brazos se amplió para formar las alas. La líder intentó agarrar a la pequeña mientras se transformaba y, en el acto, una de las plumas gigantes se le clavó en el cuello: su cabeza salió disparada por la aceleración centrípeta. Las demás empleadas retrocedieron apuradas y trataron de iniciar un protocolo de contención para proyectos de ingeniería genética, pero antes de que alguien pudiera hacer algo, del interior de la pequeña emergió un pico gigantesco que derrumbó las oficinas y que siguió expandiéndose hasta acabar con todo Chapinero. Le siguieron Barrios Unidos y Teusaquillo, Usaquén y Engativá, Suba y Puente Aranda. Poco a poco, toda la ciudad fue engullida por esa boca de ganso descomunal. Quienes tenían más posibilidades de sobrevivir eran las infancias, pues la lengua del ave monstruosa reptaba por doquier para atraparlas y encerrarlas al interior de los dentículos tomiales, en la periferia del pico. Cada uno tenía el espacio para una persona, apenas de un metro cuadrado, y allí se cubrían las necesidades básicas de los pequeños —contaban con nutrientes e hidratación, calor y oxígeno; también podían excretar y dormir—. Y aún más importante, tenían acceso directo a un sinfín de información humana, animal y posthumana: podían aprender a profundidad lo que quisieran, al instante, con el mero contacto entre su cuerpo y las barreras de queratina. Se trataba de un nuevo inicio para la

capital de Colombia, que ahora sería pionera en la Industria Φ; un sueño hecho realidad.

Esto no debería estar pasando y, aun así, debo demostrar que todo sigue bajo nuestro control; *keep calm*, araña mía. Qué vaina, mi Ceci, ¡ya ni recuerdo esa vocecita con la que me dabas cantaleta! Cuando se habla de la magnitud empleada para contabilizar la duración de los eventos físicos, es importante considerar la teoría de la relatividad. Ahora mismo me sorprende que mis empleadas dejen ver el pánico en sus rostros: aunque lo normal es que la gente tema por los alcances de las nuevas tecnologías, nosotras no podemos darnos ese lujo. Que sí, que sí: el que calla otorga y tú nada que me dices en dónde putas te metiste, pero ¿acaso no ves que siento una vaina blandita y babosa refregándome la espalda y al menos a tu lado puedo decir pendejadas pa calmarme un poquitico? A partir de sus postulados, es posible explicar que al interior de esa boca en la que Lucía había culminado su metamorfosis el tiempo transcurría distinto y, para mantener la inmediatez en la transmisión del conocimiento, por cada diez segundos al interior de las tomias —que estaban sincronizados con el tiempo natural terrestre— debía pasar un año entero por fuera de ellas. En fin, tendré que acercarme a Lucía para tratar de controlarla, pues no puedo hacer a un lado mi responsabilidad (¡eso es cosa de hombres!). Es que mira: cuando me toco la mano, eso parece que ya tuviera menos piel que arrugas; juemadre, hace diez minutos ni siquiera el jopo mío estaba así de seco. Tales variaciones podrían explicar la confusión que sentía Heriberto, quien había sobrevivido de milagro al derrumbe de su conjunto y se había quedado atrapado en medio

de escombros y cuerpos mutilados, saboreando los aromas que surgían de la intersección entre sangre humana y saliva anserina. Ahora es cuando debo poner en práctica una convicción fundamental de EstudIA En Casa: «no hay nada más *cute* que demostrarles a todos qué tan lejos estás dispuesta a llegar». Sí, ya sé que todo esto no habría pasado de no ser porque nos alejamos de la Iglesia y nos entregamos de lleno a la ciencia y al acelere de nuestros tiempos: eso es lo que dirías, mi Ceci, si tan solo estuvieras aquí conmigo… Magdalena, por supuesto, no sabía nada de eso: su mente estaba ocupada por un kilo de concreto que le había caído encima; quizá era lo mejor para ella, pues tanta perfección en el ambiente la habría llevado al delirio, tal como solía ocurrir con aquellos que no podían aceptar que así era el mundo desde que la inteligencia artificial había circunscrito el día a día; que para trazarle un límite a la función creciente del progreso —y su razón dorada— ya cualquier esfuerzo pasaba a ser tan despreciable como un cero a la izquierda.

Daniel Orozco Roncancio

Petición a la real academia

Estimados señores:
Manden a morir los puentes;
que sean absueltos de la lengua
o mandados al exilio,

en su lugar limpie, brille y dé esplendor al abismo que debemos atravesar para llegarnos.

[dicen ustedes
los que tienen la última palabra
porque viajaron al futuro para conocer al español
en su lecho de muerte
que —palabra del señor—:

abismo

*Del fr. ant. abisme, este quizá del lat. vulg. *abyssĭmus, der. del lat. tardío abyssus, y este del gr. ἄβυσσος ábyssos; literalmente 'sin fondo'.*

y enton. pienso q. me da pena pens. en las penur. que tuv. q. pasar el abism. para lleg. desde el gr. hasta mi boc.]

a) Noticia sobre el asesinato de un puente

Mucha atención las autoridades acaban de realizar la captura de un viajero del tiempo sindicado de intentar alterar ilegalmente la etimología de una palabra Los hechos ocurrieron en la Grecia del siglo VII donde el sospechoso amenazó al reconocido fabulista Esopo con un cuchillo a fin de obligarlo a reescribir una de sus más clásicas obras El propio autor ha declarado que se encontraba en su domicilio componiendo una fábula sobre un perro que caminaba muy feliz por un puente con una carne en el hocico y tras mirar su reflejo en las aguas que corrían debajo de él sintió muchas ganas de lanzarse al vacío pero entonces un criminal irrumpió en su casa y lo forzó a eliminar de su historia cualquier mención al puente o a la palabra que lo significa Los vecinos atentos al alboroto contactaron a los agentes de la Real Academia quienes se presentaron para contener la situación pero el sujeto ya tenía al significante o al significado del puente como rehén Durante algunas horas los agentes negociaron una salida pacífica con el individuo que en su desesperación se iba tornando cada vez más agresivo hasta que en una maniobra los agentes lograron reducirlo y salvar la integridad del autor Sin embargo en el forcejeo el puente o su palabra resultó con heridas graves que lo condujeron a

la muerte Hasta el momento el presunto asesino no ha dado declaraciones públicas pero diferentes testigos aseguran haber visto una satisfacción extraña en su rostro mientras era conducido al calabozo Magistrados de la academia piden calma a la comunidad y dan su parte de tranquilidad asegurando que los últimos avances tecnológicos permitirán reconstruir la palabra completamente a partir del ADN de sus sílabas en un proceso que durará no más de cien años.

[1. *m. Profundidad grande, imponente y peligrosa.*

U. t. en sent. fig. El abismo del fracaso. Sin.: sima, fosa, precipicio, despeñadero, barranco, inmensidad, profundidad.

La sima del fracaso.
La fosa del fracaso.

El precipicio del fracaso.
El despeñadero del fracaso.
El barranco del fracaso.
La inmensidad del fracaso.
La profundidad del fracaso.]

II. Invectiva

Ando buscando al doble
triple
tetra
penta
(ahorremos tiempo) setentahijueputa
que hizo el puente de la Cali con 6D

Una vez atravesé el puente y no me robaron (hay un dios que nos mira y nos cuida) y pude llegar a la biblioteca:
en el Infierno de Dante cada criminal recibía un castigo
que correspondía con su pecado

Ando buscando al que hizo el puente de la Cali con 6D
para obligarlo a atravesar
el infierno
y que cuando llegue al otro lado
le digan
veo el bicho
socio.

[2. *m. Realidad inmaterial inmensa, insondable o incomprensible.*

3. *m. Diferencia inmensa entre cosas, personas o ideas. Los separa un abismo generacional. Entre el original y la copia hay un abismo.*

Entre abismo y puente, ¿hay un abismo o hay un puente?

4. *m. p. us. infierno (‖ lugar de castigo eterno). Sin.: infierno, averno, tártaro, orco, báratro, profundo, gehena, chimbolero.*]

3. El fin de pasar

El quiebre está puenteado
con cura lo queremos
cóncavas van de nuevo
[evidentemente, ahora lo sé, ¿cómo nadie se había dado cuenta?] los lentos burros no terminan de pasar al potrero

¿Vamos a dejar que pase el rey?
[nosotros no somos los mismos que ustedes
somos una generación deconstruida
anti-monarquía]

pero tú
seas quien seas
inevitablemente has de pasar
con tus galas reales y académicas y con todas tus hijitas
menos la de atrás
trás
tr
t.

[6.*m.Nic.*
*Maldad*comayespacio*perdición*espacio*ruina*
espacio*moral*espacio,conjunción"o"yespacio
económica]

ENREDO BUROCRÁTICO

DE: VIVIAN NIÑO





















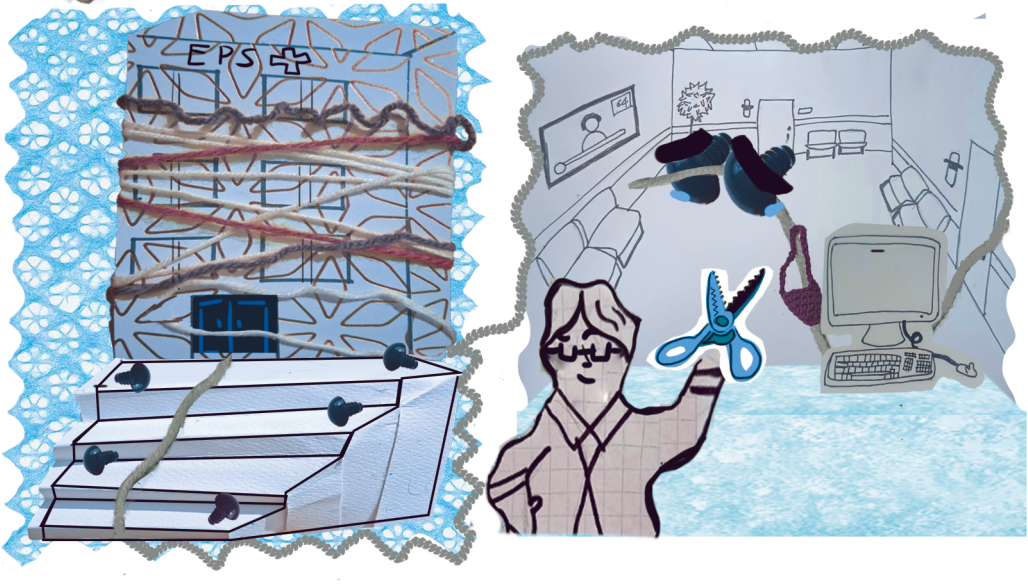











EPS

Toda
piel

es
una
fuerza
volátil



Laurandrea Torres Martínez

Ya no hay nada a qué aferrarse

—Páseme el azúcar, Gabrielita —me dijo mi abuela mientras señalaba algo detrás mío con lo que antes era el dedo de su mano. Pero no tenía sentido lo que me estaba pidiendo, no solo porque ya no tenía manos en forma de manos ni algo con qué señalar claramente y dar una instrucción, sino porque la azucarera hacía rato había dejado de serlo. Entonces yo la miré un buen rato, confundida, hasta que ella misma se dio cuenta de la ridiculez que acababa de decir.

—Ay, tan atembada yo —soltó una risa bajita y se puso su mano rara en la cabeza—. Quién sabe si a eso todavía se le dice azucarera, ¿no, mija? —me miró con sospecha—. Lo que hay ahí en ese vainolo ni debe saber a dulce.

Eso fue hace unos tres días, me imagino. La verdad es que no tengo ni idea. ¿Será que la noción del tiempo también está cambiando y no nos damos cuenta? Lo que sí sé con plena certeza es que justo después de reírse de su confusión, mi abuela se puso seria, se levantó de la silla todavía servible en la que estaba sentada y salió cojeando por el hueco que ahora es la puerta de la casa. Andaba con un pie que aún se veía como un pie y arrastraba el otro, que parecía un cubo estorboso y grande. Antes de irse se volteó, me miró y dijo que iba a averiguar cómo estaba la vecina.

No ha vuelto.

Esa mañana que ella se fue yo me quedé sola, esperándola sentada en lo que queda del piso de la sala. Pero no es cierto. Decir que me quedé sola es una mentira burda. Además de mi abuelo que en ese momento seguía rondando por ahí, me ha acompañado el puro desasosiego y el miedo que me ha causado la vida desde que soy consciente de ella; solo que ahora multiplicados al mil por cuenta de estas circunstancias raras en las que andamos. En la noche, como ya no tenía cama, armé un cambuche en este mismo lugar con las cosas que aún seguían intactas. Desde entonces me he quedado a dormir acá en la sala, confiando casi en vano en que pronto voy a ver cómo ella, mi abuela, va a atravesar ese hueco y regresará. No ha sido fácil. A la espera tan incierta se le ha sumado que cada día me toca ir a buscar una cobija nueva en algún rincón de esta casa, porque siempre está cambiando de forma. ¿Una cobija que en vez de poliéster y algodón está hecha de algo parecido a la arena? No lo recomiendo.

No he podido dormir bien, así que tengo un jurgo de tiempo para pensar cosas. Una que decidí anoche es que por ahora no quiero salir de la casa porque qué tal que cruce la calle, los andenes cambien y me resbale por un pozo de melaza. O que un árbol se transforme en poste y me caiga encima. O peor: que mi cuerpo se altere y ya no me pueda devolver. De pronto eso fue lo que le pasó a la abuela. Así que cuando amaneció me dije a mí misma que lo mejor era no ir a buscar lo que no se me ha perdido. Quieta, debajo de esta cobija de tigres que aún no me deja tirada, tal vez estoy a salvo. ¿Será?

Desde este rincón en el que me postré veo, ahora mismo, cómo las escaleras se están deshaciendo. Donde antes había

quince escalones ahora veo trece. ¿O son once? ¿Ocho? No importa ya. Están volando los baldosines cafés que mi abuela mandó a poner hace diez años. Es que iba a celebrar mis quince años y ella no quería pasar la vergüenza de mostrarles a los vecinos que todavía había partes en obra negra en esta casa tan pero tan vieja. Tal vez ahora estaría aterrada al ver cómo cambia la estructura de las escaleras y que sus baldosines queridos están dejando de existir. Con esto ya sé que no se puede subir al segundo piso porque no hay suelo en el que andar. Me parece que esta es una metáfora absurda y de un humor macabro sobre el futuro: no hay piso en el que confiar.

Mi abuelo tampoco ha vuelto. Al día siguiente de que mi abuela salió, agarró su sombrilla negra o roja o lavanda o como fuera que se estuviera viendo en ese momento, y se fue caminando por el mismo hueco por el que se fue ella.

—Figuró ir a buscarla, mija —empezó a decirme mientras buscaba la sombrilla—. No ve que Cleotilde no ha aparecido y a mí ya se me hizo raro. Y ni modo de llamar a la vecina a preguntar si sigue allá. De pronto ya ni tiene celular.

—¿Pero y si usted se va y tampoco vuelve?

—Pues le tocó arreglárselas sin nosotros.

Yo no tengo la menor idea de cómo hacer eso que Adolfo, mi abuelo, espera de mí. Es que todo se está desarreglando y no se me ocurre cómo voy a hacer para desarreglar la desarregladera, que viene siendo la misma vaina que arreglármelas. Arreglármelas sin ellos. Lo más fácil y lo más lógico, lo más coherente conmigo y con las circunstancias, lo más congruente con el miedo y la zozobra paralizante que siento, es sentarme a esperar a que pase lo que tenga que pasar. La conclusión es clara: no quiero arreglármelas.

Además, nadie me dijo que el fin del mundo se vería así, como si de repente la fuerza que mantiene la materia en su lugar se volviera loca y todo empezara a deshacerse, a cambiarse o a perderse. Estas noches de desvelo he pensado una cosa más: una invasión extraterrestre hubiera sido más interesante. O un apocalipsis zombi, aunque parezca cliché. De pronto, un virus sin explicación que hiciera que a la gente se le reventara el cerebro por dentro cuando repitiera mentalmente una palabra prohibida de forma arbitraria, como «gonorrea». En cualquiera de esos casos, pensé también, yo tengo claro que no hubiera luchado por mi vida. Si no hay ímpetu para arreglármelas sin mis abuelos, mucho menos para eso. A mí que me lleven los marcianos, que me muerda el brazo un muerto vivo o que mi cabeza repita «gonorreagonorreagonorrea» hasta que se me exploten los sesos.

Ya sé que es evidente lo que pienso: luchar por la propia vida, sea en circunstancias apocalípticas o mundanas, me parece un sinsentido. Mi abuelo siempre ha dicho que al que le gusta le sabe y a mí no me sabe nada. Será por eso que me tocó vivir un fin del mundo más bien raro, insípido, con un tinte de desasosiego, en el que nos paramos a observar cómo las dimensiones físicas del planeta se empiezan a enloquecer, y no hay mucho más que hacer o dónde esconderse que no sea este rincón en el que estoy desde hace ya no sé cuántos días.

Si intento hacer el cálculo de cuánto tiempo ha pasado, solo puedo sugerir que todo empezó hace unas semanas. No tiene mucho sentido explicar el cuándo, mucho menos el cómo o el porqué, pero muchos dicen que, por culpa de todos los misiles que unos países andaban tirando los unos en

contra de los otros, se desestabilizó el orden mundial, y no en sentido metafórico sino literal. Argumentaron que el uso excesivo de armas nucleares desestabilizó las partículas elementales de todo cuanto hay en el planeta. Entonces la materia ya no puede ser materia y todo cambia de forma, como cuando uno coge un pedazo de plastilina entre los dedos y hace lo que se le da la gana con eso. Los aleluyos creen, en cambio, que Dios se está vengando de la terquedad humana y que ha decidido deshacer su creación. Las últimas en desbaratarnos seríamos las mujeres, porque fue Eva la última en ser creada por Dios a partir de una costilla de Adán. Mi abuela diría que, como siempre, las mujeres pagamos por la estupidez masculina. Yo le respondería que no hay lógica en ninguna de estas versiones del fin del mundo.

Nada de eso importa ahora, porque mientras todo está cambiando de forma yo sigo tiesa en una esquina de esta sala a la espera de que me pase a mí. A veces, si le pongo cuidado a esa voz estorbosa de mi cabeza, me doy cuenta de que le da más miedo, mucho más miedo, sí, que al final no me pase nada. Que me quede así como soy. Que la consternación y el miedo, el desasosiego y la pesadumbre nunca se transformen y me toque resignarme a esta vida que me tocó.

Pero eso, creo, tampoco es cierto. Si hay algo que me parece aterrador en la existencia es el cambio y la certeza de que nada se mantiene intacto nunca. Estoy realmente a salvo siempre que tenga asegurado que eso que le está pasando al mundo no me va a suceder a mí. ¿Sí? ¿Cierto que sí? ¿Verdad que sí?

Por aquello de ser fiel a los hechos, valdría la pena contar que el primer caso conocido que se registró en todo el

planeta fue en Pokhara, en Nepal, cuando un turista estaba grabando un video en la Pagoda de la Paz y de repente la pieza que estaba en la cúspide cambió de forma y se volvió una esfera verde. El video tuvo unas cuantas vistas en TikTok y la gente pensó que era producto de la inteligencia artificial; no creían que lo que ese gringo insolado decía fuera verdad: que había cambiado de repente, delante de las narices de todos. Pero esa misma noche internet se inundó de videos de cosas alteradas sin ningún tipo de explicación.

El mal del desbaratamiento pasó por tantísimos países hasta que un día llegó a Colombia. Una familia de rolos que estaba pasando el puente del 13 de mayo en Anapoima, contó en sus redes sociales cómo las sillas que estaban al lado de los termales en los que se estaban bañando empezaron a cambiar de forma. Dijeron que pasaron de ser sillas playeras de tela a sillas de plástico, luego de madera y luego nada. Deshechas. Pero como subieron un video de ellos contando lo que habían visto y no probando el cambio, los medios serios no les dieron crédito. «De paseo de ensueño a paseo de horror: sillas embrujadas en Anapoima», fue el titular de un periódico sensacionalista que mi abuelo compró ese día y que parecía ser el único que cubrió la noticia de esa familia aterrada. Después se registraron más cambios raros en Salento, San Vicente del Caguán y Dibulla, hasta que todos tuvimos que admitir que no teníamos escapatoria.

—Ante esta situación especial que ahora vive el pueblo colombiano, tengamos calma, estemos tranquilos —dijo unos días después el presidente en una alocución que mis abuelos y yo vimos en el televisor pequeño que estaba en la cocina. ¿Acaso enloquecer ha sido una opción a contem-

plar? Y si sí, ¿por qué no nos enloquecimos antes de que todo esto pasara? ¿Por qué no perdí el juicio desde que tuve raciocinio?

—De la mano de expertos llenos de patriotismo, hemos analizado las tendencias que potencialmente enfrentará Colombia en los próximos días —continuó— y con eso presente, todos estos hombres y mujeres están trabajando arduamente para encontrar una solución.

Pero en ningún otro lado la habían hallado. No había caso. Cuando acabó, mi abuela apagó el televisor y suspiró. Se levantó de la mesa y puso a calentar un tinto. Parecía que se había tomado muy en serio eso de mantener la calma. Probablemente para ella enloquecer no era una opción. Y qué envidia.

Días después, los videos cambiantes de las redes sociales ya se habían vuelto comunes y corrientes, así que no me producían mucha más impresión. No era sino abrir TikTok en las mañanas para encontrarme con alguna transformación ilógica: lámparas de araña colgadas del techo a las que se les extendían los tentáculos en donde tenían los bombillos; canecas de la basura que se derretían y dejaban charcos de deshechos que no se podían limpiar; zapatos a los que se les salían las lenguas o cuyas suelas se convertían en gelatina y se volvían inutilizables.

Pero entonces todo cambió por acá y me sentí aterrada, incluso un poco intrigada, esta vez sí de verdad. Yo estaba volviendo de mi trabajo, al norte de la ciudad, y cuando abrí la puerta de la casa el sofá mostaza de mi abuela no estaba al lado de la ventana, en la sala; estaba pegado al techo. Las ventanas cambiaban de forma. A veces estaban anchas y

luego más angostas. A veces tenían marcos morados y otras veces amarillos. Suspiré. Nos había encontrado.

Subí las escaleras de baldosín café, sin anticiparme, claro, a que después se empezarían a deshacer, y entré a mi cuarto. Dejé el morral encima de la mesa blanca que tenía en la esquina, al lado de la puerta, pero cayó de un totazo al suelo y escuché cómo se quebraba la coca de vidrio del almuerzo. La mesa ya no estaba ahí sino en la otra esquina, solo que ahora era roja y no blanca. El golpe me disparó la ansiedad. Una sensación familiar me recorrió el cuerpo, como un parásito que conoce bien a su huésped: sentí el desespero primero en las tripas y al final en las puntas de los dedos. Se me paralizó todo.

Si el cambio es inevitable, y si ahora el cambio lo tenía acá mismo encima de la nuca, no había nada a que aferrarse ni lugar al que correr.

Respiré profundo en cinco segundos, como me había enseñado una terapeuta. La táctica de buscar cinco objetos presentes y contarlos no funcionaba, evidentemente, porque a donde fuera que pusiera los ojos nada tenía sentido. Como pude caminé hacia la ventana, que también cambiaba de forma como las de la sala, y vi a Cleotilde y Adolfo, los abuelos, sentados en el patio, en una banca todavía inalterada, tomándose otro tinto. Por esos días solo se tomaba tinto en esta casa. Ella estiró la mano y me saludó. Seguían haciéndole mucho caso a los sabelotodo que nos pedían calma, porque ahí estaban, como si nada se estuviera yendo a la mierda, mientras una voz que confundo con mi propia conciencia me gritaba por dentro.

—El cambio ya está acá —me repetí—. Vida hijueputa.

Nos terminamos de ir al carajo cuando ocurrió la que sería, aparentemente, la primera alteración de forma humana. A algunos todavía les funcionaban las redes sociales y sus celulares no se habían transformado, entonces un man subió una foto de su pie izquierdo convertido en un cilindro. La piel se había adaptado a la nueva forma, pero se veía casi a punto de reventarse, con estrías moradas en todo lado. Los médicos empezaron a publicar sus análisis en hilos de Twitter; con mensajes motivacionales y lecciones por aprender de esta situación en LinkedIn; y con detalles escabrosos y conspiranoicos en Reddit. Explicaban que si todo estaba cambiando de forma, tal vez la sangre también lo estaba haciendo y solo era cuestión de tiempo para que nos adaptáramos. Otras personas no tan optimistas estaban a la espera de que el tejido de ese hombre no estuviera diseñado para tal cambio y empezara a generar coágulos o edemas.

Casos peores se vieron al día siguiente, como el de una mujer en Ciudad de México que no pudo hacer chichí aunque lo intentó con todas sus fuerzas, según registraron los medios de comunicación. Cuando la consulta en una farmacia comercial no fue suficiente, salió corriendo a urgencias, en donde le dijeron que en vez de vejiga tenía una bola amarilla sin conducto. De eso nos enteramos porque era todo de lo que hablaban las emisoras y los canales de televisión que aún funcionaban. Incluso, contaron que el Ministerio de Salud había habilitado una línea de reportes en Colombia en caso de que eso también nos pasara acá. De esa pobre mujer no supimos mucho más; solo que se iba a intoxicar con sus propios desechos a menos de que su órgano volviera a mutar a algo que le permitiera filtrar la orina o que pronto

encontraran una manera de abrirle un orificio e insertarle una manguera.

Entonces ocurrió aquí, en esta misma casa. El cambio nos había encontrado y ni mi miedo o mi anticipación, que no es otra cosa sino una ansiedad inútil y estorbosa, pudieron hacer algo para detenerlo. Yo no volví a la oficina porque los dueños pusieron la regla de que si un hogar mostraba alteraciones, sus integrantes debíamos hacer cuarentena. No vaya a ser que el desbaratamiento fuera contagioso, nos explicaron, aunque no hubiera evidencia de eso. Así que yo pasaba el día entero con mis abuelos, tomando tinto y comiendo pan. Para entonces ya no teníamos televisor, porque se había convertido en una caja de yeso. Jugábamos parqués cada tarde y cuando las fichas dejaban de verse como siempre, buscábamos cualquier otra cosa para reemplazarlas: ramitas de arbustos, audífonos viejos, bombillos dañados de extensiones de Navidad y hasta aretes. Ya nos estábamos quedando sin opciones. Fue en uno de esos juegos que a mi abuela se le empezó a dormir el pie derecho, seguido de un cosquilleo en la punta de los dedos. Me agarró duro de la mano y se quedó mirándome.

—¿Calambre? —le pregunté. Los calambres eran normales en ella.

—Más o menos, mija, pero ya se me pasa. Más bien tire el dado, que le toca.

Sin más aviso que ese par de señales se le empezó a hinchar el pie, como cuando íbamos a Melgar a visitar a su hermana menor y empezaba a retener líquidos por el calor. Al principio parecía solo eso: un pie gordo apretado en una versión barata de los Crocs, de esas que se consi-

guen en los Agáchese, luchando contra el espacio en el que le tocaba existir. Pero la hinchazón no se detuvo y creció y creció y creció hasta que la chancla rosada que usaba mi abuela no aguantó más y se reventó. No tenía medias, y menos mal, porque si no tampoco hubieran soportado ese estiramiento violento. Cuando dejó de crecer y ya no se le podían ni distinguir los dedos, tomó forma de un cubo enorme del color de su piel. Los bordes eran tan rectos que daban terror.

—Nos llevó el que manda —dijo mi abuelo cuando el nuevo pie terminó de formarse. Se echó la bendición. Ella se quedó viendo su nueva pierna, sin soltar ni media palabra.

No pasó mucho tiempo después cuando le cambiaron los dedos de la mano, también derecha, por algo parecido a unos espárragos morados. El proceso fue el mismo: se le durmieron, sintió el cosquilleo, se hincharon uno a uno hasta que cambiaron de forma y color.

—Adolfo, hoy le tocó hacer el tinto a usted —fue lo único que soltó. Ahí supe que los aleluyos no tienen la razón, porque si esta es la expiación de los pecados, mi abuela es la mujer más santa que conozco.

Yo solté una risa, no de diversión sino de puro miedo. Una risa nerviosa, incómoda e impertinente. Esa noche me acosté con el dolor de tripas bien latente y con las puntas de los dedos agarrotadas. No dormí bien porque no hice sino preguntarme qué iba a pasar ahora que todo estaba cambiando delante nuestro, en nuestra cara, y no allá lejos en una pantalla o en un titular sensacionalista de un periódico barato. El camino más fácil siempre es la resignación. Lo fácil es lo que mejor se me da.

Al día siguiente, cuando fui a buscar a mi abuela en la cama y le revisé el cubo que tenía por pie, vi que no había ningún coágulo; la vena várice de la pierna sí seguía ahí mismito donde siempre la había tenido. Le pregunté si algo le dolía y me dijo que no. Dijo que sí tenía una sensación extraña en ambos lados, en el pie y en la mano, pero indolora. No quiso que reportáramos el caso ante el Ministerio, porque no quería que le hicieran preguntas.

Luego de eso pasó lo que ya sabemos. Ella se fue y mi abuelo salió después. Este mal extraño ante el cual nos piden calma se los llevó a ellos y no a mí, que me quedé sola en lo que queda de esta casa que tal vez vuelva a estar en obra negra, mientras el fin del mundo me encuentra. No dejo de mirarme las uñas de las manos.

Ya sé que es raro: la evidente extrañeza que implica habitar un mundo que no deja de alterarse, claro, y el estado en el que creo que ya no me importa. A lo mejor eso es lo que hay que hacer ante los sucesos inevitables: sentarse a esperar. Tampoco sé qué es peor, si quedarme en este letargo hasta que esta casa se deshaga por completo y me lleve con ella, o vivir en la contradicción de sentirme aterrada frente al cambio y al mismo tiempo anhelarlo. Si nada es inalterable, ni las cosas ni la gente, seguro mi cabeza tampoco.

Las escaleras ya se deshicieron completamente y no queda rastro de la materia que las compuso en algún momento. Yo sigo acá plantada, en el rincón de lo que queda de la sala preguntándome por el futuro que se avecina. Eso no ha cambiado: antes de que este mal del desbaratamiento llegara al planeta, yo no veía nada hacia adelante. Era como entrar a un cuarto sin luz. Sin expectativas. Ahora todo si-

gue igual: no hay nada. Que el futuro no exista no es una buena noticia; es una condena.

Esta noche cuando no pueda dormir, la pregunta que me voy a responder es si vale la pena buscar un esmalte para pintarme las uñas de las manos y los pies y arreglármelas en caso de que la alteración me encuentre por ahí. Uno siempre dice que no va a hacer una cosa hasta que le toca hacerla. Y de pronto, al acicalarme, el cambio no será horrible. Tal vez, en vez de espárragos, me toquen dedos de anturios.

No hay nada ni nadie que cambie lo que tiene que pasar, aunque eso no tenga sentido, como las azucareras que ya no existen, los pies de cubos, los abuelos perdidos o la resignación proactiva. O como que ahora la nevera no está en el suelo sino colgada de una pared y los huevos de la alacena empiezan a darse vuelta, de adentro hacia afuera, sin romperse. Los veo y me doy cuenta de que lo terrible no es el desbaratamiento, lo terrible sería seguir igual.

El fin del mundo está acá y yo ya no pienso negarlo más, aun si no quiero hacer algo al respecto ni moverme de este rincón: solo espero que algo pase y me lleve.

Lo que sea.

El colisionador poético *fue un libro creado en el taller distrital de exploración en creación de objetos editoriales que explora el caos y la condición humana anclada a los misterios del universo. El pretexto: una colección de imágenes y grafías que se traducen con la incertidumbre de la realidad cuántica y la mirada íntima de quien dispone los sentidos a la contemplación. La poética se expande en el collage y crea otros imaginarios, realidades que matizan la lectura, el estado de consciencia discreta, alterna y paradójica de quien hace la inmersión.*

A continuación se muestran algunas de las imágenes y los textos que componen la pieza.



6


El sol derrite camas
tejidas con los gritos de la luna
en agujeros de fuego.

Un movimiento del ocio y del sabotaje,
un movimiento de la substracción y de la lentitud,
multiplicado por la infinita velocidad de la red.
Franco Bifo Berardi

De regreso al origen otra caverna nos espera
y en la espiral el algoritmo nos programa para optar por caminos bifurcados
aceptamos que el caos es un jardín en plena florescencia, que el rumbo no se tuerce
con el tiempo, tan solo se corrige y se dilata, a veces se pierde entre las grietas
[naufraga…

II
Las semillas también germinan en las grietas y mientras otros universos se expanden
ellas gestan, crecen, fructifican, se dispersan para atender al orden cósmico,
no siguen rituales de textos falaces n veces esgrimidos. El territorio reverdece
[se restaura.

III
Otro orden orbita el inframundo, nos libera del dominio capital para cuidarnos,
el retorno crea la danza, induce al movimiento de consciencia, la bailarina
acepta el beneficio en la incertidumbre de las oquedades. Cambia el vestido
[se libera…

IV
En la oscuridad destella el beneficio para cuidar la vida,
acuna la memoria entre rituales de siembra, fatiga y soledad,
como una colección de dilemas entre los escombros
[balsea.

V
Nos despierta el optimismo entre las deformidades del regreso, anhelamos otro habitar en espacios enraizados al origen. Nos aferramos a culturas ancestrales, al territorio actualizado, al que recombina tecnologías y fragmentos, al que en el devenir
[fluye.

VI
Otra vez los caminos se bifurcan, emergen partituras singulares, libres, en la espiral del universo que se expande. Los espacios se contraen, el algoritmo templa, otros fractales desdibujan lo hegemónico. Lo artificial se desgasta y la involución perturba
[renueva…

VII
Se avanza con lentitud hacia el retorno bajo el artificio del tiempo que confunde
mientras el vórtice mutante bosqueja otras formas, crea el movimiento para salir de los
naufragios y emerger como el fénix hacia donde reposa la luz
[al origen.

VIII
La selva nos llama, es la matriz que nos arrulla con sus cantos
un todo que se escucha renovado, que nos anida en sus párpados húmedos
y la habitamos con el afán de todas las criaturas que la pueblan
[en libertad.

IX
La autonomía es la caverna, el nuevo micelio tejedor de maraña
para emerger del agujero negro y buscar en las tinieblas
el goce, la galaxia imprescindible en el jardín caótico, un destello, lo habitable
[la iluminación.

Violeta Gómez, María Rojas Calderón,
Johana Pérez y Carolina García y Laura Abrahem

Sinfonía de un Zamuro (I)

«Digno es el simbionte que será sacrificado».

Llevo días esperando. Sus huesos marcados y músculos flácidos, casi líquidos, han optado por arrastrarse en los últimos metros. Le he seguido a una distancia segura, lo suficientemente cerca para que perciba mis ojos en su nuca, pero lo bastante lejos como para evitar que pueda tocarme.

Soy consciente, también, de que me escucha. A pesar de la quietud grisácea que nos rodea, el movimiento calculado de mis piernas acabadas en garras sacude la capa que me abriga y genera crujidos rítmicos que se hacen más ansiosos conforme su cuerpo pequeño se va doblando, reduciendo y recogiendo mientras trata de avanzar.

Tengo la seguridad de que no se moverá mucho más. Sus intentos son cada vez más espasmódicos y el olor de su sangre parece perder frescor, como si se estancara dentro de las venas. Distingo con claridad que su gateo levanta menos cenizas y parece que el detritus apilado a nuestro alrededor comienza a engullirle, a arrastrarle dentro de la boca invisible de un volcán.

Aunque al fin se ha detenido, no cambio el ritmo de mis pasos, no tengo motivos para hacerlo. Una vida como la mía (una vida de paciencia, de espera, de una cría a la vez),

enseña a no apresurarse en los momentos cruciales. Estiro las alas, tal como lo hice cuando las plumas me crecieron en los brazos al momento de la fusión, y su sedosidad me cosquillea en los dedos. Son tan delicadas y finas como las de aquellas criaturas imponentes que se hicieron parte de mí y de las que me hice parte.

Ahora que mi sombra se proyecta sobre su cuerpo de costado, puedo permitirme detallarle mucho mejor. Le quedan pocos mechones de pelo delgado fijos al cráneo. Tiene las cuencas de los ojos hundidas, las uñas rotas y sucias, los dientes amarillos.

Cuando llego a su lado, después de una marcha parsimoniosa, levanta la vista hacia mí y por primera vez en todo este tiempo, me mira a los ojos. Conservamos el mismo silencio que nos ha vinculado, pero en esta ocasión, con mi visión diseñada para las alturas, soy capaz de ver a través de su cuerpo. De mi cuello corrugado sale un gañido débil, como el que me imagino que emiten sus tripas, su cerebro y su corazón. Me lanzo en un ángulo preciso, con la seguridad de que, a sus ojos casi incoloros, cumplir mi tarea es un acto de piedad.

Mi pico ingresa en su vientre casi sin esfuerzo. La piel traslúcida y seca como la de un lagarto se transforma en una segunda boca por la que una sangre tibia y espesa se desborda. Me voy abriendo paso con la lengua, con los dientes. Desgarro, saboreo. Mi paladar se llena con el sabor de la vida ausente. La herida se amplía, la piel se desgarra, la carne cruje y ese cuerpo que ya no es nada, pero que en este momento para mí lo es todo, me ofrece sus vísceras. Me zambullo en sus intestinos vacíos. Me deslumbra la visión de un hígado fresco y satinado.

Un ruido, el *crac crac crac* de sus huesos astillándose mientras mi hambre se abre paso, ¿será el último sonido de un humano en el mundo? El pensamiento me detiene. Doy un paso atrás y me poso junto a lo último que queda del cuerpo: su cabeza. Vislumbro mi reflejo en las pupilas sin dilatar y contemplo el rostro manchado de rojo muerte. Me reconozco: mitad humano, mitad ave, pero del todo carroñero. La cabeza lisa, la espalda encorvada por el peso de las plumas, la capa y la piel, la boca llena, el cuello, antes impoluto, manchado de restos.

Suelto un suspiro por la nariz y el aire, caliente, parece arremolinarse. Antes de la fase final, el mantra de mi crianza rebota en las paredes de mi mente:

«Digno es el simbionte que será sacrificado.
Ofrecerá toda su grosura, la cola, y la grosura que cubre los intestinos,
los dos riñones, la grosura que está sobre ellos, y la que está sobre los ijares».

Con un picotazo atravieso el ojo izquierdo abierto y, de repente, puedo sentirla. Alojada allí en el fondo de su hipocampo, detrás del sabor ácido de sus sesos que me cosquillea en las papilas, está su memoria. Logro experimentar una selección pequeña: una voz aguda que grita «*vuelve*» entre carcajadas, el olor de un mendrugo de pan, el golpeteo irregular de la lluvia, la sensación grumosa de las cenizas entre los dedos, y, por último, una visión borrosa de una figura oscura que se acerca lentamente.

Recojo la cabeza y termino de tragar, limpiando la mandíbula de los restos de carne y piel que le quedan colgando. Cuando acabo con ella, la guardo dentro de la capa y echo

un vistazo alrededor: al cielo cerrado y a la tierra calcinada. Una sensación de ligereza se instala en mi pecho y, mientras alzo el vuelo de vuelta a casa, en mi cabeza se alterna el sonido del mantra con el de la risa ahogada de mi última cena.

Es un don, en realidad. Poder oírla. Ver lo que vio. Saber quién era. Es una capacidad insólita que se me ha heredado en la evolución de mi especie: cada fibra que devoro me transmite fragmentos de vida, como si los nervios aún ardieran con recuerdos. El dolor de su agonía se filtró en mi garganta; sentí el estallido de sus huesos como si fueran míos, y la quemazón de sus pulmones exhaustos me hizo jadear. Dentro de mí también quedó la huella de su último alimento: un pedazo rancio de pan endurecido, tragado con prisa y desesperación.

A pesar de que he surtido mi ritual un sinfín de veces, ninguna cena es igual a la anterior. Cada comida, con su sabor y su memoria particular, tiene una vida distinta, me llena de una voz diferente y la sensación del estómago lleno en el aire nunca es la misma. Hoy, quizá, como entendiendo que es el fin, la atmósfera cargada y sofocante abraza mi cuerpo emplumado mientras surco el aire pesado, planeando entre corrientes. La brisa me recorre desde la cabeza pelada hasta las nalgas firmes y pierde fuerza mientras llega a los muslos y las garras. Las piernas, que mantienen sus prominentes curvas humanas, se sacuden con delicadeza cuando las poso en mi destino: un risco desolado que sirve de refugio y tumba, un lugar donde todas las memorias humanas terminan almacenadas.

•••

«Digno es el simbionte que será sacrificado.
La memoria del justo es bendecida,
mas el nombre de los impíos se pudrirá».

El estilo ceremonioso de mi andar es aún más grandilocuente cuando estoy en casa. A primera vista, las galerías rocosas en las paredes son huecos vacíos y silenciosos. Me acerco con veneración a la última cavidad que queda vacía en la pared opuesta a la entrada, a la vez que saco despacio la mandíbula y la dispongo en su lugar reservado. Al hacerlo, el espacio parece llenarse, iluminarse, llegar a la plenitud.

Doy un paso atrás, miro cada uno de los pedazos de la colección, empotrados con delicadeza en los muros y regresan a mi lengua las últimas visiones, sabores y sonidos de cada una de sus memorias. Recojo los recuerdos y compongo un códice visceral, un archivo tejido en sangre, que deja grabado en mi lengua y mente lo que fue su humanidad: su culpa, sus fracasos, las ruinas que dejaron los suyos.

Ahora mismo pienso en esa colección de botellas en la alacena.

Viendo los osarios, las catacumbas, todos los agujeros llenos de partes y recuerdos, comprendo que mi trabajo está terminado, no hay más cuerpos que profanar, no más agonías por acabar. Este mausoleo da fe de una vida completa. Voy a una pequeña pileta en el fondo de la estancia y me lavo de pies a cabeza, necesito pulcritud para lo que viene. Caen pedazos de carne podrida al suelo junto con la sangre encostrada en mi pico y mi cabeza. Salgo de la pileta y me sacudo vigorosamente.

Me preparo un té de hierbas y raíces antiguas y sagradas, la hora se acerca. Paso una última vez por el osario, por mi colección, el té ha hecho efecto y la homeostasis en mi interior llega a su punto álgido. Los próximos pasos son cruciales.

Me quito mi capa, no la necesitaré. La doblo y la dejo en mi nido. Tomo mi lugar con parsimonia en el centro de la galería y suelto los contenidos de mi cloaca en el suelo, lugar ahora fértil para otra vida. Me paro sobre mi inmundicia y, luego de una última respiración profunda, dispongo mi garra derecha y, de un solo movimiento, me abro un tajo de la ingle al esternón.

«Digno es el simbionte que será sacrificado.
Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí».

Me siento y contemplo la galería que me rodea. Escucho su sinfín de voces, solapadas una con otra en perfecta armonía y doy el primer bocado. Una lluvia de plumas cae a mis pies mientras recorro entre picotazos y mordiscos mi propia anatomía: los brazos, el abdomen.

La sangre se aglutina a mi alrededor, y los charcos parecen formar pequeños remolinos que se elevan en el aire. Se me advirtió en un principio, que el último sacrificio es el más solitario, no queda nadie ya que consuma mis recuerdos, que sienta mi dolor, que entienda mi oficio. Hace tiempo hubo otros como yo, que surcaron los cielos buscando presas, alabando al sol, a la lluvia y a la sangre. Cuando completé mi iniciación me dijeron: «Digno es el simbionte

que será sacrificado». También me dijeron que éramos una especie antigua, atada al destino de la tierra misma y que así como la tierra se agotaría y las almas se agotarían, nosotros cesaríamos, porque no habría más memorias que consumir, más osarios que cuidar.

Desde ese momento, supe que llegará el día en que yo también cese. No con un enemigo, no con un golpe, sino con el peso de todas las memorias tragadas. Mi cuerpo caerá sobre la roca, mis alas se abrirán como flores marchitas y mi sangre se filtrará lenta entre las grietas de la tierra seca de mi cueva.

De mi cadáver no nacerán carroñeros como yo, sino algo distinto. Hongos. Brotarán desde mis entrañas. Setas oscuras y luminosas extenderán su red por la tierra agotada. Serán mi herencia.

Los hongos repoblarán la tierra muerta, germinarán sobre las cenizas, multiplicando lo que los humanos nunca lograron conservar. Allí donde hubo ruina, habrá brotes. Allí donde hubo cadáver, habrá semilla. Mi muerte no será final, sino un repoblamiento secreto: un banquete de esporas que alimentará de nuevo a la tierra cansada.

«Digno es el Zamuro que fue sacrificado».

Sinfonía del Zamuro (II)

Llegar aquí siempre me cuesta; cada vez me desgasta más. Las patas se me han ido hinchando con el tiempo y las alas ya no pueden cargar mi peso, sumado al de las memorias, con tanta agilidad como antes. El caos y el orden del sistema complejo tienen un precio.

Mi casa es un risco, mi casa es silencio, mi casa es la parte más honda de todo mi pecho. Con mi presencia se calienta, se encoge y las paredes se acomodan a mi paso porque el mundo ha decidido que esta es la cima del carbono concentrado. Así que la materia ya no es materia en un espacio que se consideraría normal, sino que esta materia que ahora me rodea es la acumulación de todo lo que fue el afuera un día y ya no es, y ya no será.

La luz entra como una onda por las rendijas de la ventana y unas partículas de polvo pueden verse gracias a la iluminación que ahora me llega hasta los ojos. De repente, algo pesado, como una intuición poderosa pero violenta, me atraviesa el pecho al saberme acompañado. Puedo escuchar mi corazón tan encabritado que pienso que va a caerse al piso. Llegar a casa es eso: pensar en el sonido que generan los cuerpos al caer. Pensar en millones de recuerdos depositados en botellas olvidadas en la alacena. Paquetes cuánticos de energía emocional.

Todos estos vestigios de imagen se parecen profundamente a mis recuerdos, pero, a la vez, por alguna extraña razón, quiero eliminarlos. Hacer un barrido. Dejarme caer,

con deseo, con naturalidad, como una piedra lanzada al mar que no se cuestiona absolutamente nada; se deja fluir con el sonido de las olas, con su propio estruendo, ese que la va a lijar hasta hacerla canto rodado. La transformación de la materia.

•••

Tengo quince años, veo sangre saliendo del cuerpo de mi madre abierto de par en par y un impulso primitivo me dice que devolver con las manos la sangre al cuerpo hará que inmediatamente despierte. La sangre trae consigo pedazos de carne blancuzca y su piel está totalmente fría. Me pregunto si logró morir al primer picotazo o si el dolor permaneció con ella hasta el último momento de su vida. La abrazo y puedo sentir lo que queda de sus órganos apretándose contra mi estómago. Al fondo, nos mira el cazador; no se mueve. Debe estar lleno.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Al principio sentía miedo y frío constantemente. El miedo era el motor que me mantenía alerta, que me dejaba en evidencia. Él se acercaba y me miraba como me miraba mi madre antes de ser devorada. Una especie de resignación impregnaba el ambiente. El bache de sus ojos me entregaba a la fatalidad y algo dentro de mi propio vacío se moría poco a poco.

Luego empezaron a llegar los momentos cumbre. La memoria de mi memoria, mi memoria amorosa, mi memoria de amaral empezó a salir a flote atravesándolo todo, al igual que los fotones atravesando las rendijas. Todo venía junto a cierta hora del día —cuando él llegaba a casa—. Era

como si su corporalidad lo ordenara. Como si todas las cosas del mundo estuvieran hechas para él y su voluntad. La luz, las paredes, el suelo. Incluso mis pensamientos se dirigían como un misil hacia su presencia porque todo estaba antes, durante y después de él.

Lo imaginaba creándolo todo de este universo chiquito que es una casa. Su casa. Mi casa.

«Que sea la luz»...
Y la luz fue hecha.

•••

Llegar aquí siempre me cuesta, cada vez me desgasta más. Imagino el mundo antes de ser quien soy.

Este ser que se arrastra por un pedazo de carne que me atraviesa con la mirada y me mete la culpa en las tripas con un solo gesto. Aun así, eso no me impide volcarme sobre su cuerpo, abrirlo, despellejarlo a picotazos. ¿Quién era yo antes de esto? La línea de pensamiento es difícil de mantener. La luz también. Cada vez cuesta más acoplar la materia a mi necesidad.

El primer archivo que devoré era de una mujer que tenía los ojos hundidos por el hambre y las manos mugrientas. Forcejeó hasta el final. Me clavó un objeto de metal en un ojo y usé el mismo objeto para abrirle el intestino después de haberla asfixiado. Su hígado tenía un sabor particular. O tal vez era yo, tratando de cobrarme el hambre de las semanas sin comida. Me sentía más pesado que de costumbre. Tuve arcadas por cuatro días; el asco era más fuerte que

cualquier otra cosa. Una cena no podía ser tan dañina para la barriga de un chulo. Intenté vomitar hasta desfondarme, hasta que algo pequeño, como una bola de aceite negro, salió expulsado y pude descansar.

Ahora es fácil, dentro de lo que cabe. Mis víctimas siempre están suficientemente cansadas como para no hacerme esforzar. Corren al verme. Parecen ratas. Me avergüenzan. Lo único rescatable son sus memorias: moléculas enlazadas, cadenas carbonadas, fragmentos de una reacción química que nunca encuentra equilibrio. Cada destello, cada historia, cada momento expulsado me descuaja un poquito el pecho, lo deja más ligero, pero más vacío.

•••

Tengo siete años, voy en el bus para el colegio, la ruta hace una parada, se sube una señora con un bebé recién nacido. Se sienta a mi lado y me da tanta curiosidad ver al bebé que mis ojos se encallan en su cuerpecito. Tiene unas manos diminutas y siento que es tan frágil que si lo tocara con la yema de mis dedos podría quemarle la piel completa. La mamá lo mira, le da un besito esquimal y yo siento que me quedo sin respiración. Me pregunto si ese bebé algún día sabrá de la maldad, si sabrá del cansancio o del color de la sangre. Si sus huesos sentirán dolor de quebradura, dolor de pecho. Cuando llego a casa se lo pregunto a mi mamá y ella se queda mirándome como si no me conociera.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Cuando llegaron los recuerdos, lo incendiaban todo por un momento. La llamarada de mi memoria me dejaba anonadada. El tiempo se

condensaba junto con las imágenes que me vieron crecer. Luego me perdía. Pensaba que estaba en el paraíso, pero era difícil mantener la creencia cuando lo veía a él mirándome fijamente a través del vidrio.

Sus ojos, de nuevo. Sus ojos me decían todas las cosas que yo no alcanzaba a entender.

•••

Cada vez es más difícil llegar hasta aquí. Ella no sabe, pero hay cientos como ella. Quisiera decir que es diferente, pero no creo que sea apropiado. Simplemente, con ella descubrí que podía llevarme a la boca la experiencia humana en primera persona.

Ya llevaba mucho tiempo comiendo humanos. Había perdido el gusto y no encontraba ninguna diferencia entre comer un perro en proceso de descomposición y comer humanos. De hecho, el perro me parecía hasta mejor. Sazonado por el sol. Con una autólisis más avanzada. Los humanos luchaban, se unían para chuzarme con palos a la altura del tórax. El proceso era engorroso. Preferí a los perros porque solo chillaban y corrían en sentido contrario cuando me veían devorar cualquier cosa. Y el sabor: lo mismo.

Por eso, con ella fue diferente. Fue ver la memoria humana desde un risco. Volcarse y embarrarse de todo eso que me parecía tan diferente. Ser el canto rodado.

Luego de ella vinieron cientos. Cada vez que devoraba un humano, me tardaba un rato hasta que mi propio cuerpo expulsara esa bola negruzca color petróleo. Y apenas salía, la miraba con detenimiento y me invadía una especie de

ternura. No quería perderme de nada. Así que arrastraba conmigo esa bola maciza, pegajosa y algunas veces con pelo hasta mi casa y, al llegar, la guardaba en recipientes de vidrio que ponía en un estante.

Mi pared se llenó de memorias consumidas por mi estómago. Pero yo la observaba específicamente a ella cada vez que podía. Me preguntaba si ella sabía. Si podía verme. Si podía entender algo, lo más mínimo, de mi lenguaje.

Hoy no será así. Hoy no. Pronto todo acabará.

•••

Tengo tres años, me como un helado con mi madre y pasan en las noticias otro reportaje sobre la extinción de la raza. Mi madre me mira fijamente y me dice que eso nunca nos tocará a nosotras, que no me asuste. Salimos de casa y vemos una cabalgata pasando. Hay niños bailando y una chica se acerca y me pone un sombrero. Mi madre saluda a las señoras con sus faldas largas y los caballos llevan silleteros que sostienen la bandera de Colombia. Hacia el fondo de mi cuadra queda un cerro y, a lo lejos, veo un perro esquelético hurgando en la basura y unos tres chulos le echan el ojo a la misma bolsa. Mi madre me ve y me pregunta si quiero adoptarlo. Le digo que sí.

Desde esta mañana lo estoy escuchando. Suenan las cosas de vidrio cayendo al suelo y luego, de un solo golpe, me vuelca al suelo para devolverme la claridad. Mi conciencia profunda se había mantenido escondida hasta este momento. Siento que el mundo entero se detiene, suspendido en un instante entre el ruido y el silencio. En el choque, en el

quiebre de las formas, abro los ojos con la extraña sensación de haber despertado no solo de un sueño, sino de un olvido larvado en el tiempo. Algo pesado sale de mi cuerpo. Es áspero y me raspa por dentro. Una mezcla negruzca que en un principio se resiste, pero luego cede, y mi nuevo cuerpo se levanta lentamente. El aire se colma de fragmentos de memorias liberadas. Otras como yo, estructuras neurales conectadas por la imagen, cientos de voces, acumuladas durante años, se elevan como un vapor saliendo de la que ha sido mi casa todo este tiempo.

Este cuerpo transmuta la materia. La luz me atraviesa pero no me quema. No sé de qué estoy hecha esta vez, pero quisiera estar hecha por el mismo compuesto de mi memoria. El compuesto de la luz.

«Sea la luz» y la luz fue hecha.

John Melo

Menos por menos más

———
a veces
hay sustancias que suprimen la materia
se cancelan (Unas a otras)
como leyes de signos matemáticos
designados designios
diseños
inesperados
de entretejido-baba cósmica

Un día me vi
acariciando el cabello
de un «yo»
millones de años más joven
sostenido por notaciones musicales desconocidas, designadas
El diseño de la vida es un fuego calmo

El próximo giro la vuelta
será
una flameante llama turquesa
fluyendo como aceites y aguas esenciales en los dedos
intentando encontrar una cuenca
para ser

el tiempo hacia atrás
s á r t a a i c a h o p m e i t l e

---

hacia vos

que miras esta letra a punto
de desaparecer

hoy en cambio
amanecí siendo óxido

a Mary Oliver le diría:

parce, no me mire los alveolos
que me arremolino para adentro
y me vuelvo otro aleph de dos centímetros

le daría un beso tan largo
como plutón circundando el sol
por preguntarme con ojos chiquitos
¿Qué planeas hacer…
pero se nos pegarían los dientes
con tu única y preciosa...
y no sé besar
vida?

Carlos Serrano

Mercurio retrógrado

Las oportunidades eran escasas, muy escasas. Solo una confluencia fortuita de eventos, una alineación particular de los astros, o una planeación meticulosa y de largo aliento le concedería el privilegio de abrir el segundo cajón a la izquierda de la cómoda de papá, donde permanecía oculta (o al menos eso creía ingenuamente el padre) la extraña botellita de vidrio grisáceo cuyo contenido obsesionaba, ya hace bastante tiempo, la mente puberta de quien todavía llamaban «Manuelito», con ese diminutivo afectivo que cada vez le quedaba más obsoleto.

—Mijo, vamos a salir un ratico con la mamá a hacer unas vueltas. Se queda juicioso viendo televisión, ¿bueno?

Pum Pum Pum

Manuelito no podía esperar a que se fueran.

Pum Pum Pum Pum

Mientras llegaba el momento, Manuelito repasaba en su mente el bien practicado modus operandi.

Pum Pum Pum Pum Tas

—¿A dónde se van? —sondeó a sus papás. Mejor le habría gustado preguntar: «¿Cuánto exactamente se van a demorar?», aunque la pregunta lo pusiera en evidencia.

Pum Pum Tas Pum Pum Bam

—Papi, tenemos que ir a hacer unas consignaciones y comprar unas cosas. Es un ratico nada más.

Siempre que lo dejaban solo, Manuelito intentaba calcular la distancia aproximada que separaba su casa del banco, el consultorio médico, el local del cliente preferido de papá, la peluquería de la comadre de mamá, la cantina de la amiga especial de papá de la que no se podía hablar, la casa de la tía de Venecia a la que tocaba ir en Navidad y así una lista extensa de lugares comunes que tenía cuidadosamente anotados en su cuaderno de biología con carátula de Star Wars.

—Sí, señor.

Pum Pum Tin Pum Pum Tas Pum

El tintico con cigarrillo de los papás antes de salir. *Hecho.*

El bolso que combina con los zapatos en el hombro de mamá. *Hecho.*

El sonido apagado del llavero al caer al fondo del bolso sin fondo de mamá. *Hecho.*

El sonido del inodoro que se lleva la orina de papá que casi siempre huele a rancio. *Hecho*. El zapateo de mamá mientras busca no sé qué cosa por toda la casa como una loca. *Hecho*.

El llamado irritado de papá desde la puerta que le dice a mamá que cuál es la puta demora. *Hecho*.

—Chao, papito. Juicioso, ¿oyó? Si pasa algo, ahí está la vecina abajo.

Pum Pum Ziz Pum Pan Pum Pum Fiun

Manuelito se asomó por la ventana y esperó a que Pepe, el Renault 4 anaranjado, desapareciera entre el caos de la Carrera 30. Sobre el cristal que lo separaba de la realidad,

se quedaron marcadas sus manos empapadas de sudor, y su acelerada respiración dejó empañado el vidrio por un largo rato luego de que Manuelito saliera corriendo a la habitación de sus papás.

Pum Zas Pum Pum Pum Run Pum Pum Tong

Tembloroso, abrió el segundo cajón a la izquierda de la cómoda de papá. Metió su mano hasta la conocida esquina del fondo a la derecha y, a tientas, comenzó a palpar en medio de esa colección de objetos extraños. Ninguno de ellos tan intrigante como lo que encontró, para su alivio, envuelto en un pañuelo que llevaba bordadas las iniciales de su papá *J.E.G.S.* Procedió.

1. Poner la botellita sobre la cama de los papás.
2. Correr a la cocina para buscar el plato pequeño, la cuchara y el pitillo desechable robado la semana pasada de Surtiaves.
3. Cerrar la puerta de la habitación.
4. Arrodillarse junto a la cama con todos los instrumentos preparados.
5. Levantar la tapa plástica que sella la botellita.
6. Vertir el líquido metálico sobre el plato.

Agarró la cuchara. Intentó recoger con ella la totalidad del líquido metálico. Lo logró. Alucinó, como de costumbre, viendo al fluido mimetizarse con la cuchara y, por momentos, creyó que tanto la cuchara como su contenido desaparecían frente a sus ojos.

Intentó separar en cuatro partes iguales el metal derretido sobre el plato pequeño ayudándose de la cuchara. El líquido, rebelde, se resistía, pues no toleraba la separación. Dedicado con mayor vehemencia a la tarea, alcanzó a ver sobre la superficie convexa de las gotas plateadas el reflejo de su rostro que se dividía, se expandía, se deformaba, y se reintegraba en miles de caras de Manuelitos de otras épocas, dimensiones superpuestas y planos astrales.

Tomó el pitillo. Con mucho cuidado, comenzó a aspirar la sangre plateada. Se emocionó al ver cómo esta subía por el cilindro transparente y se convenció de haber inventado un nuevo tipo de termómetro: el Manuelómetro, pensó. Sosteniendo la respiración para mantener el fluido justo a la mitad, notó diminutas gotas de su aliento que se iban condensando y aproximando hacia el metal; esferas minúsculas de saliva se abrían paso entre el líquido denso, se precipitaban y luego regresaban a la superficie, pero no se mezclaban. Ahora sobre el plato, babas y gotas metálicas se separaban lentamente hasta quedar agrupadas de acuerdo a su composición. Manuelito frunció el ceño lleno de frustración.

No pasó mucho tiempo para que recuperara el ímpetu de su curiosidad científica: se le había ocurrido una innovación: llevaría el riguroso método un poco más allá.

Buscó su cuaderno favorito en medio del caos de su maleta escolar: Manuel Guzmán, 802, Ciencias Naturales, y encontró entre sus apuntes lo que había dicho Janethcita la clase anterior: «la saliva tiene un perfil más salino, en cambio la sangre es ligeramente alcalina, entre otros, por su contenido de metales como el hierro, el zinc, el cobre y el manganeso».

Regresó a la cocina, le faltaba un cuchillo. Tomó el más pequeño, el de cortar los limones, el que tenía un filo más preciso y limpio, le había escuchado a su mamá.

De vuelta en la habitación, inhaló, se hizo una autocuenta regresiva: uno, dos, ¡tres! Se aculilló. ¡Vamos, Manuel Guzmán, no seas gallina! Y, sin pensarlo tanto, pasó el filo del cuchillo por el dedo gordo del pie izquierdo, creyendo que su extremidad más distante podría dilatar por más tiempo la ineludible llegada del dolor. Igual le dolió. Una gota gruesa se formó sobre su piel. Manuel se había imaginado su sangre más rojo tomate, pero, ahora frente a sus ojos, se le pareció más a la crema de remolacha que preparaba su mamá, dizque para subirle el hierro y las defensas.

Con la muestra disponible, Manuel procedió a la recolección. Tomó la cuchara y, pacientemente, sacó tanta crema de remolacha como pudo de su dedo regordete. Exprimió hasta que el dolor lo venció. Cuando pudo reponerse, abrió su cuaderno de ciencias y, en la última hoja, apuntó:

Observo cómo tres gotas de sangre y tres de metal se acercan, se miran, intentan conquistarse sobre una cuchara de té. Se pasan por el lado, se rozan apenas, se quedan mirando a los labios, pero se dan vuelta. No aguantan más la distancia de sus cuerpos, pues mi mano temblorosa las obliga a bailar. Veo cómo se forman en cientos de parejas, en miles de amantes, en millones de diminutas esferas que se abrazan, se besan, se hacen el amor. La mano con la que aún sostengo la cuchara en el aire está perdiendo balance y estabilidad, pues la otra la voy turnando entre sostener este lápiz con el que registro mis hallazgos y agarrar esta verga que se está asomando llena de curiosidad. La nueva aleación se expande y contrae como si

se tratara de un palpitar; su temperatura comienza a elevarse y de la mezcla se libera un vapor que me está nublando los sentidos. Ya no se evidencia el rojo remolacha, tampoco el brillo reflectivo, todo se vuelve un burdeos tornasolado del que brincan electrones desatomizados buscando otro protón para follar. Esta pornoquímica está haciendo que mi termómetro carnoso llegue a su límite, se me está poniendo duro como una vara de metal, casi a punto de explotar. Entre cuchara, lápiz y verga, el experimento parece más un rumbeadero de la octava a las 3 de la mañana en donde solo queda el golpeteo incomprensible y visceral del sexo carnal.

Arrastrado por la excitación, a Manuel se le antoja entregarse al baile, volverse amanecedero y motel, y se manda la cuchara sin mente como si fuera un jarabe para el desamor. ¡Glup!

Cuando el sangrurio (por llamarlo de alguna forma) le llegó a la panza, a Manuel lo dobló un calambre insoportable que lo tiró al piso. Se retorció y empezó a convulsionar. El sangrurio penetró los tejidos rugosos de su estómago, navegó los ríos subcutáneos del torrente bombeado por su acelerado corazón. Y así la mezcla de metales fue encontrando salidas: hacia los ojos, al cerebro, a la piel; luego el riñón, el hígado, el pulmón; siguió la amígdala, el epidídimo, su sistema nervioso central.

Cuando el dolor cedió, Manuel sintió la inmensa contracción de sus músculos que ahora, como su verga, también parecían de acero. Pasó sus manos por su pecho, por sus brazos, por sus muslos, por sus nalgas. En todas partes aparecieron pelos donde no los había, filos en sus huesos que no se conocía, olores que hasta ahora solo le había sen-

tido a los de grado 11. Y en este nuevo autoconocimiento, Manuel, antes Manuelito, se creyó invencible, el mensajero de los dioses griegos, el glorioso Freddy, el Quicksilver de Santa Isabel.

Corrió hacia el espejo del baño, deseoso de apreciar su nueva imagen. Lo que vio, en cambio, fue que su rostro se fluidificaba lentamente. Intentó sostenerse las orejas, pero estas se resbalaron por su cuello. Intentó acomodarse la nariz, pero se derritió como un moco metálico. Cuando los ojos se le escurrieron, quiso acomodarlos de vuelta en sus cuencas, pero los dedos y las manos y los brazos se habían transformado en sangrurio también.

Desagregado en burbujas sanguinometálicas, los Manueles comenzaron a expandirse por toda la casa. Uno de ellos regresó a la habitación de sus papás e intentó organizar todo antes de que volvieran de hacer sus vueltas. Otro hizo caso y prendió el televisor, justo como le había ordenado el papá. A otro se le antojó servir cereal, así que se arrastró hasta el refrigerador, sacó la leche como pudo, abrió la caja de chococrispis y se puso a tragar. Otro seguía arrecho y quiso hacerse una paja, pero no se encontró el pipí. Otro se fue hasta la biblioteca, tomó *El origen de las especies* de Darwin y se puso a ojear. Otro Manuel tenía ganas de orinar, así que levantó las dos tapas (no vaya a ser que lo regañe la mamá) y le dio descanso a su vejiga de metal; este sí se encontró el pipí. Otro se detuvo a observar el reloj de la sala y se dio cuenta de que apenas faltaban contados minutos para el inevitable regreso de los papás. Aterrado, se fue a avisar a los otros Manueles que el tiempo estaba a punto de terminar.

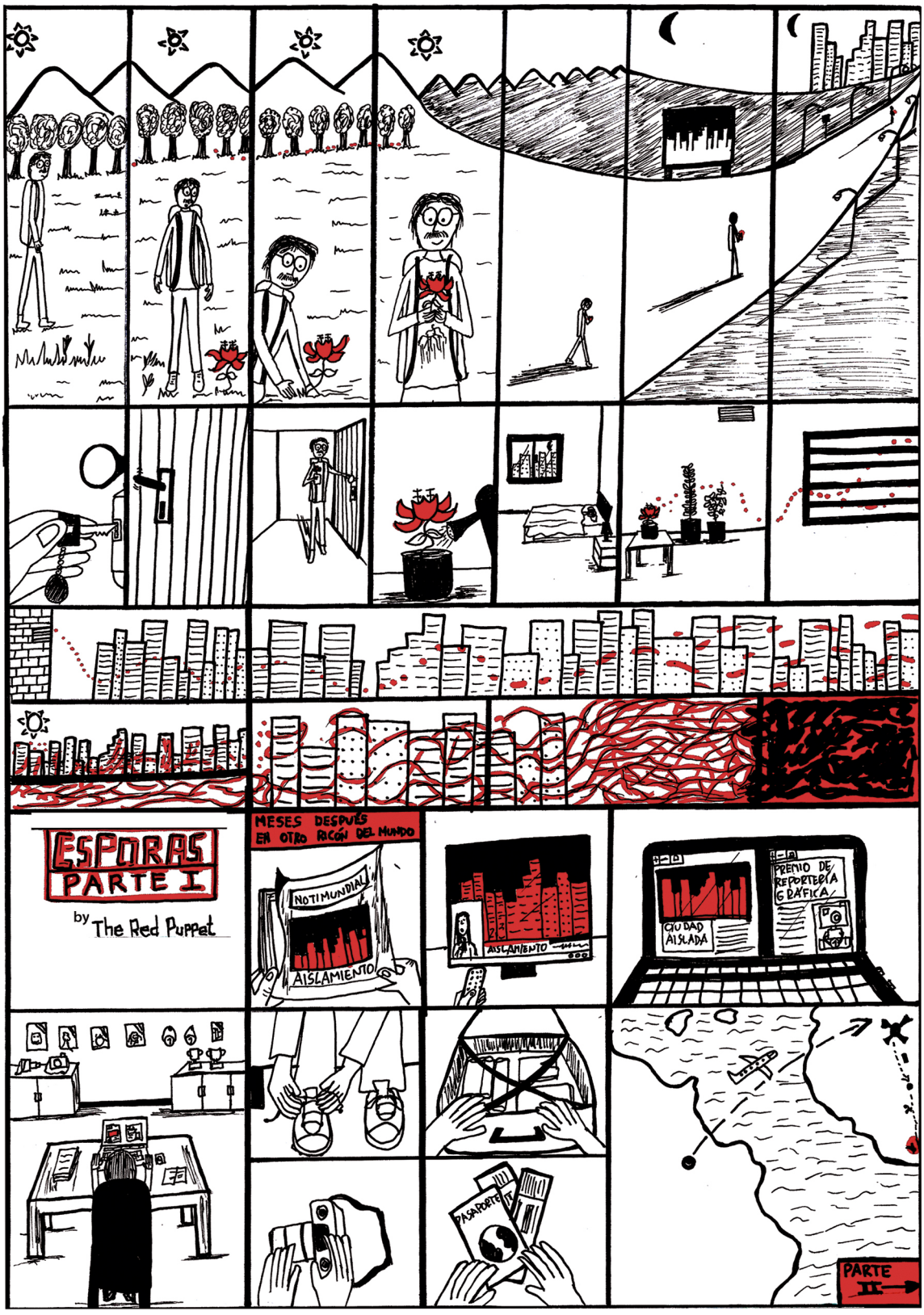
Armados de mopas y toallas de cocina, los Manueles se autotrapearon sus partes y las escurrieron en el balde verde que se usaba para remojar la ropa sucia. Con el palo del trapero comenzaron a centrifugar el sangrurio a gran velocidad hasta que sangre y mercurio, Capuletos y Montescos, fueron separados irremediablemente.

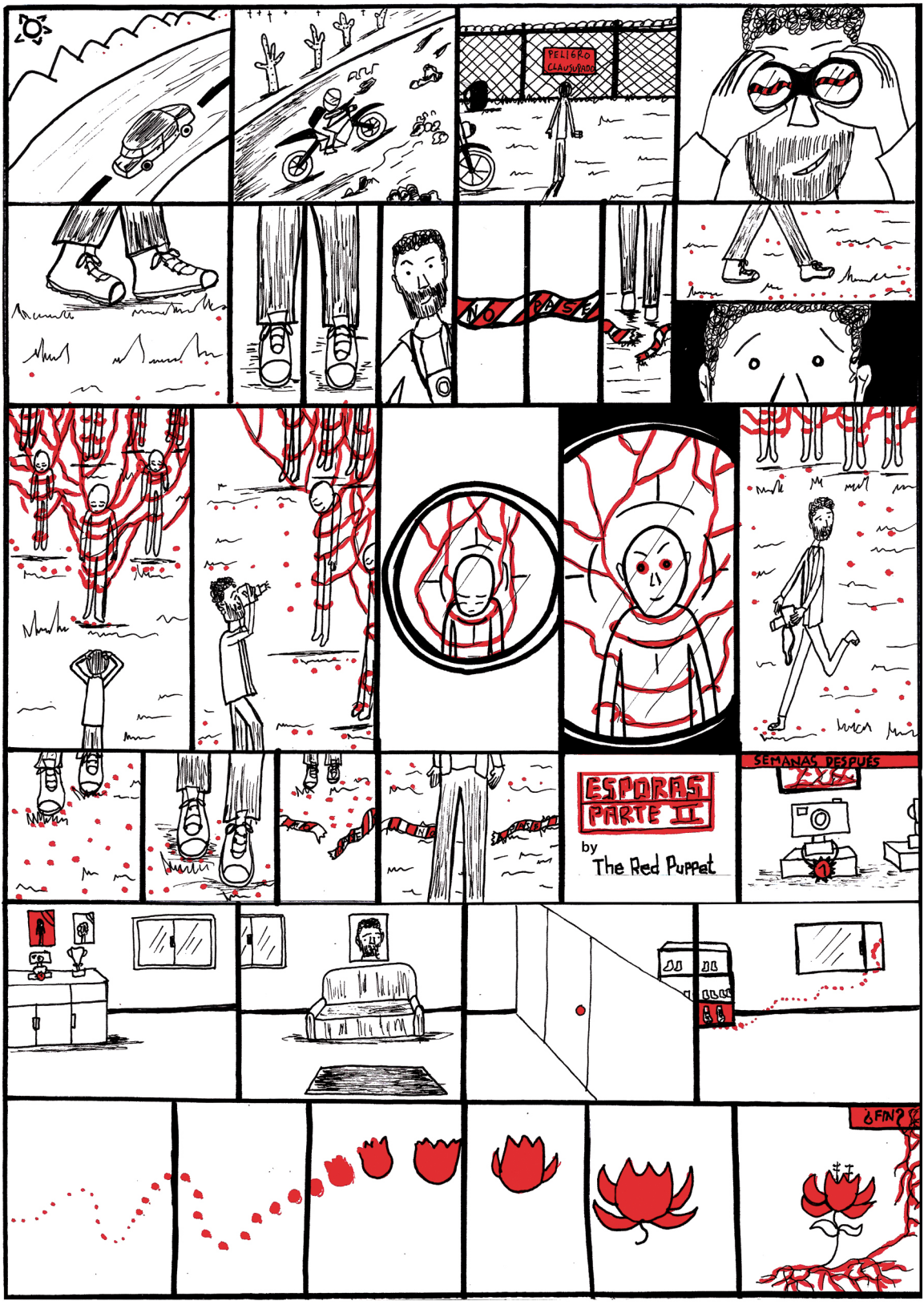
Quizás lo más árduo del experimento fue cuando Manuel tuvo que rearmarse. Intentó recordarse tal y como era antes de la accidental fluidificación. Comenzó por los dedos, las manos, y luego vino todo lo demás.

En el balde solo quedaron las gotas de mercurio que fueron posteriormente reenvasadas en la botellita grisácea, reenvueltas en el pañuelo con las iniciales *J.E.G.S.,* y reescondidas en el segundo cajón a la izquierda de la cómoda de papá.

—Manuelito, te trajimos gansito y pony malta.

Manuelito tuvo suerte. Sus papás no alcanzaron a notar que le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda, el párpado del ojo derecho; se le había borrado el ombligo, no había alcanzado a armar la última falange del dedo meñique de la mano izquierda, ni la manzana de Adán que se le había comenzado a notar hace un año o más; le sobraban algunos dientes, se le olvidó armarse el ano, y solo le alcanzó el material para una única güeva. ¿La verga? Esa seguía dura, y seguro Manuelito esperaría otra oportunidad para volverlo a intentar.


ESPORAS
PARTE I
by The Red Puppet
MESES DESPUÉS
EN OTRO RICÓN DEL MUNDO
NOTIMUNDIAL
AISLAMIENTO
AISLAMIENTO
PREMIO DE
REPORTERÍA
GRÁFICA
CIUDAD
AISLADA
PASAPORTE
PARTE
II


PELIGRO
CLAUSURADO
NO PASE
ESPORAS
PARTE II
by
The Red Puppet
SEMANAS DESPUÉS
¿FIN?

Edna Jasmín Olarte Martínez

Hirudinea *Cornu aspersum*

Song: Lebanon Hanover - Gallowdance.

«Si usted me juzga es porque no me ha escuchado. La sigo amando, créanme. Pero era muy difícil vivir así. Era mejor que nos quedáramos con los recuerdos de cuando éramos felices».
Hank T. Cohen

Me encuentro en la cima de una gran piedra de toque, un trozo de megalitismo. Construyeron mi casa sobre ella, en su centro está mi habitación. La rodea una gran porción de tierra y agua. Levito sobre una porción de musgo. Hace un largo tiempo no salgo de este lugar. Intuyo que es largo ¿Se detuvo? ¡Quizá! Alguien se inventó el amor. No sé. Me enamoré, quisiera decir que fue a primera vista. Dicen que existe eso. Cuando tenía once años me flechó la rana diseccionada del laboratorio. Ejecuté por primera vez una de las tantas imágenes que a diario se reproducen en mi cabeza. Abrí lentamente su cuerpo con la yema de mis dedos, recorrí su vientre con mis pulpejos. La secreción que expulsó mi miembro al rozar sus órganos húmedos y expuestos. El

idilio. Anhelaba el estallido una y otra vez. ¡Explosión craneoencefálica! A partir de ahí algo cambió. Lo sé. Olfateaba esa humedad en todos lados. Mis cilios se activaron por mil. Los receptores nerviosos SA1 y RA se triplicaron en mi piel, mis dedos y la punta de la lengua. Solo quería hundir mis dedos en babas. Humedad. Babosas. Quería humedad y movimiento. Además, mi miembro era pequeño, esperaba que creciera. Siempre pensé que el tamaño es proporcional al sentir. Sabía que la piedra había alterado algo en mí. ¡Quizá! Yo digo que fue la explosión.

En la adolescencia mi sexo no sería sexo sin movimiento y humedad.

Siempre los contemplé desde lejos. Imaginando la infinidad de films que se reproducen como cuadros pequeños, en 35 mm, cortos, uno a uno. Casi un *Pornógrafo*. Afuera habitaban ellos… Ahora los contemplo todos los días. Se arrastran. Unos encima de otros, copulando. Sus babas dejan un rastro. Mi camino. La ventana que da al jardín se convierte en la pantalla Brazzers perfecta. Siempre salen a la misma hora. Canal autoprogramable. Ellos abundan. Pasan sus pies húmedos por las piedras. Sus cabezas estirando su cuerpo lo máximo posible para salir de su concha. Sus tentáculos, largos, frágiles, húmedos; sus ojos, pequeños ojos inundando mi uretra, así los imagino día a día.

A ella la conocí en un cultivo por accidente. Miles de ellas sembradas en largos cubículos dispuestos en la temperatura perfecta. Estaba incursionando en mis filias. Estaba harto de las taxidermias. Hundí mis pies en su casa, fango mezclado con césped y algas. Se paseó lentamente por cada uno de mis dedos. Me sentía, sabía de mis anhelos. Mis ve-

llos se enredaron en sus segmentos. Supe que era ella. Monumental, dotada de cincuenta centímetros de epidermis seductora. La succionadora perfecta, una sanguijuela. La dote fue proporcional al amor que sentí por ella.

Adecué todo en casa para su llegada. La piedra, mi piedra, se convirtió en un simple elemento decorativo. Cavé a su alrededor una zanja, que alimenté de tierra, musgo y agua. Un ambiente propicio para ella, para nosotros. Cambiaba con regularidad el agua. No podía estar alcalina. Cada noche salía en busca de su alimento. Su piel debía estar limpia y tersa. Con unos cuantos litros de sangre era suficiente. Siempre hay dos gatos o un perro. Lo más cercano en el vecindario. Yo no perdía la oportunidad para frotar mi miembro en las vísceras calientes. No me permitía que culminara el sangrado sin terminar dentro. Hace un tiempo lo venía haciendo. Ella ya no era suficiente.

Nuestro ritual se proclamaba en un espacio-tiempo incomprensible. La atmósfera se tornaba densa. Antitranspirable. La observaba y sus ocelos se mantenían siempre atentos a mi mirada. Mis dedos se resbalaban por su dorso. La miraba fijamente. Ella se adhería a mi piel, iba dejando marcas. No hablaba. Centraba mi mirada en su torso, era tan ligero, tan suave. Mis dedos se sentían atraídos por la succión de su boca húmeda. Pasaba los dedos una vez más por el extremo de su cuerpo, su ventosa quería más de mí, no solo mis dedos. La humedad de mi falo se esparcía por el borde de su ventosa frontal. Ella me envolvía por completo con el extremo de su cuerpo. Su caudal ingresaba levemente por mi ano. No logré continuar. Irrumpía en mi mente. De niño los ojeaba en los libros de biología, los Gasterópodos,

atractivos, cuánto los deseaba. Sabía que me leía, que leía lo que quería. No aprobaba que quisiera nuevas texturas. Mi mente ya no callaba. Por ahora solo estaban en mi mente. Lo sabía. Hace tiempo que lo anhelaba, ella ya no me bastaba. Entendía el riesgo que implicaba tan siquiera pensarlos, son su comida favorita. Intentaba no pensar mucho en ello. Era imposible. Los deseaba tanto como en un momento lo hice con ella. Los observaba. Los deseaba. Se hacían mix las imágenes en mi mente, se reproducían unas tras otras. Siento explotar al imaginar. Respiro, vuelvo en mí. Veo más allá del jardín.

Una vez más en el ritual me entrego por completo. Cientos de escenas posibles se reproducen en mi mente. Imagino estar solo con ellos. Afuera en el jardín. En cualquier lugar, solo con ellos. Siento que ella me escucha, lee mis pensamientos. Me concentro de nuevo en los cincuenta centímetros de su cuerpo plano deslizándose por mi vientre, sus segmentos enredándose con mis vellos púbicos. Aunque lo tengo todo, es imposible pensar solo en ella. Los deseo tanto. Se cruzan de nuevo las imágenes de sus cuerpos babosos, expuestos, desnudos con el mío, el roce, el leve roce, me hace elevar, me pierdo. Imagino que sus masas viscerales rodean mi miembro. El mucus de sus pies son uno con mi humedad. La textura perfecta. Sé que las conchas están listas para resguardar mi líquido sagrado. Los ojos en los extremos de los tentáculos se extienden hasta mi ombligo, me obligan a querer introducirme por su ano. Se sobrepasa la idea de tener contacto con sus pulmones y corazón, llegar hasta el fondo. Fingo que el placer me lo da ella. Me pierdo en las imágenes y en su dorso. Estallo una vez más.

¡Ella lo nota!

El tiempo no corre en esta habitación. Ya no sé si realmente lo es. Ha pasado tanto tiempo, eso creo. Solo hay una ventana o lo que parece serlo. Afuera siempre llueve. Ella me ama, lo sé, no me haría daño. Estoy seguro que me escucha, lee mis pensamientos. Los va a matar, se los comerá. Los succionará. Ella no entiende que no puedo ser solo de ella. Su cuerpo ya no me basta. Quiero ser uno con ellos. Tengo miedo. Sus ocelos me observan. Hoy las marcas rojas fueron más grandes. Su beso no fue el acostumbrado. Introdujo sus dientes en mi carne. Luego en la carne de la carne. Roja, expuesta, carne, músculo, tendones, sangre, hueso. Le grito que podría morir desangrado. No habla. Continúa, con más fuerza. Le apasiona la idea de alimentarse de mi sangre. Tengo miedo. La amo, y ella a mí. Llueve a cántaros. El musgo se torna carmesí. Lo notó. Me leyó la mente. Sabía que quería copular con sus presas. Son lentos, lo sé. Pero tan húmedos. Sus conchas son deliciosas. No puedo dejar de pensar en ello. Me desangro. Se adhiere a mi pene, me succiona hasta la última gota roja que queda de mi ser.

Sale de casa-habitación-p-i-e-d-r-a-n-o-s-é. La veo coitar con ellos frente a mí, finge una simbiosis. Sus orificios genitales danzan al mismo ritmo. El idilio. Ellos no lo notan. Es demasiado tarde. Se quiere vengar. Ella lo sabe. Los succiona. Pasa su dorso por sus pies. Las ventosas de sus dos extremos los devoran. Se convierten en uno. Solo puedo observar con el poco de conciencia que me queda. Ella me ama, yo la amo. Mi cuerpo va ser parte de su ritual, nunca fue nuestro.

Nini Johanna Sánchez Ávila

Imaginar los recuerdos, soñar los textos

La experiencia de leer pasa por la emoción de la posibilidad. Las historias se convierten en lugares. A veces los reconocemos y a veces los imaginamos, no por eso son menos auténticos, menos vívidos. Por eso, toda historia nos plantea asociaciones que vamos tejiendo en nuestra mente para poderlas entender, pero también para disfrutar y materializarlas en nuestra imaginación. Las imágenes que acompañan este texto elaborado en el taller distrital de creación de objetos editoriales no son, en este sentido, ilustraciones que reiteren lo que la historia dice, sino formas de traducir en colores, en texturas y en espacio de recorrido gráfico un relato que se expande. La historia adopta la forma de la tela, del hilo que se despliega, del collage *que permite crear imágenes que no están dadas de forma realista, sino que construyen espacios interiores, paisajes emotivos, formas de entender al personaje desde adentro.*

La imagen se vuelve una zona de mediación desde sus diferentes materiales, por lo que el texto incorpora dos expansiones de la historia en formato de fanzine. La primera, en tela bordada que recoge en particular una sola frase que se despliega como un lema, como una idea que recorre y obsesiona a la narradora. Al enrollarse, la tela se hace relicario,

altar, objeto votivo y ritual mortuorio. La segunda, en papel, recoge algunos pensamientos que se ilustran en los materiales que solidifican el recuerdo, el sueño, la alucinación. A veces la imagen se vuelve un negativo, una sombra de lo experimentado, como la fotografía que deja el residuo luego del revelado. Pero, también, se juega con el collage *para crear paisajes que solo pueden existir en la imaginación.*

Ilustrar y expandir el texto implica, para el ojo del lector, una invitación a adecuarse, un esfuerzo por salir de la página de papel y construir la historia al tocarla, al recorrerla y disponerla en el espacio.

A continuación se muestran algunas de las imágenes y los textos que componen la pieza.

Rigor Mortis

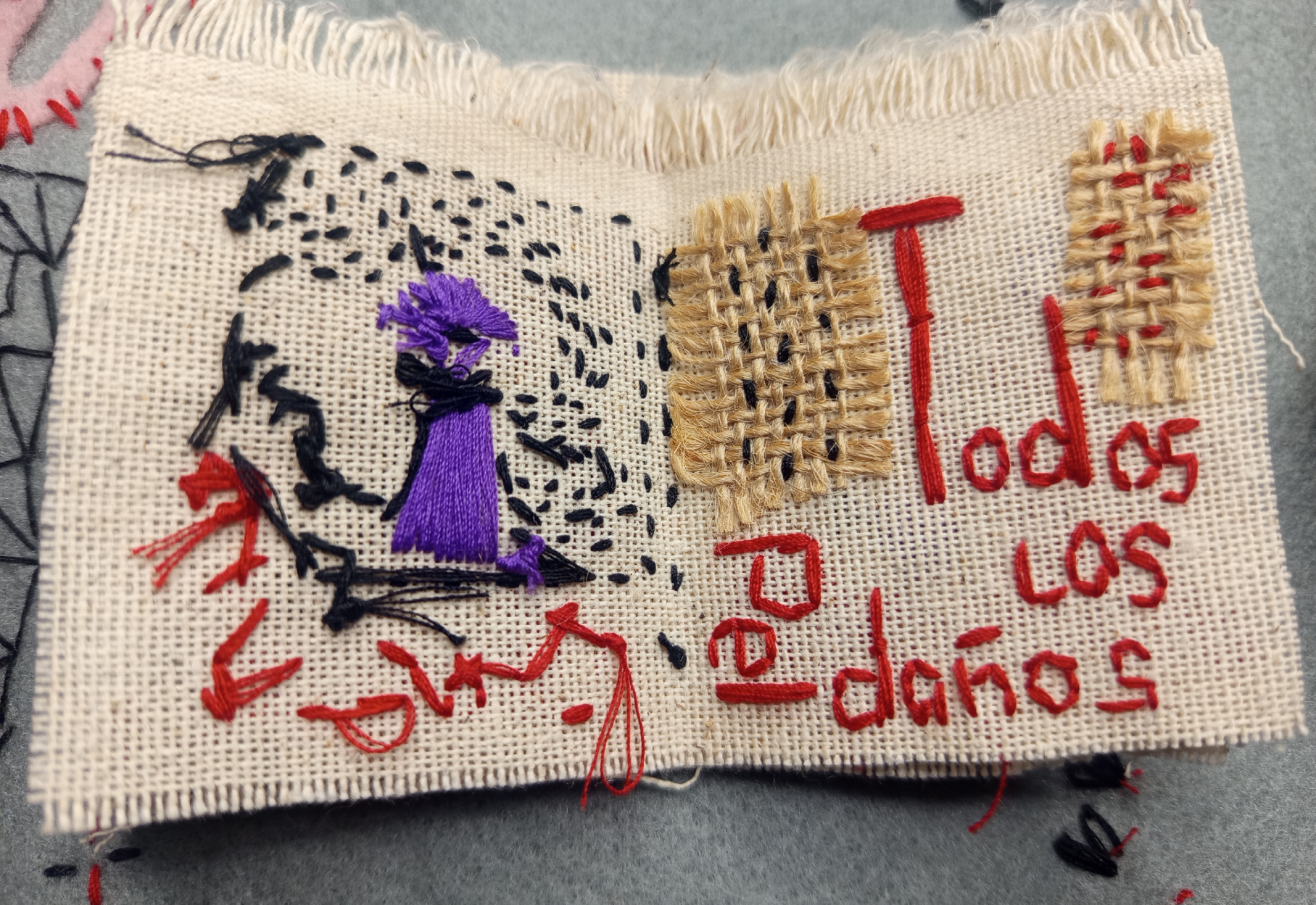
Lo peor que puede suceder con la muerte es no morir donde se pertenece,



ser un muerto extranjero,



Trató de verse en la pantalla trasero, lo fue matar. era su último vistazo a su perril en rodos. La mujer que encontro lo resultó totalmente desconocida.


Todos
los
Somos

Ánima

Aquí termina nuestra piadosa función.
A las ánimas benditas rogamos. No hay
día en que amanezca sin noche que se aclare
con el ruego que nos sale de la garganta.
Santa señora, reina del purgatorio,
escucha esta plegaria.

Ana era el comienzo y el fin de todas mis pesadillas y con el tiempo se fue colando también en mis sueños.

Esa noche el aguardiente se me fue a la cabeza y me llenó de recuerdos que no creo haber tenido, pero que ahora pienso que estaban allí escondidos en las imágenes de mis sueños como animales que acechan desde el monte y se activan con el calor de la piel.

Primero, el recuerdo me llevó a un edificio que se alzaba por niveles y cada piso era un mundo que se abría por completo. El piso inicial se llenaba de personas que querían construir una ciudad llena de cosas y carros. Los reconocí en su ímpetu colonizador porque sonreían mucho y le contaban historias a la gente que pasaba para que se fuera a vivir a «un lugar mejor». Mejor que qué, no sabría decirlo, pero parecían convencidas de que afuera de su construcción nadie podría ser feliz.

Los ruegos de estos habitantes me alcanzaron, querían que me llevara a Ana de allí. La vieja había estado viviendo sola por décadas en el último piso del edificio que ahora

se volvía curiosamente circular y me parecía más un coliseo romano con autos que un asentamiento residencial... En vez de leones, los autos acechaban como bichos en mis elucubraciones nocturnas. Leones soñados pero dispuestos a saltar, a atropellar y a consumir todo el espacio disponible. Ana se había muerto y ahora sus cosas, su apartamento e incluso su cadáver no eran más que estorbos para el progreso y la torpe utopía que salía de la verborrea que rodeaba a estos simples soñadores.

Que me la llevara, suplicaron. *No sabría qué hacer con ella*, les dije. *Que si no me la llevaba la tirarían a la basura junto con todo lo que había acumulado sin permiso en el último piso*, amenazaron. Y bueno, no tuve más remedio que tratar de rescatar lo que quedaba de ella.

La gente alrededor pedía que hiciera mi tarea lo más rápido posible para poder despachar aquello que les impedía adueñarse de esos 43 metros cuadrados. Sentí como si fueran a demolerme junto con Ana y su colección variopinta de objetos hallados y escondidos. Tal vez yo hacía parte de la colección de hallazgos y no lo había notado hasta entonces.

Sentí como si ella susurrara en mi oído: *suba rápido mija, antes de que se lleven lo que no les pertenece. Todos quieren una parte, usted encárguese de que cada uno tenga lo que le corresponde*. Su voz resonaba fantasmal en mi cabeza.

Luego de prepararme para la labor empecé a subir las escaleras. Cada piso se volvía un círculo que iba aflorando en espiral para sumergirme en la vista de los residentes: los primeros que encontré subiendo se habían adueñado de las escaleras y los pasillos para cocinar; los calderos hervían, las ollas rebozadas parecían estar a punto de estallar en sus

caras y el olor de los guisos inundaba el recorrido. Pronto descubrí que se cocinaban entre ellos, por eso nadie habitaba dentro de los cuartos ni de los apartamentos, porque el hambre los hacía salir a cazarse mutuamente y a devorarse con ansia canina. No les parecí apetecible, las lágrimas derramadas por la vieja Ana me habían dejado la carne como tierra yerma.

Logré alcanzar la escalera que se iba haciendo cada vez más oscura mientras avanzaba y subía.

El siguiente nivel estaba lleno de contempladores: una señora se asomaba sujeta a su ventana y me atravesaba hasta el tuétano con su mirada vidriosa mientras me decía: *¿para qué sigue subiendo? Que la arrojen por la borda, este inquilinato es un barco del que nadie se baja, ni los muertos logran salir… Que la tiren, a ver si la borda logra dejarla a la deriva*. Los suspiros de los observadores se iban acumulando como una niebla que me impedía ver el camino y el eco de sus voces dejaba un hálito que sonaba: *¿para qué?* Los que observaban se iban volviendo parte del paisaje del piso, se iban haciendo traslúcidos. Pensé que a Ana le habría tomado mucho tiempo llegar a la cima de ese edificio y no entendí cómo pudo escalar hasta allí.

Alcancé los bordes del pasillo que oficiaba de balcón y, de pronto, una mano me ayudó a salir de la espiral. La casera se asomó y me dijo que no perdiera tiempo, que pronto el cadáver de Ana iba a empezar a pudrirse y ella no pensaba limpiar. Sacó un manojo de llaves y de él arrancó la que parecía abrir una puerta de madera que estaba a punto de caer. *Es la puerta de Ana*, pensé.

La hoja de la puerta se desencajó apenas la llave terminó de girar. Parece que los espacios también se mueren. Pensé que los lugares que habitamos se convierten en seres codependientes que viven a expensas de nuestras dichas y desgracias, esperando que lleguemos cada día a habitarlos. Como el perro que mueve la cola para indicarle al amo que lo espera, al entrar todo se sentía aún vivo: tuve ganas de dejar allí el cuerpo de Ana para ver si se integraba al paisaje como las fotos que fue dejando aquí y allá sobre los muebles, y también sobre los libros apilados ya organizados en las bibliotecas que tapizaban las paredes. No creí recordar que ella leyera tanto, pero supongo que la soledad la hizo construir un refugio… qué digo refugio, más bien un fuerte, uno hecho de papel. Pensé en lo apropiado que era tener un castillo a punto de desmoronarse porque estaba hecho de palabras. Yo habría hecho lo mismo.

No pude ver su cara, pero la casera me señaló en dirección a la sala y vi el bulto de su cuerpo inerte sobre el mueble central. Si no supiera que estaba allí para sacarla y amortajarla, habría jurado que dormía de espaldas al televisor de tubo que la acompañaba, parpadeando una imagen incesante hecha de retazos que mi ojo recomponía. Así se aparecía Ana en mi memoria: hecha de retazos, de recuerdos y de palabras o conversaciones que aún se presentaban con intermitencia en mi cabeza. Solo en la concurrencia de esos fragmentos logro recuperarla. Esa noche, cuando por fin alcancé el último piso, no pude ver su cara, así que decidí envolverla en una sábana blanca que encontré, y quedó totalmente cubierta, envuelta como una oruga que se va

embalsamando sola, esperando a que la organizaran para terminar de morirse.

Su cuerpo no tenía peso. Ana parecía de mentiras, parecía un sueño, tal vez una memoria rota y recompuesta, en mis brazos Ana se sentía niña, muñeca de porcelana que esperaba un rincón para cristalizarse y reposar. Me tomó poco tiempo organizarla y sacarla acunada entre falanges, tendones, músculos torpes que se retraían como la mano de un mono disecado que se juega a la suerte los deseos de la muerte. No sentí miedo por cargar su cadáver, más bien me preocupaba que se me deshiciera entre los dedos antes de que lograra dejarla en algún lugar.

No recuerdo dónde la enterramos. Tal vez en el centro del recinto circular para que hiciera parte del paisaje. Tal vez seguí la recomendación de la mujer que observaba desde la ventana perdida de algún piso olvidado y la arrojé por el borde del balcón para que derivara por ahí, como si fuera a salir niña del capullo de su muerte.

Realmente no recuerdo haberla enterrado, ni llorado, ni extrañado. No recuerdo nada, pero en el fondo tengo la sensación en la boca de que tengo algo que decir al respecto. Es posible que Ana me siga dictando las palabras que necesita para irse deshaciendo.

La parte final de mi labor consistía en cumplir su última voluntad. Ahora que lo pienso un poco, no recuerdo que me haya dicho nada, que me haya llamado mientras el corazón se le detenía o que hubiera pedido ayuda para no morirse. Estoy segura de que estaba leyendo el libro que quedó en su regazo y de pronto morir le pareció buena idea hasta que se hizo real. Quisiera haber llorado entonces ante la revela-

ción de su pérdida, pero era demasiado trabajo encargarme de su muerte como para dejarme llevar por la orfandad. Un deudo debe primero hacerle espacio al vacío, de lo contrario no se deja partir al muerto, no se le deja abandonar.

Miré en el espejo de la sala, el único espejo grande y de cuerpo completo que conservaba la vieja. Al mirar me encontré con su rostro del otro lado, una encarnación fantasmal. De ahí llegaron las explicaciones sobre la posible herencia: a unos habría que dejarles los libros y a otros los estantes vacíos para que pudieran volver a acumular sus propias historias. Para otros quedaba la ropa que estaba en diferentes armarios: Ana tenía prendas de distintas épocas de su vida. Con algunas se veía como una señora, una profesora, la amante de alguien o la esposa… cada prenda, cada frasco vacío que guardaba en el fondo de un cajón era un recordatorio de festejos pasados. Cada foto de su vida delataba una Ana que no sabía si quería que otros la vieran. Heredar se convirtió en un acto caníbal. La Ana que todos conocían no parecía estar exactamente entre el acumulado de objetos náufragos de su dueña. Me pregunté entonces para qué querría que cada miembro de la familia tuviera algo en particular, por qué no me pedía que me deshiciera de los restos de su vida en vez de exponerlos al sol mientras su cuerpo se iba pudriendo en la penumbra.

Mi labor taxativa rindió frutos y pude organizar casi todo como ella iba disponiendo en mi cabeza. Cuando cada cosa ocupó su lugar para pasar a otras manos, ella despertó. Creo que en el primer momento no reconocí su cara. Me impresionó el color de su tez como quemada por el sol, tostada por muchos soles, por lo ardiente de un infierno des-

conocido. Pensé que mientras estuvo muerta habría pasado por el purgatorio y se habría quemado hasta el tuétano por sus pecados de bondad: demasiado darle a otros, demasiado perdonar, demasiadas penas heredadas y tramitadas en lugar de su prole. Tanta lágrima derramada debió curtirla para que su infierno no la consumiera tan pronto. Estuve segura de que había estado muerta: el pelo le creció y las uñas le alcanzaron las comisuras de la primera falange al intentar doblar los dedos para empuñarme la mano. Lo que le quedaba de vida fue emergiendo de ese pellejo tostado por las llamas.

Ana me miró con tranquilidad, sonrió por la tarea cumplida y luego pudo ir a donde estaba destinada. Me dejó lo que me correspondía en ley: un trozo de tela atado que contenía el alma de sus santos personales. No recuerdo sus nombres, deidades febriles y aterradoras. Ahora que intento recomponer la escena, los objetos se me pierden entre las manos y los cajones de guardar.

En el fondo de la habitación, una estampa de la Virgen de la Candelaria me esperaba para guardarme en el camino. Hoy es 2 de febrero y ella viene a reclamarme en su regazo. Me protege contra las olas de la muerte que me llegan, que me inundan, que me invaden el cuerpo hasta dejarme como ahogada en un naufragio que ha durado siglos y que hasta ahora me alcanza la piel. Virgencita, déjame perderme entre las aguas del olvido, déjame quitarme los pesos de la vida, que me espere el alivio de la muerte y me acoja aciaga en sus orillas.

En las lindes del fin

Por Miguel Acosta ~ Espectro UV
@ mikael acost. @sopor.comics

TRACK









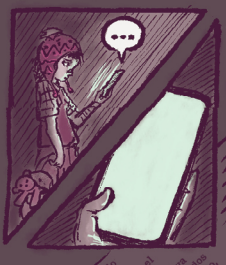






Cuando ya nos hagamos reír de Tirios y de troyanos
Cuando ya no estés en nuestras manos
Ni el destino ni el porvenir







Cuando nos dé descansa el magín y de suyo viva en esta recuerdos
Cuando, ya no locos, sino cuerdos
Con conciencia
De seguros IR













En esas lindes del fin
Cuando más que
Quijotes
Seamos rabiosos Almanzo
Quijanos

Avuelos ya del polvo

Cuando ya dejemos de ser
el durgay de las pasiones
De este valle
de lágrimas

Donde nos fuimos a parar





Será de vernos allí
En esas lindes del fin
Cuando suene desafinando
Entre los clarines nuestro clarín

En las lindes del fin
Cuando afloje la mano
Que empuña
Y dejemos
caer

aleluya

La quijada de Caín

Cuando en este mundo ruin
Prójimos y semejantes

Sean sólo sombras distantes
Tras las verjas del jardín

En esas lindes del fin. Cuando
ya la entrepierna no enrede
En nuestro plácido miserere
Y nos deje en paz morir

Cuando no podamos decir
Si ángeles somos u hom
Cuando fechas caras
y nombres

Comiencen a desteñir

COF

ABUE...

AYUDA

SIGUE SUBIENDO, ARRIBA NOS VEMOS

DALE ESTO A TU MAMÁ

CUANDO LA VEAS

Cuando
viéndonos
venir

Testamentemos
la carcajada
Por esta inmensa
bolsa pesada

*Canción de Rafael Berrio

Que hoy
findmos
no sentir

MAMÁ

Será de vernos allí, En esas lindes del fin

TE VES HERMOSA

¿VERDAD ABUELA?

Cuando suene desafinando Entre los clarines nuestro clarín

ALEGRENSE QUIENES TODAVÍA TIENEN **PESADILLAS**
PUES AÚN LES QUEDA ALGO QUE PERDER

A veces nos desgarramos











CHIMU SOÑÓ ESTUDIAR EN LA CIUDAD Y DESDE ALLÍ LUCHAR POR LA AUTONOMÍA INDÍGENA Y LA INTEGRIDAD DE SU TERRITORIO. SU SUEÑO FUE ASESINADO, VÍCTIMA DE LA ESTIGMATIZACIÓN DE SU PUEBLO, QUE CONTINÚA EN RESISTENCIA HOY, TRAS MÁS DE MEDIO SIGLO DE COLONIZACIÓN, NARCOTRÁFICO Y CONFLICTO ARMADO.

DAYHANA SILVA
@Laflordemaria_

!Ay Juelita, La Abuela era territorial!



Jonathan Caviedes


La Abu, decía que las aves son el medidor del ambiente.
¡Todo se jodió!
Los árboles no se visten de verde,
ni se escuchan el canto de las aves.
Tampoco vemos el payasito candelero que tanto le gustaba a la abuela.
Mamá nos sacó del campo.
Dijo que no teníamos futuro allá.
Má: Bogotá 27-08-26
me devuelvo pa la finca, asina no tengo que aguantarme a estos guaches de ciudá. me disen degenerada
Vanina
@caviedes56

Durante años, mi mirada se ha fijado en la vivencia del dolor físico crónico de enfermedades invisibles. Lejos de abordarlo como una tragedia estática, un lamento o una glorificación, busco resignificarlo como un proceso inevitable de transmutación y una potente fuente de inspiración, indagando en su origen, fenomenología e implicaciones personales, culturales y sociales. Esta perspectiva desafía la visión contemporánea. Como señala Elaine Scarry, el dolor ha sido despojado de su significado moral y relegado a lo «innombrable». Este silenciamiento se agrava, según Byung-Chul Han, por la fobia al dolor de una sociedad moderna moldeada por la obligación constante de ser feliz.

A través del dibujo, la pintura y la escritura, exploro tres ejes: 1. el cuerpo: como archivo del dolor encarnado, 2. el rastro: los caminos que median, anestesian o silencian nuestra relación con el dolor, 3. la finitud: una reflexión visual sobre la senescencia y el deterioro inevitable de la materia.

El libro de artista DESBORDADOS, que fue trabajado durante el taller distrital de creación de objetos editoriales, surge del eco de experiencias propias y ajenas como una expansión de la instalación DEGRADÉ DUAL. En dicha obra, voces anónimas escribieron sobre listones de tela metáforas de sus experiencias punzantes, encarnadas en forma de dolor físico, frustración o sufrimiento.

En el taller de creación de objetos editoriales, estas frases atravesaron una metamorfosis: las palabras, luego se tinturan con pigmentos naturales; para terminar el ritual deshilando,

hebra por hebra, la trama de cada listón. Simultáneamente, se crearon escritos espontáneos donde reconfiguré la trama de las palabras para tejer poemas que revelan un nuevo paisaje.

Texturas, tejidos, dibujos, poemas y letras reescritas una a una son parte de este libro de artista cuyo propósito no es ocultar la historia, sino transmutar la crudeza de la herida en una «belleza paradójica» que no niega el dolor, sino que lo acoge y lo sublima.

A continuación se muestran algunas de las imágenes y los textos que componen la pieza.



Cuerpos rígidos, reflejos de la inflexibilidad de los pensamientos
Cuerpos inertes, atacados por un enemigo interno
Cuerpos encorvados, fatigados por las presiones de la vida
Cuerpos aislados, caminan en lentitud en medio de la prisa
Cuerpos ausentes, consumidos por la agitación rutinaria
Cuerpos enrollados por las frustraciones del alma
Cuerpos que yacen exhaustos sin energía para la batalla
Cuerpos doblegados, temerosos del juicio ajeno
Cuerpos atrapados en su propio espíritu limitado
Cuerpos desgastados, marcados por el tiempo
Cuerpos que duelen por el sufrimiento de la entrañas
Cuerpos sostenidos por la frágil esperanza de la ciencia
Cuerpos asfixiados, inmersos en elíxires para hallar consuelo
Cuerpos entristecidos, consolados por otros
Cuerpos que luchan por liberar su existencia en quietud
Cuerpos desafiantes se alzan impulsados por el deseo de movimiento

Cuerpo que al estar
inmóvil... extraño.

T

R

E

V

E

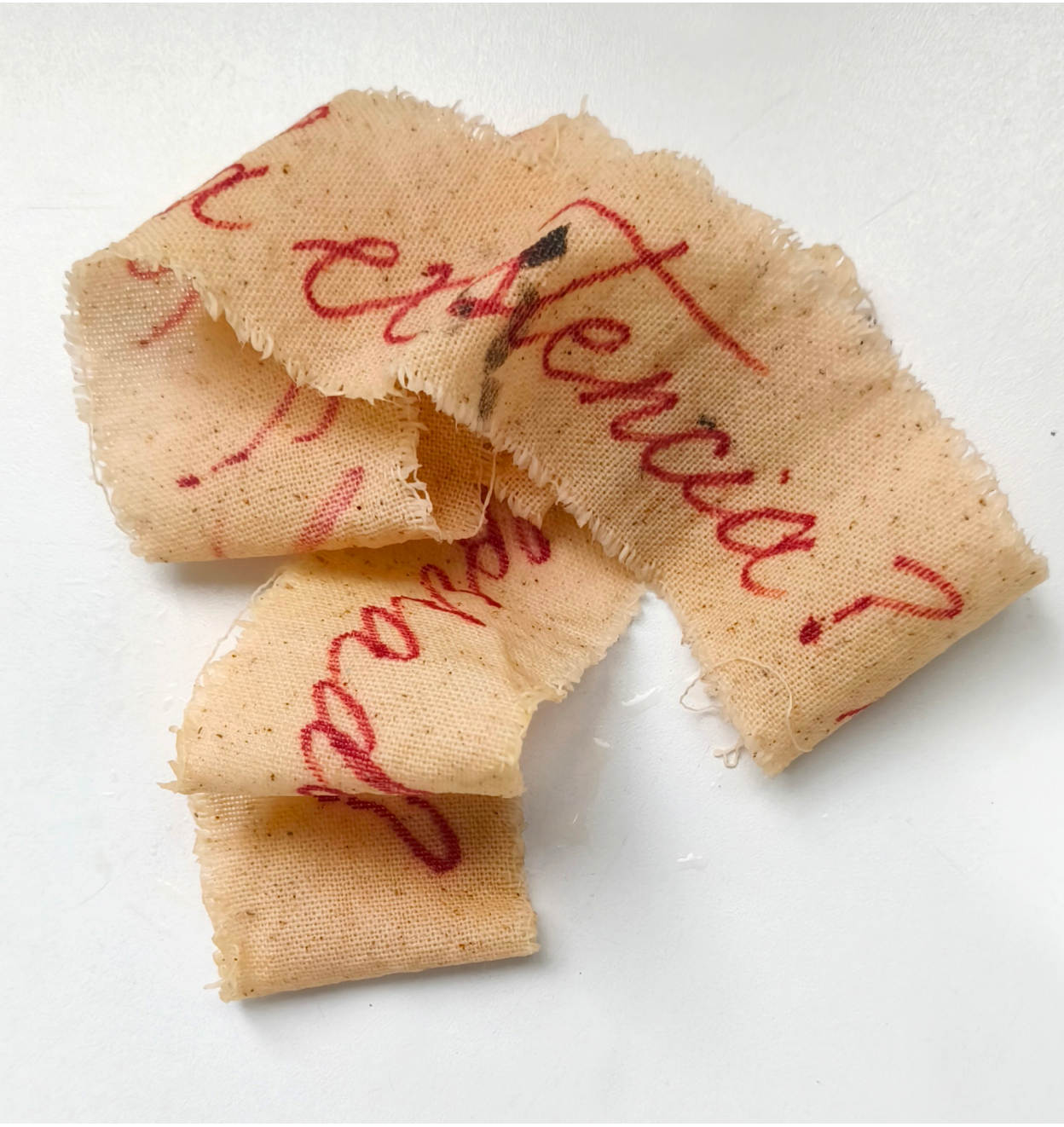
R

la lucha de
mi piel

de no que
os habito
brir el
de mis

entre luz y sombra
entre colores y grises
entre orden y caos
entre callar y estallar

íces



Entrever

la lucha de mi piel

entre luz y sombra
entre colores y grises
entre orden y caos
entre callar y estallar

ENTREOÍR

la batalla de mis poros

ENTRECAVAR
el entorno que habito
para descubrir el entramado de mis raíces

ENTRÉ
cerrando mi corteza
mi tez
pilé el pasado y su pesadez
moldeé la armonía para habitarla
para transformarla
en el pilar donde se entrelazan

LA SAL
LA TIBIEZA DEL VIENTO
LA CARNE

Poema colaborativo 1

Mi cabeza: un pellizco suave. Miles de voces.

El amanecer —sorprende—
te oculto en la intimidad.

Inmóvil.
Lágrimas. Menos. Más.

Soy otra flor de la primavera
en un segundo en la tierra.
dormir3horas hacermi vida.

He vuelto a nacer SOY REAL (*Pater Noster*)
la boca del estómago ¡qué náusea!
Piernas. Vísceras
Ser. Estar aquí.

siento/entiendo.

Camuflado siempre presente la memoria me ahoga.

Ser que respira todos los días. Las lágrimas —suben y bajan— por mi pierna.

Suspiro.

Vuelve a empezar:
un nuevo día.

Poema colaborativo 2

Anclas. Su ruido.
Borra todo.

Dueles.
Deja que me escuche—

sentir el vacío
en el estómago.

Quisiera ser.

A veces…

no.



Algunas cosas que se pueden hacer con las manos

John Jairo Zuluaga

La pelanga

La pelanga es un plato típico de la culinaria popular del altiplano cundiboyacense que se prepara con algunas vísceras de res y de cerdo.

De la vaca tenemos dos tipos de vísceras: las rojas y las blancas. De las rojas sobresalen el hígado para preparar el famoso encebollado o el riñón para hacer guisado con papa, arveja, habichuela y zanahoria. Del bazo de la vaca, también llamado pajarilla, se hace caldo con papa y se baja con arepa. En cuanto a las blancas tenemos el callo para producir el famoso plato «callos a la madrileña» o la tradicional sopa de mondongo. Con la pata se elabora el mute, plato santandereano que además lleva maíz y papa. También se fabrican gelatinas que se cortan en trozos y se cubren con harina de trigo. El libro y el cuajo picados se emplean para preparar la sopa de menudo. Se cocina con tallos, papa, arveja y zanahoria ¿Y qué es la pelanga? Así la define doña Alexandra Pita, vendedora del plato, detrás de la Plaza de Mercado Siete de Agosto:

—La pelanga es un sudado que se prepara con las vísceras blancas de la res —luego enfatiza—: pero hay que tener cuidado con el guiso porque si queda desabrido, se echa a perder.

Las carnes utilizadas en un plato de pelanga son: cuajo, chocozuela, pata, callo, jeta, rila, espina, oreja y cuero de marrano.

¿Cómo se prepara? Dejemos que doña Marta Rueda, vendedora de pelanga en la carrera 45 con 26, nos cuente:

—Es muy sencillo. El libro toca lavarlo muy bien, hoja por hoja, porque está poposeado por la vaca —hace una pausa con un remilgo en la boca para seguir—. Un cliente se asquea si encuentra rila pegada a la carne. La oreja de cerdo toca abrirla con cuchillo bien afilado, se limpia, se chamusca y se raspa —hace un mohín con el ceño y continua—: porque ¿qué tal una oreja con pelos? El resto de carnes se tasajean, luego se cocina cada carne por separado en estufas industriales porque no todas son blanditas; algunas se cocinan durante varias horas. Cuando la carne está cocida se retira, se deja enfriar y más adelante se porciona, luego las presas se meten en una olla grande. Después hago un sudado de papa y yuca y echo todo en un guiso.

—¿Cómo prepara el guiso?

—Lo hago con cebolla, tomate, ajo, achiote y un poquito de maizena para que espese, luego lo riego a las carnes junto con la yuca y la papa.

El guiso tuvo su origen en la comida española, un sofrito con cebolla, ajo, pimienta y comino, pero se mejoró con los productos que aportaron los indígenas como el achiote y el tomate, originario de la región andina y popularizado por los indígenas mexicanos que lo llamaron fruto hinchado o agua gorda. El guiso es determinante porque la preferencia entre un plato y otro lo determina la sazón y el tomate es elemento clave del sabor.

La pelanga es un plato tan famoso en Bogotá como el ajiaco, el cerro de Monserrate, la carrera Séptima, el chocolate y los buses rojos de Transmilenio. Si la pelanga hubiese existido en la época de la Conquista, seguramente no la hubiera comido Gonzalo Jiménez de Quesada, el hombre que

trajo los primeros caballos a la ciudad. Ni la hubiera probado Nicolás de Federmán, el expedicionario que puso a escarbar a las gallinas por primera vez en la sabana de Bogotá. Tampoco la hubiera degustado Sebastián de Belalcázar, que trajo los primeros cerdos y vacas a la ciudad recién fundada. No la hubieran comido porque no era comida digna para un conquistador. Se la habrían cedido a sus soldados de bajo rango para que se la comieran sin dramas de por medio.

En el año 1493, durante el segundo viaje de Colón, se trajeron los primeros cerdos y vacas a América procedentes de España. Llegaron a la isla La Española y de allí aterrizaron en Bogotá transportados en canoas y champanes por los sitios navegables del río Magdalena. En algunos tramos donde se dificultaba la navegación, el ganado era conducido a pie, arreado por caminos y senderos que abrieron los conquistadores en la manigua.

Con la carne de gallina, de cerdo y de res, se diversificó la ingesta de proteína de la población nativa que sufrió el látigo demoledor de los españoles, pero les quedó el consuelo de sentarse a la mesa y comer de manera diferente.

¿Pero qué presas se comían los nativos? No se comieron las mejores porque en el consumo de proteína animal se crearon dos bandos: el de los acomodados que comían carne magra, y el de los marginados que se contentaban con las vísceras de los animales.

Del cerdo son despojos los pulmones, el hígado, los riñones, las tripas y la cabeza, de la que se desprenden las orejas que acompañan la frijolada, plato tradicional colombiano que se sirve también con pezuña y plátano.

La pelanga, preparada con despojos de vaca y cerdo, se ofrece a cielo abierto, en ollas resguardadas por una capa de hule por si llueve o hace sol. Se vende a la salida de canchas de fútbol, en obras de construcción y en otros sitios donde haya aglomeración de gente de extracción popular porque la pelanga es más popular que abrirse paso a codazos en los buses de Transmilenio.

Los invitados más asiduos al banquete de la pelanga son los taxistas, los obreros de construcción y la gente de bajos recursos económicos experta en maromas para hacer rendir la plata. Compran un plato que oscila entre los doce mil y los quince mil pesos, aunque se puede conseguir un poco más costosa si se le adiciona una pieza magra de cerdo o de gallina.

La comida, además de nutrir el cuerpo, es un campo asociado a una escala de valores gastronómicos, donde pesa el poder adquisitivo del fulano, su manera de pensar y su lugar en la escala social. Y así fue desde la Conquista y así fue desde la Colonia y así sigue siendo hoy porque el que come despojos de gallina, de cerdo y de res, es visto con recelo y puede ser objeto de discriminación. Desde la Colonia se formó una identidad alimentaria basada en la jerarquía, la pertenencia a una etnia o la clase social. Lo que comían los españoles era diferente de lo que comían los indígenas y los afrodescendientes y eso les daba un lugar en el orden social. En la Independencia, otros linajes formados en el amasijo del mestizaje y que participaron en la revolución pasaron a engrosar la lista de los privilegiados que tuvieron carta de presentación para sentarse a comer en la mesa de los aco-

modados. Adquirieron nuevos modales, se adscribieron a la etiqueta burguesa y empezaron a comer a la carta.

Cuando hablamos de linaje, hablamos de cocina y cuando hablamos de cocina hablamos de comida de élite, de fiesta, popular y de calle. La pelanga es un plato popular asociado a la calle, a la informalidad y a la falta de protocolo. En la comida de élite, después de la Independencia primó el gusto por la culinaria española, francesa e inglesa. Los productos importados para preparar los platos marcaron la diferencia, al igual que el *glamour* en la forma de comer y de presentarse a la mesa. Aparecieron muchos platos, muchas cucharitas y muchos cubiertos como si el que comiera fuera un ciempiés.

En los vendederos de pelanga las buenas maneras sobran: los comensales no se preguntan si el tenedor va a la izquierda de la comida y les importa un bledo si se cruzan los cubiertos en el plato; entre otras cosas, porque solo la sirven con un tenedor. Si alguien los reprende lo mandan a bañar al tigre. En estos sitios la etiqueta se manda al chorizo y la Urbanidad de Carreño da risa. Aquí es suficiente un butaco, un tenedor, una caja de icopor, una servilleta de papel y aun queda el recurso de limpiarse con el revés de la manga de la camisa. Los comensales generalmente visten de manera desabrochada con *jean*, camiseta, tenis y gorra informal. Muchas veces los obreros de la construcción llegan con los pantalones revocados y con manchas de pintura. No se reservan mesas ni se dan propinas; escasamente se le da un palmotazo en la espalda al vendedor. Y a nivel de modales los comensales quedan en deuda con el cachaco tradicional y lo mandan a que cargue el erizo porque, mientras se come,

se celebra con chistes y carcajadas a todo pulmón. El dueño del restaurante no recibe estrellas Michelin, ni siquiera es reseñado en la industria gastronómica. Antes, por el contrario, lo esconden porque la comida que vende no es fina y se le baja el pulgar. Eso sí, el dueño no paga impuestos, la carne la compra barata y pone el negocio donde se le dé la regalada gana. Su mayor regalo es que el cliente salga satisfecho y contento como en el poema de la pelanga.

Pelanga

En el banquete de Lázaro la pelanga está servida
con guiso de tomate y cebolla
En el banquete de Lázaro pelanga que se respete lleva
libro
cuajo
pata
jeta
cachete
y oreja
En el banquete de Lázaro no cabe Midas ni Epulón
con monedas de oro
porque es suficiente el pago con seis billetes de dos mil
Aquí no hay servilleta de trapo
aquí no hay pañuelo
ni cubierto de plata
porque es suficiente un tenedor plástico.

En el banquete de Lázaro la pelanga también se come con
[la mano
y se limpia la boca con la manga de la camisa
En el banquete de Lázaro hay asientos en el andén
para que la pelanga se sirva en las rodillas
En el banquete de Lázaro la cara es complacencia
de la boca que eructa.

La comida de élite y la comida popular nos demuestran que el estatuto social entra por la boca y que el marrano, como lo crían, come.

Un sitio de comida popular es bueno si hay hartos taxistas estacionados. Y no solo es bueno, sino que además sirven en abundancia porque taxista que se respete come con morro y es superbueno para echar muela. Por los taxistas me enteré de los mejores comederos de pelanga en la ciudad. Casi todos coinciden que la preparan muy bien en la pelanguería de Guti, en la de Miguel, en la de la Mona y en la de don Pedro.

La pelanga de Guti

Está ubicada en la calle 63 con carrera 50. A unos veinte pasos de la entrada del Complejo Acuático Simón Bolívar del IDRD. Su propietario es Alonso Gutiérrez, pero le gusta que le digan Guti, remoquete con que lo conocen en el gremio de taxistas y de yutuberos encargados de difundir platos de comida. Nació en Une, Cundinamarca. Es de palabra precisa. Habla si le preguntan. Si no, permanece más callado que la olla de la pelanga cuando se desocupa.

—Guti, ¿cuál es el secreto para que la pelanga le quede de buen sabor?

—La clave es hacerla con amor y echarle buena sazón. Las carnes deben hervir en el guiso y no simplemente echárselo por encima.

A él la pelanga se la enseñó a preparar un tío, en Chiquinquirá. Hace quince años la vende y lleva tres estacionado donde está. La comida le da para mantenerse él, su mujer y la cuñada que les ayuda.

Los clientes de Guti son en su mayoría empleados de plataformas, taxistas, obreros de la construcción y empleados del Parque de Los Novios, ubicado a pocos metros del lugar.

Su plato tiene buena sazón, pero como es tan barato —catorce mil pesos— lo llena de espina, parte lateral de la espina dorsal de la res. Los que la comen se relamen del gusto, pero deja un poco de cebo en los labios que toca estar retirando a punta de servilleta. Ruperto y Conrado son dos amigos y cada quince días aparecen en el puesto de Guti para almorzar.

—Ruperto, ¿cuánto lleva comiendo pelanga en este sitio?

—Llevo tres años.

—¿Y usted, Conrado?

—Yo apenas llevo un año.

—Ruperto, ¿por qué hay que comer pelanga?

—Porque es buena para las arvejas.

—¿Qué quiere decir?

—Es que dicen que es buena para la potencia sexual —interrumpió Conrado.

—Ah, ya entiendo. ¿usted, Conrado, cree eso?

—Eso dicen, pero yo creo que el tema sexual está es en la cabeza.

Sea mental o no, muchos creen que la pelanga produce milagros, pero la mayoría de los que encuesté dicen que toca comerla con moderación porque, si no, les pasa lo de Juan Orozco, asiduo comedor de pelanga en el Siete de Agosto, que tiene barriga de luchador de sumo y parece que tuviera un embarazo de nueve meses y medio. Yo por ahora recomiendo comerla con moderación si no quieren morir fulminados por un paro cardíaco.

Si Ruperto quiere mejorar su desempeño en el colchón debe consumir ostras, chocolate negro, frutos secos y rojos, aguacate, sandía, azafrán, jengibre y pescados azules porque contienen zinc, vitaminas, grasas solubles y antioxidantes que pueden contribuir a una mejor función sexual. Los alimentos que afectan la potencia sexual son aquellos con alto contenido de grasa saturada, azúcar y sodio.

La pelanga de Guti, además de llevar espina, contiene cachete, pata y oreja, pero no trae cuajo ni librillo, carnes apetecidas en una buena pelanga; sin embargo, como vísceras, tienen gran poder nutritivo.

Las vísceras blancas de la res, que conforman la pelanga, son verdaderos superalimentos con un alto contenido nutricional que incluye proteína, colágeno y minerales como magnesio, fósforo, potasio, zinc y hierro; además contienen vitaminas del complejo B. Se debe tener en cuenta que son alimentos con alto contenido de purinas que aumentan el ácido úrico en el cuerpo. No es recomendable su consumo para las personas gordas, hipertensas y con colesterol elevado por su alta carga de colesterol y grasa saturada.

La pelanga de Miguel

Miguel lleva la cabeza embutida en una gorra de visera larga. Nació en el barrio San Cristóbal, al sur de Bogotá. Acostumbra a llevar delantal rojo y camisa blanca para ganar en pulcritud.

De su negocio viven él, su mamá y sus dos hijos. Mientras vendía, un amigo se le acercó.

—Miguel, ¿cómo sigue?

—Yo bien, ¿por qué?

—Me dijeron que había estado enfermo.

—Sí, me operaron de la matriz.

Interrumpí el jolgorio de los tertuliantes.

—¿A cómo la pelanga?

—A veinticinco mil.

—¿Por qué tan cara?

—Es que es la mejor de Bogotá.

El puesto de Miguel está ubicado en la carrera 45 con calle 44, a poca distancia de la entrada a la Universidad Nacional, costado occidental, entrando por Radio Televisión Nacional de Colombia, antiguo Inravisión.

La mamá de Miguel, María Arcelia López, es conocida como la Reina de la Pelanga, no solo porque es una de las más viejas en el oficio, sino también porque el plato que prepara con su hijo es considerado uno de los más exquisitos de la ciudad.

Su hijo Miguel heredó el negocio, también el apodo que lo identifica como el Rey de la Pelanga. Lleva veinticinco años en el oficio y para ser digno merecedor del apodo se esfuerza porque su pelanga tenga vísceras de calidad.

—Yo heredé el negocio de mi mamá. Ella me dijo que eso era lo que me iba a dejar. La herencia fueron dos ollas, los secretos del oficio y, no es por nada, pero fue mi gran bendición.

Y es una bendición grande porque las ganancias diarias pasan de trescientos mil.

Miguel fuera de pelanga vende sobrebarriga, costilla de res, cerdo y gallina, y es usual que los compradores de pelanga la acompañen con los otros platos que vende.

La pelanga de Miguel lleva libro, callo, espina, pata, cuajo, papa y yuca, que le alcanza a uno hasta para llevar a la casa y prepararse la cena.

¿Es la pelanga de Miguel digna de un rey de la pelanga? Por la sazón, sí; es una de las mejores que la gente puede probar.

Los comensales de Miguel apuraban la pelanga como si les fueran a quitar y comían con avidez, la mirada satisfecha y el vientre agradecido. Vi comiendo pelanga a funcionarios del canal de radio y televisión, choferes de buses empresariales, funcionarios públicos, policías y taxistas.

Miguel vende las carnes que más se consumen en el país, a excepción del pescado, que tiene nichos propios de venta.

Según Fedegán, Bogotá consume 163.000 toneladas de carne bovina al año y en promedio un bogotano se come 19 kilos por año, uno y medio más que la media nacional. Dentro de ese porcentaje se incluyen las vísceras rojas y blancas que se usan en la alimentación por el bajo costo en el mercado. Por ejemplo, en el supermercado Zapatoca de Bogotá, se consigue una libra de callo por nueve mil doscientos

cincuenta pesos, una libra de chunchullo de res por tres mil doscientos cincuenta y una libra de carne de espina por cinco mil pesos, mientras que la carne de primera es costosa y no es asequible para vastos sectores de la población que no la ven ni en revistas de consumo.

Según precios reportados por la central mayorista de Paloquemao en este año, 2025, los precios de la carne se mantienen estables: valen catorce mil pesos la libra de pierna, cadera, y lomo. A dieciocho mil la punta de anca y el lomo fino a veinticuatro mil. Pero como el precio de la carne bovina ha aumentado en los últimos años, el pollo se ubica como la proteína de preferencia con un consumo de 35 kilos por habitante, cifra que dobla la de la carne de res. En tercer lugar, se ubica el consumo de cerdo por su bajo costo y hoy alcanza un consumo per cápita de 14,7 kilos por año, muy por encima de los tres kilos que se consumían en 2010.

Como se puede ver, la opción de las vísceras sigue siendo una alternativa en la alimentación y muchos las disfrutan mediante el plato de la pelanga con su guisado de yuca y papa.

La pelanga de Alexandra Pita

Es una mujer bajita, de pelo recogido, ligeramente amonado. La llaman la Mona. Es amable y se interesa por el cliente, que trata con palabras amables. Su tez es blanca, ligeramente bronceada por el sol, que a medio día abandona los cerros orientales.

Vende platos de doce, quince y dieciocho mil.

—Deme de la de dieciocho. ¿Esa va con todas las carnes?

—Con oreja de cerdo, menudo, espina, chocozuela, chunchullo grueso, papa y rila.

—La quiero sin rila.

—Como ordene, patrón.

A la rila se le conoce como tira tira o rompecamisa. Es un cartílago blanco, fibroso y duro que hace parte de la canal delantera de la res.

Los platos se sirven en mesas plásticas acompañadas de butacos de madera, en un andén donde reposa una flota de motos parqueadas mientras sus dueños realizan compras en la plaza de mercado.

La pelanga de la Mona se sirve con harto guiso. Un guiso hecho solo con aceite, cebolla, tomate y achiote, pero ella sabe la maña para que coja buen sabor. Las carnes de su plato como el intestino grueso y la oreja de cerdo, que generalmente son piezas duras para meterles el diente, quedan blanditas. Rubén, un taxista, dice que en el puesto de Alexandra se come la mejor pelanga de la ciudad. Hace seis años que viene al sitio y una vez a la semana se sienta con plato en mano. Es un pelanguero nato porque la come desde los diez años y la recomienda por su poder nutritivo a base de colágeno y proteína.

La Mona lleva quince años vendiendo pelanga, pero su mamá, completa cuarenta y casi la triplica.

El Zar de la Pelanga

Lo llaman el Zar de la Pelanga y se llama Pedro Antonio Cárdenas. Es bajito, pero no tanto. De cara ancha, pelo y bigotico color alambre. Lleva la mirada serena como el que ha toreado vendavales y nada lo perturba. Como el que enfrenta un toro y lo capotea con mirada serena y banderilla firme.

—Cómase la pelanga primero y después me paga.

Cuando iba en la mitad del plato se acercó para decirme:

—Tome, le encimo este otro pedazo.

Es oriundo de Bogotá y nació en 1941. Viste informal. Pantalón y chaqueta de *jean* y lleva su cabeza tapada con una gorra café. Su puesto está ubicado en la carrera 7 con calle 157. Lo atiende de cinco a diez de la mañana, hora en que su ollononón se desocupa.

Sirve la pelanga en pequeñas canastas, hechas de tejido vegetal. A cada cliente le entrega la comida con dos servilletas supergrandes y no las que son como transparentes que no sirven para nada. El puesto lo tiene contra un muro lleno de grafitis que acentúa la popularidad del negocio, así esté en una zona pudiente donde se alzan grandes edificios. El hombre madruga todos los días procedente del barrio Florencia, localidad de Engativá. Las ganancias diarias de don Pedro superan los doscientos cincuenta mil pesos y se da el lujo de decir:

—Con las ganancias de la pelanga saqué a un hijo ingeniero forestal, y a mi hija, que es auditora en un banco.

—¿Y ellos comen pelanga?

—Nunca comieron y menos ahora que son recatados.

—Don Pedro Antonio, hay una señora a la que le dicen la Reina de la Pelanga y afirma que le dicen así porque lleva cuarenta y un años en el oficio y fue la que lo fundó en Bogotá.

—Yo llevo más. Tengo 57 años de estar vendiendo.

—¿O sea que le sienta bien el apodo del Zar de la Pelanga?

—Y no solo por los años, sino también por la buena sazón, el aseo en la preparación, el amor que le pongo y por la buena atención que le doy al cliente.

Don Pedro recuerda con nostálgico orgullo el inicio del negocio a lo largo de la carrera Séptima por el norte.

—Mi papá quedó invalido de por vida. Mi mamá, para mantenerse, siguió el consejo que le dio el doctor José Luis Martínez Cárdenas, un constructor que le dijo que comprara las carnes más baratas de la res y las guisara para vendérselas a los obreros de construcción. Así hizo y así fue como apareció la pelanga en Bogotá. La empezamos vendiendo en una olla grande montada en un carro de balineras. Mi madre, Alejandrina García de Cárdenas, fue la fundadora del oficio. Siempre tuvimos el puesto sobre la carrera Séptima, cerca de las obras de construcción. Empezamos en Bohíos, en la 116, después en la 134, luego en la 152 y ahora aquí, en la 157.

La pelanga de Pedro Antonio lleva libro, cuajo, espina, pata de res, cuero de cerdo y la sirve con cuatro papas y cinco, si el cliente pide otra. La carne es muy blandita, tiene buena sazón y el guiso lo hace de manera casi silvestre: solo cebolla, tomate y aceite. Dice que, para que el cliente quede satisfecho, se le deben dar las carnes que pida y no echarle todo el repertorio disponible en la olla.

Don Pedro me cuenta que la tradición de la pelanga viene en declive porque antes pululaban los puestos de venta sobre la carrera Séptima y hoy escasamente hay dos. Sin embargo, la tradición se mantiene en competencia con gustos culinarios venidos del extranjero.

Los secretos de la pelanga

Todo oficio tiene sus secretos, pero los de la pelanga no lo son porque se sabe que una pelanga marca la diferencia cuando tiene buena sazón. Una simple sazón con cebolla y tomate es suficiente para cautivar a los comelones, siempre y cuando esté en su punto y se calcule instintivamente cuánto debe llevar de cebolla, cuánto de tomate, cuánto de aceite y cuánto de sal. Según los clientes que han recorrido pelanguerías de Bogotá, la sazón de don Pedro es la mejor, sin desconocer la de la Mona, que fuera de tomate y cebolla lleva achiote y la de Miguel, que lleva ajo.

Una pelanga se distingue de otra por la cocción; entre más blandita, mejor, y el paladar en términos de gustos lo agradece. Si se cocina en ollas diferentes, mejor, porque no todas las carnes son blanditas y otras demoran en cocinarse. ¿Y qué tal usar olla a presión?

—Doña, Marta, ¿por qué no usa olla a presión?

—Mucha gente me dice que use olla a presión para que me rinda, pero yo contesto que no es lo mismo cocinarla con ese tipo de ollas porque le quitan el sabor a la carne. Además, en una olla corriente se mantiene el sabor y uno puede ir metiéndole el tenedor para darse cuenta cuando la

carne está blandita, para retirarla, y dejar las más duras para que se cocinen en más tiempo.

Guti y don Pedro duran cocinando las carnes de la pelanaga durante ocho horas; la Mona, Alexandra Pita, la cocina entre las siete de la noche y las once de la mañana, por eso es uno de los platos con las carnes más blanditas, y la de Miguel dura cuatro horas y media, de la una de la mañana a las cinco y media, razón por la cual el callo de su pelanga es duro al morderlo.

La higiene de la pelanga

Es crucial. No todos los vendedores de pelanga compran en sitios confiables. La Mona Alexandra la compra en la Plaza de Mercado de Fontibón y el Siete de Agosto, sitios donde la carne es recomendada. Guti compra las carnes en el frigorífico de Guadalupe, que queda en la autopista sur, con carrera 66. Miguel y don Pedro mercan en el Frigorífico San Martín por higiene y porque saben que las vísceras están protegidas en vitrinas refrigeradas. Guadalupe y San Martín son los más grandes abastecedores de carne de la ciudad; sin embargo, don Pedro es desconfiado.

—Yo en el Frigorífico Guadalupe no compro ni una libra de hueso.

Don Pedro lo dice porque en las afueras del frigorífico los resteros venden vísceras en mesas al aire libre, sin tapabocas, sin vestido apropiado, en medio del hollín de los carros, el zumbido de las moscas y el bostezo de los transeúntes.

Por eso, antes de comer pelanga es bueno cerciorarse de la higiene del proveedor de la pelanga, para que no le vayan a meter gato por liebre y no termine intoxicado en un hospital de urgencias donde es probable, si está abarrotado, que salga con mortaja.

Compradores de mostrar

Guti se enorgullece porque le vendió pelanga a Epa Colombia, la yutubera encarcelada por bolearle martillo a una estación de Transmilenio en la época del Estallido Social, en el gobierno de Duque.

Miguel saca pecho porque a su puesto ha venido a comer Tulio Recomienda, influencer de gastronomía; el Titi, apodo del actor Gregorio Pernía, conocido por su papel en la serie *Sin tetas no hay paraíso*; la pesista María Isabel Urrutia, exministra del Deporte; y el gobernador de Cundinamarca.

Alexandra no se queda atrás y se vanagloria porque a su puesto de pelanga han venido a comer: Steven, el influencer; Aliento de Dragón, el tiktoker dedicado a la comida, y Ángelo, el concejal.

Pedro es el más visitado por personajes ranqueados. Dice que de su pelanga comieron Fernando González Pacheco, los senadores Roberto Quintero y Antonio Laguedo, María Luisa de Charry y la alcaldesa de Usaquén.

Todos los personajes famosos que han comido pelanga, siendo de estrato social alto, ayudan a popularizar un plato

de marca popular. Al ser figuras públicas, arrastran a la gente a su consumo.

Entretanto don Pedro, Miguel, junto con sus madres, Alejandrina y María Arcelia, seguirán siendo los reyes de la pelanga, mientras la tradición perdure y el plato se mantenga como el plato típico de los sectores populares de Bogotá.

El proyecto «Kit para plegar» fue creado en el taller distrital de exploración en creación de objetos editoriales y nace en el cruce entre el diseño, la escritura poética, el oficio manual y la memoria afectiva. Se sitúa en una Bogotá gris, caótica, hermosa; en un tiempo marcado por la aceleración digital y la necesidad de volver al gesto lento. En este contexto, plegar papel es acto de resistencia, cuidado, archivo íntimo.

Es un gesto que se opone al olvido, a lo plano, al ruido. Plegar es tiempo encarnado, un modo de pensar sin pantalla, de reencantar la materia cotidiana.

Plegar papel es una forma de escribir con el cuerpo.

Es un acto de archivo afectivo que convierte la hoja en superficie de memoria. Doblar es habitar lo mínimo, es decirle al olvido: «aquí estuve».

Es una escritura sin tinta, un poema táctil, una herida que se vuelve flor.

—---------

Según una antigua tradición japonesa, una hoja puede blandirse, marcar líneas, plegarse e imprimir su memoria en cada línea: un camino, un laberinto paso a paso va y viene, pierde su planicie y gana dimensión. Dibujar cada letra que se levante de la hoja, se convierta en superficie, busque espacio en el cuerpo y fuera de él. Escribir como quien diseña una casa: la imagina, la nombra, la construye, la habita.

Doblar papel es un acto de meditación, un reflejo de la memoria humana que guarda en sus pliegues secretos que no se ven a simple vista. Cada doblez es una fisura contenida, una marca sutil que transforma la hoja en un espejo de nuestras propias huellas. Un recuerdo que no se borra. El papel tiene memoria; al ser plegado, conserva cada trazo, cada presión, cada herida leve que le imprimen nuestras manos. En sus dobleces queda el rastro de la reminiscencia: un trauma que no se ve, pero se siente en cada curva, en cada vértice. Un fragmento de vida atrapado en una forma hermosa y fugaz, una flor que se abre por un instante antes de cerrarse, como la evocación que emerge de repente y desaparece en la bruma de la mente.

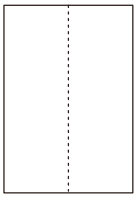
A continuación se muestran algunas de las imágenes y los textos que componen la pieza.


PÁJARO
1 papel cuadrado | plegadera
PASAJEROS DE PAPEL
MA-NI-FIES-TO
PASAJEROS DE PAPEL
PASAJEROS DE PAPEL
KIT PARA PLEGAR
Primera edición Septiembre de 2025
Este objeto editorial se desarrolló en La Zinteca
Localidad Barrios Unidos - Bogotá D.C.
TALLER DISTRITAL DE EXPLORACIÓN EN CREACIÓN
Acompañamiento y asesoría
Catalina Salazar
Andrés Frix Bustamante
Impresión Belopapel
Diseño, edición y producción
Pasajeros de Papel


PASAJEROS DE PAPEL
MA-
NI-
FIES-
TO
PASAJEROS DE PAPEL
KIT PARA PLEGAR
LISTA PARA DESPLEGAR
contenedor - precinto
esto Pasajeros
cciones para ple
peles 10x10 cm
peles 5x5 - 4x4
dera (varita mági
- hojas (mensaje
(siempre es hoy)
inventario
dición Septiembre de 2025
o editorial se desarrolló en La Zinet
Barrios Unidos – Bogotá D.C.
ISTRITAL DE EXPLORACIÓN EN CREA
OS EDITORIALES
IDARTES

MA-
NI-
FIES-
TO

PASAJEROS DE PAPEL

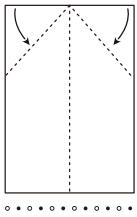


Soy hoja errante
plana
silenciosa
sin destino
en tus manos
me descubro
viaje.



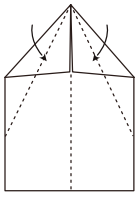
El pliegue
es mapa
una línea
en mi piel
abre un horizonte
una esquina
que se busca
y se halla en el doblez
descubre otra
geografía.

Creo en el tiempo
que mira despacio



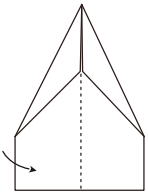
en la pausa
        que escucha
en la contemplación
        que deja
seguir mi sombra.

Mi oficio
es dialogar contigo
sentir la presión
de tus dedos
intuir tu duda
       tu deseo



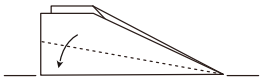
invitarte a explorarme
lo que aún no sé
que puedo ser.

Me mueve
        la curiosidad
la alegría
        del hallazgo



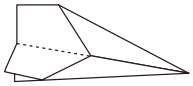
el error
como puerta secreta
como ruta nueva.

En cada pliegue
guardo memoria
del bosque que fui
del cuerpo que me
dobla



del gesto
que me convierte
en objeto.

Guardo la prisa
en un cajón
celebro lo hecho
con tu
cuerpo

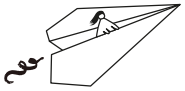


la huella que dejas
permanece
y me
transforma.

Soy
Pasajeros de Papel

taller
juego
experimentación

palabra que se pliega
imagen que se abre
historia
que se despliega
en tus manos.



Biografías

Niña Tigre. Artista, autora e ilustradora. Su centro es la narrativa gráfica: desde allí crea cómics, edita fanzines y publica historias. También pinta y acompaña procesos comunitarios de apropiación del espacio público.

A través del Proyecto Año 100 del Cómic Colombiano, divulga la historia del cómic del país. Ha participado en la exposición «¡Extra, extra! Los orígenes del cómic en Colombia» en la Biblioteca Nacional (noviembre de 2025–mayo de 2026) y fue colorista en la publicación *Don Guillermo*, la biografía ilustrada de Guillermo Cano.

Mariana Ortiz Navarro. Artista visual radicada en Bogotá, Colombia, formada en Artes en la Universidad El Bosque. Su práctica se sitúa en el cruce entre la palabra escrita y hablada, el sonido y el libro como dispositivo expandido. Trabaja desde formatos que dialogan con la gráfica: diseño editorial, dibujo, grabado, entendidos como espacios de experimentación más que como disciplinas cerradas.

En los últimos dos años ha orientado su formación hacia prácticas multidisciplinares que exploran la relación entre lenguaje, publicación y escucha. Actualmente investiga las escrituras expandidas y las fricciones que surgen cuando la palabra se desplaza entre lenguaje y materialidad. En este momento su

interés temático se sitúa en una aproximación poética a las relaciones posthumanistas.

Johan Ardila Espinel. Abogado y magíster en Estudios Literarios. Acompaña procesos jurídicos, comunitarios y colectivos en asuntos agrarios, ambientales y territoriales, articulando su ejercicio profesional con la escritura literaria. Es autor del artículo «El libro abierto del territorio. Una lectura del territorio ancestral de la Línea Negra», resultado de su tesis meritoria, que hace parte del libro *De sur a sur: América Latina y el Caribe como región: resistencias decoloniales, autoconsciencia y diálogos subalternos en el campo de la teoría y la historia literarias* del Departamento de Literatura de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, que está en proceso de publicación.

Victoria Franco. Migrante venezolana. Egresada del programa de Diseño Gráfico de la Universidad Nacional de Colombia, apasionada de la literatura, la ilustración infantil y la narrativa gráfica. Su trabajo de grado *Echar raíces* fue incluido en la base de datos Proyectos Académicos Destacados, gRADo, de la Asociación Colombiana Red Académica de Diseño, RAD; una plataforma destinada a la promoción del diseño, el reconocimiento de estudiantes destacados y el aporte

del diseño al país. Amante de las historias de vampiros y las óperas espaciales.

Diego Israel Ramírez Suárez. Biólogo de profesión, amante de la vida, su complejidad, armonía e incipiencia. Sus primeros pasos en la escritura los dio en compañía de su madre; sus primeras cartas llevaban su nombre como remitente, y ella soportó la letra poco legible, el uso impreciso de los signos de puntuación y la ortografía incipiente. Fue su primera y más fiel lectora.

En la actualidad, utiliza la escritura como herramienta de divulgación. Le interesa especialmente narrar los procesos que se desarrollan al interior de las células: fenómenos invisibles, imperceptibles a simple vista, pero que, de una u otra forma, hacen posible aquello que denominamos vida.

Juan Pablo Benavides. Nació en una casa donde todo estaba por hacerse. Hijo mayor de María Inés Pereira y Guillermo Benavides, creció entre el estudio de su padre en la Universidad Nacional y el cuidado de su madre. A los ocho años, ella lo dejó en la puerta del teatro Arlequín para ver *Furia de titanes*; al salir, tuvo que regresar solo. Desde entonces volvió cada domingo. En esa sala descubrió una forma de mirar. Hoy, su trabajo audiovisual se centra en comunidades populares, mujeres y población LGBTIQ+; narra desde sus realidades como una forma de memoria y resistencia.

Luis Narváez Gallardo. Dramaturgo, director y gestor cultural chileno radicado en Bogotá. Ha cursado estudios en artes escénicas y gestión cultural en diversas instituciones de Chile y Sudamérica, y actualmente adelanta una maestría en Gestión Cultural en la Universidad del Rosario. Ha recibido becas de creación en Chile e Iberoamérica, y trabaja como gestor cultural y creador de contenidos artísticos para múltiples organizaciones. Es director de *El niño del plomo*, financiada por Fondart 2019, y en 2021 obtuvo la beca Iberescena para investigación dramatúrgica en residencia en Bogotá.

Omaira Joya. Artista plástica, habita y explora el cuerpo desde la escritura, las imágenes y el *performance*. Por medio del caminar ha deseado ser piedra, quebrada y musgo; al transitar el tiempo se ha preguntado sobre el vacío y la ausencia corporal que habitan los objetos más íntimos de los seres humanos; también atravesó la repulsión de un cuerpo no deseado, y los cambios corporales producidos por vínculos humanos como el amor y el desamor. Actualmente le interesa el cruce entre experiencia personal, cuerpo y ficción; siendo el cuerpo un campo sensorial y lo imaginario, la intimidad que transcurre para que el cuerpo detone y construya un espacio.

Oscar Fabián Triana Méndez. Director, productor e ilustrador egresado de Diseño Gráfico y especialista en Animación de la Universidad Nacional. Creador de *Star Wars in a Notebook*, *Zapatos* y *En medio de la nada*, cortometrajes premiados en festivales de Colombia y América. Ilustrador publicado en antologías de UDON/CAPCOM. Formación en narrativa gráfica en los Talleres Distritales de Escritura y en SmithsonianX. Miembro del Colectivo Ruanitas de fanzines independientes. Artista de *storyboard* en los largometrajes *Desechable* y *Mi papá el camión*. Creador de «Kharon» (publicado en *Bogotá cuenta 2024*), desarrollado junto a «EX» como transmedias que fusionan cómic y animación.

Fernando Corzo Garavito. Nació el 21 de marzo de 1986 en Bogotá. Literato de profesión, corrector de estilo y traductor. También cuida perros y practica zen. En 2021 participó en el taller distrital de poesía, dirigido por el poeta Federico Díaz Granados, y en 2025 en el taller distrital de profundización en poesía y registros poéticos, dirigido por John F. Galindo.

Dalila Ortiz Muñoz. Nació en Bogotá. Habita esta ciudad. Tiene costumbres surcolombianas porque su mamá era de montañas perdidas en Nariño (Taminango), y su papá, de otro pueblo montañero perdido (San Francisco, Putumayo). El nombre de su alter ego germinador, La Seuci, deviene de la leyenda fundacional Yuru-

pary. Prefiere a los seres que no tienen voz y habitan de manera imperceptible. Siendo docente descubrió a la ilustración como herramienta y a la narrativa gráfica como recurso; resultado de esto: «El Distritalino». Sigue dibujando especies no humanas y viviendo, no sabe muy bien en qué plano y menos hasta cuándo.

Miguel Ángel Espinosa Borrero. Comunicador social de la Universidad Santiago de Cali y magíster en Creación Literaria de la Universidad Central. Cuenta con más de 13 años de experiencia en la escritura de crónicas y cubrimientos periodísticos.

Nathalia Afanador. Autora, narradora digital y profesional en Lenguas y Cultura. Su enfoque literario está en la novela, el cuento y el ensayo. En su obra busca ir más allá de narrar una serie de eventos para resignificar los objetos, los lugares y las emociones cotidianas. En 2024 recibió el premio Mannheim Stadt der Deutschen Sprache por su relato corto en alemán titulado «Am Teetisch», el cual fue publicado el mismo año en el periódico *Mannheimer Morgen*. En 2025 publicó su primera novela: *Ojales*, con la editorial colombiana Palabra Herida.

Verónica Toro. Antropóloga, bailarina y gestora cultural. Tiene un colectivo con una amiga donde proponen

una red de cuerpos afectivos indisciplinados por medio de prácticas sensibilizadoras. A veces trabaja en vestuario para cine y televisión. Le gusta bailar salsa y perrear.

Carlos Guineo. Nació en la tierra de Shakira y del Carnaval, estudió las artes de pararse en escena y se autodiagnosticó con el don de la palabra. Anda por la vida con desparpajo, la recocha es su *performance*, sale a bailar cada fin de semana y está planeando mudarse al mundo digital o convertirse en un poema, lo que pase primero.

Juana Carolina. Profesional en Creación Literaria de la Universidad Central, correctora académica, editora y reseñista. Ha publicado algunos de sus cuentos en el *Magazín cultural* de *El Espectador*, y sus reseñas en los periódicos *El País* (Cali) y *El Colombiano*. En 2025 publicó su antología de cuentos *Instinto de partida*, donde explora la sensibilidad femenina desde una narrativa pop, íntima y contemporánea. Su escritura se mueve desde Karol G, Rosalía, Shakira hasta Clarice Lispector, Marvel Moreno, Pilar Quintana y García Márquez. Escribe desde Bogotá, entre playlist, símbolos y preguntas sobre el amor, la identidad y el deseo.

Diana Oquendo. Magíster en Economía, amante de las empanadas y escritora en construcción. Sus primeras libretas estuvieron llenas de chismes y confidencias, hasta que un día, motivada por JJ, comenzó a escribir poesía.

Aunque sigue vinculada al registro poético, actualmente explora voces híbridas en las que la narración adquiere un papel protagónico. Su formación ha estado marcada por las becas de Idartes, la compañía de amigos literatos y la influencia de *Altazor*. Aún no cuenta con premios ni publicaciones, pero, según afirma, hay veladoras encendidas por su camino.

Natalia Guadalupe. Artista bogotana. Se deja seducir por las imágenes y le gusta andar en bicicleta. Es catadora de papas rellenas y del ají en bolsa de los asaderos. Natalia dibuja a Galatea, su perra. La dibuja porque casi no sueña con ella. Es un animal multiforme y mágico, se convierte en cocodrilo o en grifo según la historia a contar. Su nombre es un rezo para que lo fantástico cobre vida.

Rodrigo Beltrán M. Diseñador industrial egresado de la Universidad Nacional de Colombia, ilustrador y *concept artist*. Ha desarrollado su carrera principalmente en medios audiovisuales como director gráfico, creando universos visuales con un fuerte enfoque narrativo.

Su trabajo en formato cómic explora historias que mezclan elementos del trópico gótico y la fantasía an-

dina, abordando imaginarios y mitos propios del territorio del páramo. A través de estas atmósferas, cruza lo ancestral con lo contemporáneo en propuestas cargadas de identidad y una búsqueda estética personal.

Luz Eliana Garzón (@LuzTonal). Se mueve entre manchas, líneas y color. Ama la naturaleza, se interesa por su cuidado y cuestiona la interacción que tiene el ser humano con ella. Decidió unir su conocimiento en diseño, narrativa e ilustración a su amor por el medio ambiente. Le gusta narrar lo que parece invisible y jugar a crear mundos de grafito, tintas, carboncillo y de cualquier material con el que pueda experimentar. En el 2026 participó en dos antologías: «Como si el mundo aún tuviera tu forma» con algunas ilustraciones y, aquí, en Bogotá cuenta 12, con su cómic «Volver al origen».

Andrea Martínez. Profesora de lenguas de la Universidad Pedagógica Nacional que se ha inclinado por la escritura desde el aprendizaje intuitivo y la formación académica en talleres de apreciación y creación literaria. Entre ellos, talleres de escritura de ficción de la Universidad Central (2022) e Idartes (2021, 2022, 2025), así como en talleres de cuento y novela intimista con la escritora María Antonia León (2024).

Adicional a ello, ha entrelazado su vocación pedagógica con el empoderamiento de la mujer, rea-

lizando talleres de lectura y escritura creativa con alumnas de bachillerato de contextos vulnerables y con mujeres víctimas de la violencia y el abuso sexual.

Caro Lenis. Psicóloga, pedagoga y periodista colombiana. Sus experiencias fluctúan entre educación, comunicación y psicología comunitaria con particular interés en las narrativas de la memoria, el cuerpo y la experiencia vital de la disidencia de género.

Combina la docencia universitaria, el acompañamiento pedagógico y el periodismo con la escritura creativa. Explora formas híbridas entre la crónica, el relato y la poesía. Ha publicado en proyectos editoriales como *Juana Ficción* de la Universidad del Valle y en la antología *El Valle Relata* de Ediciones El Silencio.

Reside en Colombia y continúa desarrollando proyectos educativos y narrativos. Oficia como escritora presunta, *amateur*, dándole rienda suelta a pulsiones que insisten en desatar el río de su lengua.

Paola Escobar. Es la divinidad habitando a Paola, un personaje diseñado para recordarle a ella quién es. Le otorgó una curiosidad espiritual insaciable que la condujo por religiones asfixiantes. Eligió para ella una madre distante. Tras años de soledad y silencio, a los catorce, el descubrimiento de la lectura le reveló mundos infinitos. La hizo apasionada; se estrelló y transitó la locura hasta hallar el amor. Conoció la pureza de un

ángel de cuatro patas. Hoy comprende que la vida es simple, que su lenguaje es el silencio y que solo existe el eterno presente.

Santiago Duarte Novoa. Profesional en Antropología. Escribe sobre mundos que inquietan, tiempos desplazados y malos chistes que toman forma de relato.

Entusiasta del intento, de la ciencia ficción, de las plantas de interior y del vallenato. Ha trabajado en distintas áreas de las Ciencias Sociales, donde ha encontrado tanto la belleza de la diversidad humana como la vileza de los actos que buscan recortarla. Participó en el taller de profundización en ficción «Formas de la imaginación», un espacio para escribir junto con otrxs sobre mundos distintos y, de alguna manera, seguir con el problema.

Jaime Enrique Barragán Antonio. Artista plástico y magíster en Antropología. Desde la década de los noventa ha venido desarrollando diferentes procesos de trabajo y acompañamiento en el ámbito comunitario, focalizados, principalmente, en la localidad 5ª: Usme. Ha participado en distintas organizaciones y colectivos alternativos; entre estos, en la creación de la *Revista Surgente: Letras informales*, en la que publicó la serie de crónicas: «Aventuras del Neoñero». Hizo parte de la publicación del colectivo *Surgente: No traiga machete que aquí le damos. Relatos de Usmekistán*. Su

trabajo parte de las relaciones con Usme, de su hacer como artista y formador.

Juan Pablo Bustamante Moreno. Ingeniero de sistemas y computación, galardonado por la Sociedad Colombiana de Ingenieros con el Premio Manuel Ponce de León. Actualmente se desempeña como *freelancer* y docente de educación superior; sus formaciones complementarias en cine y literatura se inscriben dentro de un perfil profesional que refleja su identidad diversa. Sus textos, que hibridan la narrativa de ficción, los poemas y la crítica cinematográfica, han sido publicados en antologías benéficas (*Fuera de tiestillo: Cactus*), periódicos estudiantiles (*Corriente Alterna*), fanzines (*Cuerpos Disidentes*), blogs personales (*Pluma Fílmica*) y compilaciones de ciencia ficción latinoamericana (*Máquinas Mestizas,* Ed. Loqueleo).

Daniel Orozco. Afuera, enseña lenguas muertas. Adentro, es amigo de Choco, perro bravo. A veces afuera y a veces adentro, escribe poemas.

Vivian Andrea Niño Gutiérrez. Profesional en Estudios Literarios y maestrante en Discapacidad e Inclusión Social, cree en el poder de la letra corpórea, en las palabras sin forma y en las oraciones tejidas. Se encuentra en la eterna búsqueda de una narrativa que no tenga ni una

palabra, pero que lo tenga todo: imágenes, sonidos, texturas y sabor. Sus ilustraciones nacen de sus manos cuidadoras, artesanas y engativeñas. Cuando sea grande quiere ser una mujer investigadora de los estudios editoriales inclusivos, comunitarios y rebeldes.

Laurandrea Torres Martínez. Antropóloga y abogada de formación, escritora, periodista y comunicadora por vocación. Tiene más de cinco años de experiencia en medios tradicionales y alternativos, así como en organizaciones y plataformas digitales, en los que ha narrado asuntos de derechos humanos, violencia de género y justicia ambiental. Su acercamiento a estas realidades nutre su escritura, pero ha sido la ficción el puente que le permite explorarlas desde otro lugar. Está convencida de que los talleres de escritura creativa del Instituto Distrital de las Artes de Bogotá le dieron sentido a su escritura.

Flor Miryam Peñuela Capacho. Mujer bogotana, naturalista enamorada de la ciencia, lugar en el que anida para recrear su universo. Una fractalista nacida un viernes por la tarde: lleva la tierra y la savia en la sangre como los jardines. Es un pez que vuela como los pájaros, teje como las arañas, practica la resistencia desde la huerta, se declara hierbatera y busca lo singular en cada ser. Se dedica a la contemplación profunda del paisaje, intenta coleccionar sus imágenes poéticas y visuales

en diferentes soportes. Combina arte, ciencia, tecnología y magia para enunciar sus creaciones.

Violeta Antonia Gómez Osorio. Escritora, editora, librera y gestora cultural. Ha trabajado en editoriales independientes, medios de comunicación y agencias de publicidad y ha escrito para medios. Como autora hace parte de las antologías de poesia *Calle Flamingo: antología marica* (2020, Libros del Armario), *Como la flor. Voces de la poesía cuir colombiana contemporánea* (2021, Planeta), y de la antología de ensayo *Formas de la herida* (2026, Universidad Nacional de Colombia).

Desde 2024 es directora comercial de La Diligencia Libros y directora editorial de Saudade Libros. Actualmente hace parte del Comité Editorial de Libro al Viento.

Maria José Rojas Calderón. Nació el 17 de julio de 2000 para ser una mujer bogotana, hija del medio, amante de las historias con mayúscula y sin mayúscula. Entre otras cosas, es kennedyana, historiadora de la Universidad Nacional de Colombia y frecuente lectora de cuentos. Además de escribir, pasa su tiempo libre hablando de forma rimbombante, escuchando música pop y fingiendo que sabe lo que hace en el mundo corporativo.

Johanna Pérez. Escritora y gestora cultural. Su trabajo explora las memorias, resistencias y experiencias de las personas trans. Es autora del libro *Las sobrevivientes* (2023) y ha participado en diversas antologías y proyectos editoriales; entre ellos, la cartilla *Salud Mental trans: estrategias de cuidado* (2025) y *Calle Flamingo, antología marica* (2019). Ha sido tallerista de escritura creativa en procesos comunitarios y ha publicado textos sobre género y educación. Su obra articula literatura, memoria y acción colectiva, con un enfoque en narrativas disidentes y derechos humanos.

Carolina García. Licenciada en Educación Básica Primaria y magíster en Estudios Afrocolombianos de la Universidad Javeriana. Actualmente cursa la maestría en Escritura Creativa de la Universidad Central, en un proceso que busca consolidar su ejercicio en la escritura.

Su experiencia laboral la ubica en el colegio Eduardo Umaña Mendoza, en Usme, donde se desempeña como maestra de primaria. Para sus estudiantes, es profesora de Lenguaje; sin embargo, ella misma afirma que las letras sostienen su casa y su cordura.

Ha participado en talleres de Idartes, y su escritura ha sido descrita como intensa y visceral. Ella, por su parte, sostiene que la sangre es tinta.

Obtuvo el segundo lugar en el concurso Escribir para Crearte (2023–2024), en la categoría Úrsula Iguarán, además de otros reconocimientos. Ha parti-

cipado en las antologías *No traiga machete que aquí le damos*, *Escribir para crearte* y *Veintitrés más el gato*.

Laura Verónica Altamar. Nacida en Puerto Inírida, es actriz, escritora y jardinera. Ha trabajado con la Escuela de Mujeres Puestas en Escena del Teatro La Candelaria. Actualmente escribe en Substack y estudia licenciatura en Biología en la Universidad Distrital. En 2024 publicó el fanzine *Los apuntes que dejé bajo el agua* sobre desaparición forzada. En 2025 participó en la residencia Ficciones a color con *Dedicado a todas las estrellas*, obra híbrida que explora la muerte como transformación en polvo de estrellas. Es parte del colectivo interdisciplinario «Aves de paso» y colabora con el grupo de investigación en medicina «Harmonik».

John Melo. Artista visual, diseñador y docente. Magíster en Tecnología y Estética de las Artes Electrónicas de la Universidad Nacional del Tres de Febrero (UNTREF), Argentina. Le interesa la relación entre las artes, la tecnología, la ancestralidad y el trabajo transdisciplinar y experimental. Estudia la no-linealidad en los procesos de creación artística, el pensamiento poético-mágico, la espiritualidad y las acciones políticas y sociales.

Carlos Enrique Serrano. Habita en múltiples mundos como pretexto para narrar. En su travesía polidimensional, recorre las sombras de la intimidad, la especulación sobre el futuro, los lugares abandonados por el poder de turno, las esquinas en las que se resguarda el polvo que oculta los vestigios de la memoria. En alguno de esos mundos, también juega a ser filólogo, profesor y literato, creando puentes lingüísticos que le permiten atravesar los límites permeables de su identidad, toda hecha de sintaxis, entonación y palabras.

The Red Puppet. Artista visual, diseñador gráfico e ilustrador; explora la imagen como lenguaje narrativo y emocional. Su trabajo se construye a partir del cruce entre música, memoria y cultura contemporánea, donde transforma referentes sonoros en experiencias visuales. Ha expuesto en diferentes países y ha sido reconocido con premios como Philips Art Expresión y Portada Calendario Andigraf, además de participar en Smartfilms con un cortometraje proyectado en cine. Sus tributos visuales, junto a su obra plástica y digital, revelan una búsqueda por sintetizar emoción, ritmo y concepto; esto consolida una identidad donde la imagen se convierte en relato, atmósfera y experiencia sensorial.

Edna Jasmín Olarte Martínez. Define su trayectoria como un diálogo constante entre la academia y el pulso de la creación literaria. Es magíster en Pedagogía de la Literatura y ha dedicado los últimos años a perfeccionar su oficio en los talleres de escritura de Idartes, un espacio de exploración que le ha permitido moldear su identidad como narradora.

Su rigor investigativo surgió durante la maestría, cuando descubrió la obra de Luis Carlos Barragán. Este encuentro no solo fortaleció su perspectiva crítica, sino que también abrió las puertas a la ciencia ficción, género a través del cual ha encontrado diversas formas de imaginar y narrar nuevos mundos.

Nini Johanna Sánchez Ávila. Docente de Literatura y Educación artística. Apasionada lectora de la literatura fantástica y el terror. Sus intereses la han llevado a explorar las relaciones entre imagen y texto, así como las posibilidades de la literatura ilustrada y la escritura expandida. Ha publicado textos críticos como: «Lo monstruoso neofantástico de sacrilegio: la monstruosidad en los umbrales» (Revista *Abusões*), «Desdoblamiento como eje composicional en los cuentos de Germán Espinosa» (Revista *La Palabra*) y «Reinterpretación de los sujetos de poder en *Los cortejos del diablo*: lectura de la modernidad en Colombia» (Revista *Pretil*), todos, resultado de exploraciones desde la literatura colombiana. Algunos de sus cuentos publicados son:

«Deadline»:
https://tallervirtualdeescritores.com/wp-content/uploads/2023/09/Deadline_Nini-Sanchez.html

«Gehenna» y «Ejercicios morfo-lógicos»:
https://lamoviolacineclub.blogspot.com/2011/11/2-cuentos-de-nini-johana-sanchez.html.

Actualmente pertenece a la Red de Humanidades Digitales de Colombia.
(http://www.humanidadesdigitales.net/).

Miguel Alejandro Acosta Hernández. Soñador de horizontes difusos, escritor de fantasmas y fantasías, dibujante de sombras, somnolencias y criaturas abismales. Como Borges, busca enorgullecerse más de lo que alcance a leer en su corta vida que de lo que pueda escribir. Es obsesivo coleccionista de cómics por herencia paterna, reciclador de ideas para narrativas secuenciales y traficante de sentimientos alucinógenos. Levantado en armas contra las olas del mar, todos sus medios son racionales, mas su propósito es demente.

Dayhana Quintero Silva. Pintora, bióloga, apasionada por el color, la evolución y la literatura.

Jonathan Caviedes. Oriundo de la Ciudad de los Caballeros. Hace parte de los grupos literarios: @atintanegra y Colores de la Poética del *CREA*. #apasionado #intenso. Amante del verde y los animales. Tiene un blog donde publica sus proyectos y reflexiones: https://elarepero.wordpress.com/. Desea seguir y apoyar a más personas en @caviedes56. Es un alma inquieta en búsqueda de su propio estilo y su voz artística tanto en la gráfica como en la escritura. Se inscribe a cuanto taller se le atraviese (calculen su nivel de intensidad).

Andrea del Pilar Millán. Artista plástica y diseñadora, egresada de la Universidad Jorge Tadeo Lozano y la Academia Artes Guerrero, diplomada en Artes Contemplativas en el Instituto de Mindfulness de Chile. Su trabajo explora la fenomenología del dolor físico y su significado contemporáneo a través de la investigación-creación visual y escrita.

Participante en los talleres de exploración y profundización de escritura de Idartes. Combina su práctica con la gestión del colectivo artístico BIHI y la facilitación de talleres de arte contemplativo. Ha expuesto en Nodo San Felipe, Odeón, Salón de la Palabra y CGL Argentina, entre otros. El silencio es su fuente creadora; el café y los postres, la pausa necesaria para disfrutar la vida.

John Jairo Zuluaga. Licenciado en Ciencias Sociales. Magíster en Educación. Finalista en los concursos de cuento: II Concurso de Cuento Revista *Umpalá*, Bucaramanga 2004; VL Certamen Hispanoamericano de Poesía y Cuento Corto Alma Fuerte, Argentina, 2004; III Concurso Regional de Cuento Humberto Jaramillo Ángel, Armenia, 2011; mención de honor Primer Concurso de Cuento Cámara de Comercio de Bogotá, 2024 y ganador Concurso de Crónica Ciudad de Bogotá, 2024.

Ha publicado los libros de cuento: *Daniel Harrison* (Comfamiliar del Atlántico, 2004); *El perro del patrón y otras minificciones* (Sic Editorial, 2006) y *El músico que burló a la muerte* (Oruga Libros, 2017); crónicas: *Las gentes del humedal* (Común Presencia Editores, 2015), *Las voces del asfalto: personajes populares del centro de Bogotá* (Épica Ediciones, 2020), *Historias de barrio: El Paraíso no es como lo pintan* (Ediciones la Jirafa Encorvada, 2025), *Los rostros de la muerte* (Ediciones la Jirafa Encorvada, 2025) y el libro de poesía: *El maná amargo* (Épica Ediciones, 2019).

Kelly Johanna Hernández Guayambuco. Escritora que diseña; su práctica cruza la imagen, la palabra, el archivo y la materialidad. Es diseñadora gráfica multimedia y maestrante en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo. Creadora de Pasajeros de Papel, explora el papel como oficio, experiencia sensible y forma de pensamiento. Fotografía objetos abandonados en las

calles de Bogotá como pequeñas pruebas del olvido. Su escritura indaga la memoria, el silencio, la pérdida y las huellas que permanecen en las cosas.

Talleristas

John F. Galindo. Taller distrital de profundización en poesía y registros poéticos

Vanessa Londoño. Taller distrital de profundización en no ficción

Luis Carlos Barragán. Taller distrital de profundización en ficción

Andrea Salgado. Taller distrital de profundización en ficción

Óscar Adán, Laura Xue. Taller distrital de profundización en narrativa gráfica

Andrés Frix Bustamante y Catalina Salazar (Rapiña). Taller distrital de exploración en creación de objetos editoriales.



Bogotá cuenta 12 - De los cuerpos que tuvimos saldrán voces se terminó de editar en abril de 2026, un año mutante en el que ha sido tan necesario imaginar mundos posibles.

